

Él nunca ha deseado enamorarse, ella no cree en el amor, pero el destino tiene otros planes para ellos.

# NUNCA FUI UN ÁNGEL

Hija de la mafia 1

**Blanca Santoro**

Hija de la mafia 1

Nunca fui un ángel

**BY BLANCA SANTORO**

Primera edición: Febrero 2019.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, hechos o situaciones, son pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright© 2017 by Maria Clara Lloveras.

*All Rights Reserved.*

Imagen de cubierta CCO Creative Commons-Pexels.

Diseño de María Clara Lloveras.

## Índice

Nueva York, otoño de 1927

Nunca fui un ángel

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XIV](#)

Capítulo XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVII

DOS AÑOS DESPUÉS, 1929

EPÍLOGO

En algún punto de Nueva York dos años antes, 1927

Ahí estaban, cerca el uno del otro, seguros y encerrados,  
y, sin embargo, tan encadenados a  
sus particulares destinos que lo  
mismo habría dado que les  
separara medio mundo.

*La edad de la inocencia*, de Edith Wharton.

## GUÍA DEL LECTOR

Relación de los principales personajes que intervienen en esta obra:

STELLA SPAVANTA: Nina Cassidi, nieta de Banquo Cassidi.

ALESSA SPAVANTA: Iona Cassidi, hija de Banquo Cassidi.

GIACONNO SPAVANTA: Banquo Cassidi, don de la mafia.

RENZO BARONE: Salvatore, hombre de confianza de Banquo Cassidi.

STEFANO BENNEDETTI: Alessandro, *consigliere* de Banquo Cassidi.

JOHN PRESTON: sicario a sueldo.

BRIAN CALLEIGH: mafioso irlandés, conocido como el Irlandés.

RORY: hombre de confianza de Brian Calleigh.

## Nueva York, otoño de 1927

John Preston no era un buen tipo. Aunque tampoco lo pretendía. Él solo hacía el trabajo que nadie más estaba dispuesto hacer y quien contrataba sus servicios solo esperaba que fuera discreto y efectivo; nada más. Sobre todo si salía a relucir el apellido Spavanta.

Tiró la colilla al suelo, apoyó un pie en la farola de la esquina e hizo ver que se ataba el cordón del zapato mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor. Era una tarde fría y ventosa, y apenas si había cuatro gatos en la calle, y él necesitaba comprobar que ninguno de esos gatos entrañaba algún peligro para él, o para su misión. En su profesión, cualquier precaución era poca, y más cuando uno necesitaba pasar lo más desapercibido posible.

Estudió unos segundos a la pareja parada frente al escaparate de la sastrería con sus bustos femeninos, sus telas y botones y cintas, y después al hombre con el periódico bajo el brazo, que se había parado en medio de la calle a encenderse un cigarrillo. Pero al ver que éste continuaba su camino y la pareja calle abajo, se irguió y deslizó la vista hacia el enorme Essex Six negro aparcado al otro lado de la acera, frente a la librería. Inclino ligeramente el ala izquierda de su sombrero de fieltro negro hacia abajo y, sin perder de vista al mafioso apoyado en el capó del coche, y a los otros dos sentados en su interior, cruzó la calle.

Hundió las manos en los bolsillos del abrigo y, con la vista baja, se acercó a la librería notando bajo la chaqueta del traje el reconfortante peso de su arma y la sujeción de la sobaquera en el hombro. Bajó los tres peldaños delanteros de la tienda y advirtió a través del escaparate la estilizada figura de la señorita Alessa Spavanta, junto al mostrador.

Su objetivo.

Cerró los dedos en torno al picaporte de la puerta y, por un instante, el olor de la madera, de la tinta de los libros y del tabaco de todo el día, lo envolvió. Cerró la puerta a su espalda y echó un vistazo al local. Era una

tienda pequeña, de barrio, con algunas novedades y muchos volúmenes de segunda mano. Las paredes estaban tapizadas de estanterías repletas de volúmenes hasta el techo y, en ese momento, el sillón rojo orejero que había en un rincón, junto a una pequeña mesa redonda con una lámpara y un cenicero repleto de colillas, estaba lleno de libros por catalogar.

Pero lo que realmente captó su atención fue el destello que iluminó los ojos de la señorita Alessa Spavanta, cuando sus miradas se cruzaron. Fue una reacción tan sutil que si no hubiera estado tan familiarizado con el efecto que solía causar en las mujeres, no habría sido capaz de apreciar cómo sus pupilas se dilataban.

Apartó la mirada y se acercó al mostrador.

— ¿Se acuerda de mí?—le preguntó al librero.

—Sí, claro que sí —repuso el señor Bell, con una sonrisa. Era un hombre de mediana edad, delgado, de esa clase de delgadez que parece como si la piel se hubiera quedado pegada a los huesos, pálido. Pero sus ojos eran vívidos; alegres—. Aunque debo confesarle que creía ya se había olvidado del libro. —Se agachó tras el mostrador y sacó un paquete envuelto en papel amarillo, atado con un cordel y con las iniciales J.P escritas a lápiz en la esquina superior derecha—. De todas maneras, decidí guardarlo unos días más por si aparecía.

—Se lo agradezco —dijo al tiempo que sacaba la cartera de la chaqueta.

Alessa Spavanta apoyó la cadera en el mostrador y se mordió el labio inferior. Ahora comprendía por qué su prima se negaba a mudarse a una zona más lujosa y exclusiva de la ciudad. Es más, si le aseguraba que había otros especímenes tan magníficos como aquel, ella misma se dejaría caer con más frecuencia por esas calles.

John Preston dejó un billete en el mostrador y la miró de reojo. Todo él exudaba peligro, como si fuera una caja de dinamita a punto de explotar. Sus ojos eran fríos e inhóspitos como la niebla que se posaba en invierno sobre el Hudson y su boca tan atrayente y peligrosa como una bala perdida. Avergonzada de que la hubiera descubierto observándolo, Alessa apretó

contra el pecho el libro que sostenía envuelto también en papel amarillo y atado con un cordel, y desvió la mirada hacia su prima.

John Preston siguió la dirección de su mirada y entrecerró los ojos al ver a la mujer frente a una de las estanterías, envuelta en un costoso abrigo de cuello de piel y un sombrero cloche por donde asomaban algunos mechones de pelo color caoba, corto y ondulado. Sabía muy bien quién era, así como todo lo que necesitaba saber sobre la familia y el casi nulo círculo social de Alessa Spavanta. Aun así, por un instante, no pudo resistir la tentación de mirar cómo sacaba un libro de la estantería y pasaba un dedo enguantado por el título de la novela.

—Parece que su amiga no termina de decidirse —dijo.

Alessa lo miró y sonrió.

—Es mi prima. Y, sí, tiene razón, no termina de decidirse.

Él bajó la vista hacia el paquete que ella abrazaba.

—Pero, por lo que veo, a usted no le ha costado decidirse.

—Es que yo no tenía ninguna duda sobre lo que quería.

John Preston levantó una ceja.

—Y ¿su prima si?

—Sabe lo que quiere, pero le cuesta aceptarlo.

Stella Spavanta frunció las cejas al oír la voz de su prima. ¿Por qué estaba hablando con ese desconocido? ¿Es que ya no se acordaba de las órdenes de su tío y de lo que podían causarle los puños de Renzo a ese hombre, si la descubriría hablando con él? Es más, ¿cómo era posible que hubiera olvidado lo especial que era ese día para ella?

John Preston se inclinó ligeramente hacia Alessa.

—Y ¿cree que su prima tardará mucho en decidirse?

Un brillo de diversión despuntó en los ojos de la mujer.

—No lo sé, ¿por qué?

— ¿Y si le dijera que me gustaría saber qué libro se ha comprado usted?

Stella se mordió el interior de la mejilla derecha al sentir cómo crecía su frustración. Sabía que si quería disfrutar de ese momento tenía que concentrarse única y exclusivamente en el libro que tenía en las manos y no en las voces que escuchaba a su espalda, pero también sabía que si su prima seguía hablando con ese desconocido, Renzo no tardaría en entrar en la librería. Su tío había sido muy claro en sus órdenes, y eso equivalía a decir que nadie podía molestarlas sin arriesgarse a sentir muy de cerca sus puños.

Alessa Spavanta miró a John Preston, con evidente interés.

—Y ¿por qué tendría que decirle qué libro me he comprado?

—Quizá así me anime a leerlo.

—Y si le dijera que es una historia romántica, ¿seguiría interesado en leerla?

John Preston esbozó una lenta sonrisa.

—La mayoría de las novelas esconden entre sus páginas una historia de amor.

Stella silenció un grito de frustración. *Dio*, podía ser que Alessa hubiera olvidado el motivo por el cual estaban allí y los puños de Renzo, pero ella no. Sobre todo esto último, y no quería terminar la tarde en un hospital o en alguna comisaria contestando preguntas que no podría responder. Así que se giró hacia el mostrador y dijo:

—Podemos irnos cuando quieras. —Dejó la novela encima del mostrador para que el señor Bell la envolviera, y miró de reojo al desconocido.

Debía de medir un metro ochenta cinco y tenía una cicatriz en la ceja izquierda que le daba cierto aire rebelde; peligroso. Su mirada era plateada,

fría como un témpano de hielo y, aun así, cuando sus miradas se encontraron, sintió un dulce escalofrío en la piel. Turbada, y bastante irritada consigo misma por esa estúpida reacción, giró la cabeza hacia el señor Bell.

En cambio, John Preston encontró de lo más divertida su reacción, así que se inclinó de nuevo hacia Alessa, sin apartar la mirada de ella.

—Le propongo una cosa. ¿Qué le parece si intercambiamos los libros que nos hemos comprado? Así usted sabrá qué lee un tipo como yo y yo sabré qué le gusta leer a una dama como a usted.

Alessa sonrió.

—Y ¿no tiene miedo de salir perdiendo con el cambio?

— ¿Usted lo tiene?

—Lo siento mucho —intervino Stella, alzando un poco el mentón—, pero ese intercambio que usted propone es del todo imposible. A mi prima no le interesa saber qué lee un tipo como usted.

— ¿Ah, no?—preguntó Alessa mordiéndose el labio inferior.

Stella la miró como si de repente le hubieran salido un par de antenas en la cabeza. Se podía decir que llevaban más de un año soñando con este día y, ahora, ¿ella lo arruinaba por un desconocido? Cogió el libro que le tendía el librero y bufó:

—Haz lo que quieras, pero recuerda a Renzo.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Alessa.

—No te preocupes, sabré recompensarte. —Le dio un rápido beso en la mejilla, y se giró hacia el maravilloso espécimen de hombre para entregarle el libro que no hacía ni diez minutos había comprado—. Creo que me arriesgaré a saber qué lee usted.

John Preston cogió el lápiz que había en el mostrador, escribió algo sobre el papel amarillo que envolvía su libro, y se lo entregó.

—Por si cree que ha salido perdiendo con el cambio y desea recuperar su libro.

Stella percibió a través de la luna del escaparate cómo Renzo descruzaba los brazos y se acercaba a la librería. Nerviosa, enlazó la mano al brazo de Alessa y susurró:

—Tenemos que irnos, Renzo está bajando los escalones.

Alessa Spavanta sintió que el calor abandonaba de golpe su rostro.

Nunca fui un ángel

# Capítulo I

La mañana era fresca, luminosa, y la cortina de la ventana del segundo piso de la casa de huéspedes de la señora Huyler aleteaba al paso de una suave brisa. Nina Cassidi rodeó la taza de café con ambas manos y bebió el primer sorbo de la mañana. Le gustaba ese contraste, sentir la taza caliente en las manos y el frío del otoño en el cuerpo.

La estimulaba.

Se acercó un poco más a la ventana y observó a través de la cortina las ahora apagadas farolas de gas, el camión de reparto de la panadería enfilando la calle y el bajo de los edificios convertidos en pequeñas tiendas. Se podía decir que era un viernes normal, como otro cualquiera, pese a que ella no lo sentía así. De hecho, había roto su rutina de salir a pasear para terminar de leer la novela que se había comprado con su prima.

Claro que la cálida sensación de placer que sentía en ese momento sería más intensa si supiera que Iona había cumplido con su parte del plan. Concretamente la parte que decía que lo leerían a la vez para comentarlo después.

Apartó con una mano la cortina y miró al señor Bell barrer los escalones delanteros de la tienda. Todavía le costaba aceptar que Iona hubiese olvidado en el último segundo el motivo por el cual habían ido a la librería. Quizá si ella no hubiera perdido tanto tiempo en sacar el libro de la estantería, su prima no se habría puesto a hablar con ese desconocido, pero hacía tanto que esperaba saliera a la venta *A fuego lento* de Dereck Matson, que no había querido perderse ninguna sensación. Todo debía de ser perfecto. Desde el instante en que Iona y ella entraban en la tienda hasta el que ella se acomodaría en el sofá de su casa con una taza de chocolate caliente en las manos, dispuesta a disfrutar de su lectura.

Y casi lo había logrado.

Sólo que aún le costaba asimilar la facilidad con la que su prima se había desprendido del libro. Claro que la motivación de Iona para comprarlo no era la misma de la de ella pero, aun así, no podía evitar que le doliese.

## Capítulo II

— ¡Ya te oigo! ¡Ya te he oigo!—gritó la señora Huyler, arrastrando las zapatillas por el suelo ajedrezado del vestíbulo del edificio. Era una mujer de cara afilada, delgada, y el ceño fruncido desde el día que su marido había desaparecido con una chica mucho más joven que ella. Se paró frente al mueble de debajo de las escaleras y descolgó el teléfono—. ¿Si...? Sí, sí; ya voy, ya voy, tenga paciencia.

Dejó el auricular al lado del teléfono, encendió las luces de gas de la escalera y empezó a subir los desgastados escalones, sin importarle pisar donde más chirriaban.

—Como si una no tuviera otra cosa que hacer que contestar ese maldito aparato —dijo con una mano en la barandilla de madera—. Pero ya me gustaría a mí ver a más de uno en mi situación; sí, señor, ya me gustaría. Entonces veríamos quién le hace un feo a la hija de Banquo Cassidi.

Llegó al descansillo del segundo piso y golpeó con la mano la puerta de uno de los apartamentos que rentaba.

—Señorita Nina, ¿está ahí? Tiene una llamada.

—Ahora bajo, señora Huyler, gracias —repuso Nina desde el interior.

Dejó la taza de café en la mesita de madera, se echó el abrigo por encima de los hombros y bajó deprisa los escalones hasta el vestíbulo; convencida de que era su prima quien la llamaba para disculparse por lo sucedido en la librería y, de paso, para decirle que ya había enviado a uno de los hombres de su padre a comprar la novela de Dereck Matson.

Y ella necesitaba hablar durante horas de *A fuego lento*.

—Espero no haberte hecho esperar mucho —dijo tras coger el auricular.

—Creo que estoy metida en un problema, y no sé qué hacer.

Nina parpadeó; confusa. Estas no eran las palabras que esperaba oír de su prima.

— ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?—preguntó en voz baja, pues tenía la sensación de que la señora Huyler solía escuchar las conversaciones de sus inquilinos desde las escaleras del sótano.

—Nada grave, o por lo menos no todavía.

—Tendrás que ser algo más precisa, ya sabes que no puedo hablar mucho.

— ¿Esta escuchando otra vez? En serio, no sé cómo haces para soportarla. Si yo fuera tú, ya me habría buscado otro lugar donde vivir. Con el dinero que te dejaron tus padres, me habría comprado un bonito piso en una zona mucho más exclusiva de la ciudad.

Nina se apoyó en el mueble y observó la desafortunada pintura de los rascacielos de Manhattan, que la señora Huyler había comprado a algún pintor sin mucho arte.

—Eso ya lo hemos hablado un montón de veces.

—Sí, ya lo sé, pero sigo sin comprender que sigas viviendo ahí.

Nina respiró hondo y soltó el aire, despacio. Ya le había explicado a Iona un sinnúmero de veces los motivos por lo que vivía en ese barrio y no pensaba volver a tener esa conversación. Así que le recordó el motivo de su llamada.

—Aún no me has dicho qué es eso no tan grave.

Hubo una breve pausa, en la que Nina se imaginó perfectamente a su prima mordiéndose el labio inferior, antes de decir:

—Quiere que nos veamos el lunes a las diez de la mañana en la cafetería que hay a dos calles de donde vives.

— ¿Quién lo quiere?

—El tipo de la librería, con el que intercambié el libro.

Nina abrió y cerró la boca sin que ningún sonido saliera de ella. Muda al comprender que su prima no sólo no la había llamado para disculparse sino que estaba pensando en encontrarse con ese hombre. ¿Es que ni tan siquiera pensaba preguntarle si ya había leído la novela de Dereck Matson?

—Y ¿cuándo te pidió esa cita? Porque, que yo recuerde, no mencionó nada al respecto en la librería.

—Es lo que escribió en el papel que envolvía su libro: la hora, el día y el lugar. Ya sabes, por si quería recuperar mi libro.

Nina cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—Por favor, dime que no estás pensando seriamente en encontrarte con él.

—Bueno, no sé por qué no debería de hacerlo.

— ¡Porque se te olvida lo más importante!—Y solo se dio cuenta de que había levantado la voz, al escuchar unos débiles pasos en la escalera del sótano.

Iona bufó al otro lado de la línea.

—Si te refieres a mi padre, no, no me he olvidado de él.

Nina se tapó la boca con una mano para amortiguar el sonido de su voz, y susurró:

—Entonces ya está todo dicho, no hay nada más de lo que hablar.

—Verás —titubeó—, es que ya le he pedido a Salvatore que esta tarde te traiga su libro, así el lunes podrás devolvérselo en mi nombre.

Nina dejó de respirar durante un largo, eterno, segundo.

—*Per favore*, dime que me estás gastando una broma.

—De verdad, no sé ha que viene tanto drama. No creo que haya nada de malo en lo que te estoy pidiendo. Sólo te pido que devuelvas en mi nombre un libro a su legítimo dueño.

—Y ¿si, ya sabes quien, se entera?—Ahora que había escuchado a la señora Huyler en las escaleras del sótano, no podía arriesgarse a decir el nombre de Banquo Cassidi en alto.

—Tú ya no estás bajo su protección. Además, siempre podemos decirle que es un conocido del barrio.

Nina frunció las cejas. Hasta ella misma era capaz de ver que su tío no podría recriminarle nada si se enteraba de esa cita, pero seguía sin gustarle la idea. No, no le gustaba tener que encontrarse con ese desconocido. Y mucho menos cuando recordaba la frialdad plateada de sus ojos. Pero una voz en su cabeza le decía que era la única manera de pasar página y volver al punto exacto donde tendrían que estar en ese instante su prima y ella: hablando de Dereck Matson y su novela. Al final, derrotada, suspiró.

—Está bien, tú ganas. El lunes iré a la cafetería y le entregaré el libro.

— ¡Eres un cielo! Y, sobre todo, no se te olvide decirle que mire la primera página.

— ¿La primera página? ¿Por qué?

—Ya lo descubrirás esta tarde, cuando Salvatore te traiga su libro.

## Capítulo III

Esa noche el garito de Joe's organizaba una lucha clandestina a muerte. Habían retirado a un rincón del sótano las mesas y las sillas en las que cada noche se movían grandes sumas de dinero y delimitado con una cuerda roja un cuadrilátero en el centro. Y, pese a que aún faltaban unas horas para que las paredes respirasen el humo del tabaco y el olor a sudor de los espectadores, ya había algún que otro cliente en la barra, ávido de pasarse por la garganta la ley Volstead (1)<sup>[1]</sup>

John Preston era uno de ellos. Había dejado el sombrero en la barra y miraba pensativo el dedo de whisky que le quedaba en el vaso. Sabía por el tipo que lo había contratado, y porque él mismo se había tomado la molestia de seguir a la señorita Iona Cassidi durante un mes para aprenderse sus rutinas, que rara vez salía de su casa y que cuando lo hacía sólo era para visitar a su prima o para ir a la modista. Así que cuando ese tipo le había pasado el dato de que planeaba ir con su prima a la librería que había frente al edificio donde vivía ésta, supo que sería la ocasión perfecta para que él entrara en su vida.

Y así había sido, solo que todavía no sabía muy bien por qué había aceptado ese trabajo. Sólo un loco o alguien dispuesto a morir lo habría hecho y, que él supiera, aún no estaba loco ni era un suicida. Sólo le gustaba ponerle las cosas difíciles a la muerte; indisponerla en su contra, ver qué tan lejos le permitía llegar antes de que le pasase factura. Y sin duda meterse con la única hija de Banquo Cassidi, el capo que controlaba el juego, las apuestas y la prostitución, era buscarse problemas con la misma muerte. O en su defecto, con su representante en la tierra.

—No esperaba verte esta noche.

John Preston miró el reflejo del dueño de esa voz en el espejo del mueble de las bebidas y se terminó de un trago el whisky.

—Yo tampoco lo esperaba —repuso, pensando que no era bueno que ciertas voces del pasado cobrasen vida de repente.

—¿Has venido por la pelea?

—Esos tiempos ya han pasado.

—Me alegra oír eso —dijo dándole una afectuosa palmada en la espalda.

Hubo un corto silencio, en el que John Preston se dedicó a mirar su vaso vacío.

—Sí, a mí también —susurró cuando estuvo seguro de que volvía a estar solo.

Miró el fondo de su vaso y le pareció más vacío de lo que realmente estaba; como si nunca hubiera contenido una sola gota de alcohol. No podía decir que se enorgulleciera especialmente de su pasado, de todas las tonterías que había hecho en su juventud —si es que alguna vez había sido joven—, pero tampoco se enorgullecía de las que hacía ahora.

Así que podía decirse que había una especie de equilibrio entre su pasado y su presente que era mejor no romper. Y mucho menos perturbar con voces del pasado que uno creía ya muertas. Después de todo, si había algo de bueno en toda esa mierda, era que a base de haber dado y recibido tantos golpes, uno terminaba por entender que no era mejor luchador que el que caía, sólo un hijo de puta con suerte.

Claro que para ello había tenido a un buen instructor.

Dejó el vaso en la barra, se pasó una mano por el pelo, y evocó el libro que lo esperaba en su habitación, envuelto todavía con el papel amarillo de la librería. No tenía ninguna prisa por saber qué novela se había comprado la señorita Iona Cassidi, para eso disponía de todo el fin de semana. Después..., bueno, el después era un camino aún por recorrer y él tendría que jugar sus mejores cartas para poder acercarse lo suficiente a Banquo Cassidi y terminar su trabajo.

## Capítulo IV

El lunes por la mañana, Nina echó un terrón de azúcar en su café y miró por la ventana de la cafetería el ir y venir de la gente. Todavía no terminaba de entender cómo era posible que su prima la hubiera convencido de acudir a esa especie de cita para devolver en su nombre un libro a un completo desconocido. Aunque debía reconocer que el nombre de Derek Matson rondaba por su cabeza como el principal instigador de ese todavía.

Sin embargo, eso no explicaba por qué estaba tan nerviosa. Bajó la vista hacia sus guantes, que había dejado junto al libro, sobre la mesa, y acarició tímidamente la cubierta de la novela. Nunca se habría imaginado que a un tipo como el de la librería le pudiera gustar esa clase de lectura. Pensó que su estilo encajaba más bien con las novelas de John D. Carroll o con las de Dashiell Hammett (2).<sup>[2]</sup>

Abrió el libro por la guarda, miró la elegante caligrafía de su prima, y notó cómo se le encogía el estómago. No sabía por qué Iona se arriesgaba a perder la poca libertad de la que gozaba por alguien a quien tan sólo había visto durante diez escasos minutos. Y, aunque, debía de reconocer que el mensaje que había escrito en el libro era lo bastante escueto como para no levantar sospechas ni aunque Salvatore lo descubriera, esas cinco palabras podrían ser su perdición si llegaban a oídos de Banquo Cassidi.

Con un suspiro de impotencia, cerró el libro, se llevó la taza de café a la boca y su pulso se aceleró al ver abrirse la puerta de la cafetería.

John Preston salió de la antigua farmacia que había al otro lado de la calle,

frente a la cafetería, con un nuevo paquete de cigarrillos en el bolsillo. Se subió el cuello del abrigo para protegerse del intenso frío y miró la ventana donde se había sentado la prima de Iona. Hacía unos diez minutos que ella lo esperaba. Hacía unos diez minutos que él la observaba desde la farmacia. En un principio sólo porque aguardaba la llegada de la señorita Iona Cassidi, después sólo por el placer de mirarla.

Abrió la puerta del local, echó un rápido vistazo a los clientes del día — un hábito necesario en su profesión—, y sus ojos se encontraron con los de Nina; inseguros, nerviosos. Quizá por eso notó cierta ingravidez en el estómago, como si se hubiera bebido de golpe un vaso de whisky.

Avanzó sin apartar la mirada de ella mientras Nina dejaba la taza en el platillo y esbozaba una tímida sonrisa.

—Supongo que le resulta desconcertante verme a mí, cuando esperaba encontrarse con mi prima, ¿no es así?—le preguntó ella.

—En parte, no esperaba que su prima viniera sola.

John Preston le hizo una seña al camarero para que le trajera un café, luego se quitó el abrigo y el sombrero, y se sentó a la mesa frente a ella. Inmediatamente Nina apartó la mirada, por ningún motivo quería que él la sorprendiera admirando lo bien que le sentaba el traje; ya era bastante vergonzoso notar que sus mejillas se habían sonrojado.

Cogió aire para recuperar el aplomo y se recordó el motivo por el cual estaba allí.

—Iona me pidió que se lo devolviera —dijo señalando con una mano el libro—. Esta segura de que le gustaría recuperarlo. Solo que, antes, me gustaría hacerle unas preguntas.

Él enarcó una ceja; sorprendido.

—Dispare, ¿qué necesita saber?

Ella lo miró a los ojos y fue como chocar contra un muro de acero. No

había nada en ellos, solo un intenso frío que recorrió su espalda a modo de advertencia. Aun así, había algo atrayente y seductor en él, algo que la turbaba e inquietaba a partes iguales y, justo esto era lo que le preocupaba, que su prima se dejara cegar por ese algo. Por eso sentía que debía protegerla de él y de su propia impulsividad. Pero, al mismo tiempo, no dejaba de preguntarse qué derecho tenía de entrometerse en su vida y de tomar decisiones que sólo Iona podía tomar.

Sin embargo, Iona era cuanta familia le quedaba; así que...

— ¿Qué le parece si para comenzar me dice su nombre?

Él esperó a que el camarero le sirviera el café, y dijo:

—John Preston. Y ¿usted es...?

—Nina —repuso sin entender por qué no le decía su nombre completo, después de todo, en ese barrio, todo el mundo sabía quién era ella.

Él cerró la mano cerca de su taza de café.

— ¿Qué más necesita saber?

— ¿Por qué le propuso a mi prima este intercambio?

Un destello de curiosidad brilló en sus ojos.

— ¿No cree que su prima pueda atraer la atención de los hombres? ¿Qué quieran saber más cosas de ella? ¿Conocerla?

—Claro que sí, es solo que —Dubitativa, suspiró. No es que todo el país tuviera que saber quién era Banquo Cassidi, estaba convencida de que mucha gente vivía feliz en su ignorancia, pero en esas calles todos sabían a quién pertenecía el Essex negro que ocasionalmente se parada frente a la casa de huéspedes de la señora Huyler, y lo más importante, quién viajaba en su interior.

Bajó la mirada hacia su taza y jugó un instante con la cucharilla del café.

— ¿Puedo preguntarle qué hacía en la librería? Este es un barrio de gente sencilla, trabajadora, y su apariencia dista mucho del de estas calles.

John Preston echó dos terrones de azúcar a su café y medió sonrió. Desde luego, el elegante traje de Tweed que lucía ella, así como la blusa de seda gris con sus diminutos botones en forma de perlas y el reloj de pulsera de titanio que encarcelaba su muñeca derecha, no hablaban precisamente de sencillez.

— ¿Por qué mejor no me pregunta a qué me dedico? Quizá así pueda decidir si le convengo o no a su prima.

Nina dejó la cucharilla en el plato y trató de encajar el golpe; después de todo se lo merecía por meterse en terreno privado, y no quería ni imaginarse cómo le afectaría a Iona enterarse del interrogatorio al que lo estaba sometiendo.

—Muy bien, señor Preston, a ¿qué se dedica?

—Se podría decir que soy un hombre de negocios. —Sacó el paquete de Luckie's que había comprado en la farmacia, encendió un cigarrillo y una fina espiral de humo se alzó hacia el techo.

—Y ¿qué clase de negocios son esos?

—Suelo aceptar ciertos encargos especiales.

— ¿Qué tipo de encargos?

—Del tipo que sea.

Nina abrió los ojos de par en par sin saber si le estaba tomando el pelo o, si por el contrario, ella había entendido mal sus palabras. Pero John Preston dio otra calada al cigarrillo, sin que ninguna emoción alterase su rostro.

— ¿Es esto lo que esperaba oír? Porque si es así, lamento desilusionarla. Sólo soy un hombre de negocios, que se dedica a la construcción. Compró terrenos y edifico en ellos; eso es todo.

Nina se echó hacia atrás en la silla; molesta. Muy molesta.

—Su sentido del humor es bastante lamentable.

—No pretendía hacerla reír.

—Entonces, ¿a qué ha venido esta farsa?

La sombra de una sonrisa se posó en sus labios.

—Su aspecto tampoco es precisamente sencillo. ¿Debo preguntarle también qué hacía en la librería?

Nina se envaró. Y aunque suponía que se merecía esa respuesta, no estaba dispuesta a darle ninguna explicación sobre su vida y mucho menos disculparse por preocuparse por su prima.

—Muy bien, señor Preston —dijo empujando el libro por encima de la mesa hacia él. Después de todo, a ella no tenía porque caerle bien, ni tan siquiera tenía porque gustarle; era a su prima a quien tenía que impresionar—. Mire la guarda, es cuanto puedo decirle.

Se levantó, cogió el abrigo del respaldo de la silla, los guantes y el bolso de la mesa, y se dirigió hacia la puerta de la cafetería, sin que John Preston se inmutara. O sería mejor decir que estaba tan sorprendido por la inesperada reacción de su cuerpo ante ese estallido de malhumor, que se había olvidado del porqué estaba allí.

Miró el cigarrillo, consumiéndose en su mano, y arrugó el entrecejo.

Desde luego, esa no era la primera vez que una mujer lo miraba de forma airada y, hasta, porqué negarlo, hastiada de su compañía, sin que eso le afectara de ninguna otra forma que en su amor propio. Y debía admitir que ni esto suponía un gran problema para él. Pero esta vez era como si su cuerpo hubiera reaccionado de forma natural a un estímulo que su parte racional no conseguía descifrar.

Y esa sensación era justo lo que lo desconcertaba. Hacía tanto tiempo que sólo era un saco de piel y huesos, que le resultaba extraño sentir cómo una parte de su anatomía respondía a ese estallido de malhumor mientras él

permanecía vacío, seco.

Y no es que se quejara de ser una nulidad en cuanto a emociones o sentimientos, en su profesión no podía permitirse el lujo de tenerlos, sólo que tenía la sensación de que siempre había sido así. Incluso cuando sólo era un mocoso que esquivaba los golpes que después aprendería a encajar. Sin embargo, también sabía que, en algún momento de su vida, algo en su interior se había roto y que ya nada había vuelto a ser como era; incluso el sexo. Si es que alguna vez había sido glorioso. Cosa que dudaba.

Con un suspiro de desconcierto, dejó el cigarrillo en el cenicero, abrió el libro por la guarda y leyó el mensaje de Iona: “Viernes, cine, sesión de tarde”.

Nina se cerró el cuello del abrigo con una mano, y apretó el paso. Estaba helada. Y hambrienta, con solo un café en el estómago. Pero hasta hacía un minuto había creído que la conversación con John Preston se desarrollaría de una manera mucho más rápida y satisfactoria para ella. Vamos, que cuando la viera sola en la cafetería, se marcharía y entonces podría desayunar tranquila y decirle a su prima que se olvidara de él.

Empero, ella había sido la única que se había marchado precipitadamente de la cafetería.

Con un silenciado bufido de malhumor, dejó atrás la tienda de carnes cocidas y encurtidas, la de los frutos secos y la frutería y subió los altos escalones delanteros de la casa de huéspedes de la señora Huyler. Encajó la llave en la cerradura de la puerta principal y una ligera parálisis se apoderó de sus dedos al oír a través de la madera el timbre del teléfono.

— ¡Maldito cacharro!—Era la apagada voz de su casera, acercándose al mueble del teléfono—. Una ya no puede ni tomarse un descanso sin que suene.

Sin saber exactamente por qué, Nina retrocedió y empezó a bajar los escalones.

No podía asegurar que quien llamaba fuera su prima, pero sí que no tardaría en hacerlo para sonsacarle todo lo que pudiera sobre su no cita con John Preston, y difícilmente ella podría responderle sin confesar el interrogatorio al que lo había sometido.

Así que se acercó al bordillo, se ajustó el abrigo al cuerpo y esperó a que pasara la carreta del afilador de cuchillos antes de cruzar y bajar los escalones de la librería.

—Vaya día más desagradable, ¿no se lo parece así?—la saludó el señor Bell, al verla entrar.

Ella esbozó una sonrisa, y se acercó a una de las estanterías.

—Sí, así es.

El librero bajó la vista hacia la torre de libros que había encima del mostrador, a la espera de que les pusiera el precio de venta en la esquina superior de la portilla, pero, como si hubiera recordado algo importante, volvió a mirarla.

—No la esperaba ver hoy. Pensé que la novela que se llevó el viernes le duraría más.

Nina notó un ligero regusto amargo en la boca del estómago al recordar la incumplida promesa de su prima y su reciente encuentro con John Preston. Ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera leyendo los títulos de la estantería, y dijo:

—No era muy extensa.

— ¡Vaya! Entonces tendrá que decirme qué le pareció. Así podré recomendarla.

Ella tomó un libro al azar, lo sacó y lo ojeó mientras se imaginaba lo que le diría el librero a los lectores indecisos si le decía que *A fuego lento* le

había parecido interesante: “Sí, sí, tal como lo oye, la compró la sobrina de Banquo Cassidi y no le duro ni un día.”

—Confía mucho en mi criterio.

—Bueno —musito él, inseguro—, usted sabe más de esas cosas que nosotros.

“¿De la mafia, quiere decir?”. Nina devolvió el libro a su sitio y miró otra estantería. Sí, tal vez ella sabía algo sobre ese mundo. Sobre todo de la vendetta que había terminado con la vida de sus padres. Por eso mismo también sabía que era mejor dejar las aguas quietas; que, cuantas menos olas hubiera, más cristalinas serían éstas.

—Sólo es una novela, como muchas otras.

—Oh, vaya, tenía previsto empezarlo hoy —musito bajando un segundo la mirada hacia el mostrador—. Pero ¿puedo ayudarla en algo? ¿Busca algún libro en particular?

—No se preocupe, sólo estoy mirando. —Tomó otro libro al azar y lo abrió. Sólo quería un poco de paz para pensar en qué le diría a su prima cuando la llamara, porque en ese momento era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en su estómago y en su malogrado encuentro con John Preston.

—Mire cuanto guste, pero si le hace falta una recomendación para terminar de decidirse, le puedo decir que esa novela fue galardonada con el Pulitzer, en el 21 —dijo señalando con un ligero ademán de cabeza la novela que tenía en las manos—. Además —añadió con una sonrisa cómplice—, es la misma novela que se llevó su prima el viernes.

Nina notó cómo su corazón daba una leve sacudida en su pecho. Cerró el libro para ver el título y pasó los dedos enguantados por las letras negras de la portada. No podía negar que una parte de ella deseaba leerlo. Quería averiguar por qué alguien como John Preston le había propuesto a su prima ese intercambio de libros. Y, aunque ya se lo había preguntado en la cafetería, su respuesta le seguía pareciendo absurda. ¿De verdad una persona podía impactar tanto a otra como para desprenderse del libro que se había comprado

sólo por la leve posibilidad de volver a verla?

Ella llanamente no creía en esas cosas. Quizá porque nunca se había parado a pensar en el amor o, porque, en su mundo, los matrimonios eran negocios que garantizaban una familia más fuerte, grande y poderosa. Así había sido en el caso de su tío, cuya mujer había muerto al dar a luz a Iona, en el de sus padres y, si estos aún vivieran, lo sería el suyo.

Miró la cubierta roja de la novela y la devolvió a la estantería.

—Se aleja mucho de lo que suelo leer —murmuró, sin apartar, por eso, la mirada de las letras del lomo: *La edad de la inocencia* de Edith Wharton.

## Capítulo V

Banquo Cassidi debía medir un metro setenta de alto y pesada unos 90 kilos. Tenía la piel morena y el cabello y los ojos negros. Llevaba un elegante traje gris a rayas y la cadena del reloj de oro que había pertenecido a su padre, luego a su hermano, y ahora a él, colgaba entre los bolsillos del chaleco. Era el último de los Cassidi. O por lo menos lo sería hasta que su hija se casara y le diera un sucesor.

Aspiró una nube de humo de su cigarro y se recostó en el asiento, tras el escritorio.

Sentado frente a él, en una de las dos sillas tapizadas que había en el despacho, con los antebrazos apoyados en las rodillas y un vaso de whisky en las manos, estaba Salvatore; pensativo, frío, distante, pero leal a la familia. Por eso ahora era su hombre de confianza y por eso había sido el *consigliere* de su hermano cuando él era quien controlaba los negocios. Claro que eso había sido antes de la maldita *vendetta* que había dejado a su sobrina sin padres y a él sin hermano. Por eso ahora Nina vivía lejos de la familia y él llevaba los negocios.

A continuación fijó la mirada en Alessandro, de pie, apoyado en la pared junto a la puerta del despacho, con una mano en el bolsillo del pantalón; serio, concentrado en sus pensamientos. Su *consigliere*. Aunque podría decirse que lo había sido desde que eran unos mocosos que se dedicaban a molestar a los demás niños del barrio. Y por más que le disgustara reconocerlo, saltaba a la vista que el tiempo había sido más generoso con su *consigliere* que con él; pues a sus cuarenta y dos años se le podían restar los cinco que todo el mundo le echaba de más a él.

—Y, ¿bien?—dijo impaciente, haciendo una floritura en el aire con la mano—. ¿Qué era eso tan importante que no podía esperar?

Alessandro levantó la vista hacia él.

—Se trata del Irlandés. Salvatore y yo creemos que alguien quiere hacerle creer que eres tú el que esta detrás de los robos de licor que sufre.

Salvatore se enderezó en la silla y bebió un sorbo de whisky.

—Esta mañana, dos de sus hombres, reconocieron a uno de los muchachos que participó en el último robo. Lo cogieron en plena calle, se lo llevaron y le dieron una paliza para sacarle todo lo que sabía sobre el tipo que les paga por robarles el licor.

Banquo entrecerró los ojos.

—Y ¿logró sacarle alguna información?

—Por lo que sé, sólo le faltó cantar. Aseguró que nunca antes había visto al tipo que le entregó las armas para que las repartiera entre los demás muchachos de la banda y que vestía bien, que era grueso, fornido, y llevaba un reloj de oro en el chaleco.

Banquo Cassidi dejó ir un siseo de irritación. Sabía que tenía enemigos, en su mundo era imposible moverse sin levantar alguna que otra ampolla, pero hasta ahora ninguno había sido tan *stúpido* como para intentar jugársela. Y tal y como estaban las cosas entre el Irlandés y él después del último enfrentamiento por el control del licor de contrabando, no podía permitirse el lujo de que creyera que era él quien estaba detrás de esos robos.

—*Che cazzo!*—dijo soltando una nube de humo—. Y ¿qué se supone debo hacer: ir a verlo y jurarle que no tengo nada que ver con esos atracos?

Alessandro se acercó al asiento de Salvatore y apoyó una mano en el respaldo.

—Lo más sensato sería averiguar quién está detrás de esos robos.

—Sí, aunque no será fácil encontrarlo —añadió Salvatore—. Por lo que han podido averiguar mis hombres, el único muchacho que lo podía reconocer era el que han cogido esta mañana. Pero, después de interrogarlo, los hombres del Irlandés lo han matado y tirado su cuerpo de un coche en marcha, en medio

de la calle donde vivía con sus padres.

— ¿Es que ese Irlandés no sabe hacer las cosas bien? No solo se carga al único *picciotto* (3) [\[3\]](#) que puede reconocer al bastardo que se está haciendo pasar por mí, sino que, al tirar su cadáver en la calle, atrae la atención de la policía sobre todos nosotros.

—A la policía la tenemos prácticamente comprada; así como a los jueces.

—Y no esperará que yo le salve el culo cuando la policía lo tenga en su mira, ¿no?

—Yo diría que, simplemente, no le teme.

Banquo aspiró otra bocanada de humo y por un instante su rostro se llenó de sombras. Eran más de las nueve de la noche y la única luz que había en el despacho procedía de la lámpara con pantalla verde del escritorio.

—Y ¿qué se sabe de esos muchachos? ¿De dónde han salido?

Salvatore apoyó el tobillo izquierdo en la rodilla derecha.

—Son muchachos de la calle a los que les han puesto una metralleta en las manos. No saben para quién trabajan. Nunca lo han visto ni saben como se llama. Sólo siguen las órdenes del tipo que les ofrece el trabajo.

—Y ¿el licor que roban? ¿Alguien sabe quién lo está comprando?

—Nadie, porque no lo están vendiendo. —Bebió un trago de whisky y dejó el vaso en el escritorio—. Esta claro que el tipo está obrando con mucha inteligencia al no vender el alcohol que roba. Así crea el miedo y la desconfianza entre nosotros.

Una sombra de malhumor cubrió el rostro de Banquo Cassidi. Su *consigliere* tenía razón, debía solucionar ese asunto lo más rápido posible, antes de que estallara una guerra entre la organización del Irlandés y él. Pero lo que más le irritaba, era ignorar qué pretendía el tipo que se estaba haciendo pasar por él al colgarle esos robos: si esperaba que el Irlandés lo matara o si,

por el contrario, era una estrategia para quedarse con el negocio del licor de contrabando después de que él terminase con la vida del Irlandés, como había hecho con la vida de su hermano.

Sin embargo, algo sí que tenía claro.

—Quiero que encontréis al *bastardo* que se está haciendo pasar por mí y que se lo entreguéis al Irlandés en tal estado que su madre sea incapaz de reconocerlo.

—Nuestros hombres ya están en ello, aunque no será fácil —dijo Alessandro.

—Además —intervino Salvatore—, después de la advertencia de esta mañana, es difícil que el Irlandés vuelva a tener problemas. Ahora todos los muchachos de la banda saben que no dudará en matar a los que se metan en su terreno y esto los disuadirá de volver a intentarlo.

Banquo se llevó el cigarro a la boca y una espiral de humo se alzó hacia el techo. En momentos como ese añoraba la presencia de su padre, su consejo, aunque nunca lo habría recibido. Su hermano Federico se había asegurado de que fuera así al arrebatarle lo que le correspondía como primogénito: suceder a su padre como jefe de la familia.

Claro que el tiempo se había encargado de poner a cada uno en su sitio, pero si cerraba los ojos, aún podía ver a su hermano sentado en la silla que ahora ocupaba él, con los pies sobre el escritorio, escuchando a su *consigliere*, a Salvatore, antes que su consejo. Quizá él también tendría que escuchar a su propio *consigliere*, pero intuía que no le iba a gustar lo que pudiera decirle, así que miró a Salvatore.

—Ese muchacho tenía que tener un mejor amigo, alguien a quien le explicase todo. Asegúrate de que tus hombres lo encuentran. —Dejó el cigarro en el cenicero de cristal que había en el escritorio y, al sentir un pinchazo en las sienes, se las masajeó—. Que sea un trabajo limpio. No quiero que nadie pueda relacionarnos con su desaparición.

## Capítulo VI

Nina dejó en la mesita de la sala el ramo de rosas que acababa de comprar en la floristería, se desprendió del abrigo, el sombrero y los guantes, y se dirigió hacia la cocina a por un jarrón, lo llenó de agua, colocó las flores en él y... su mente se deslizó como un gato viejo hacia la librería. Desde que había descubierto el ejemplar de *La edad de la inocencia* en una de sus estanterías, que no conseguía borrar de su cabeza la idea de bajar y comprarlo. Bien al contrario, era como si una parte de ella se hubiera quedado enganchada a esa balda y desconociera el modo de regresar a casa.

Y no es que le preocupara esa especie de obsesión, no, ese no era el problema, lo que la incomodaba era el origen de dicha curiosidad: el haber repasado mentalmente demasiadas veces la conversación en la cafetería con John Preston, el instante en que él se había quitado el abrigo y ella había admirado lo bien que le sentaba el traje oscuro con chaleco que llevaba, su semblante, serio, concentrado en ella, la frialdad de sus ojos y la cicatriz de la ceja izquierda.

¿Cómo se la habría hecho?

—*Per Dio!*—exclamó en voz alta, enfadada consigo misma. Se suponía que John Preston debía desestabilizar la vida de su prima y no la de ella. Y menos con un libro que no pensaba leer.

Dejó el jarrón en la mesita, junto a la novela de Dereck Matson, y se acercó al perchero a por el abrigo y los guantes; dispuesta a poner cierta distancia entre ella y la librería con un largo, larguísimo paseo. Pero sus dedos se cerraron en el aire al oír un leve crujido en las escaleras. A lo mejor la señora Huyler venía a decirle que su prima estaba al teléfono. Después de todo, Iona aún no la había llamado para preguntarle cómo le había ido en la cafetería con..., bueno, con él.

— ¡Nina, corre, abre la puerta, soy yo!

— ¿Iona?—dijo desconcertada al ver a su prima en el descansillo con una pequeña boina graciosamente inclinada hacia la izquierda y un abrigo con cuello de piel—. ¿No tendrías que haberme llamado para decirme que venías?

—Y ¿perderme tu cara de sorpresa? Ni loca. —Entró en el apartamento, se acercó al sofá y empezó a quitarse los guantes mientras miraba de refilón las revistas desordenadas que había en la mesita, las rosas rojas del jarrón y los libros amontonados en las estanterías sin ningún orden. No podía evitarlo. Envidiaba la libertad que poseía Nina desde la muerte de sus padres y, cada día le seducía más la idea de vivir sola, sin ningún Salvatore pisándole los talones.

El único pero de ese gran sueño era que ella desdeñaba la sola idea de vivir en un barrio como aquel o en un apartamento como el que rentaba Nina desde hacía dos años. Ella aspiraba al lujo y a la influencia de ser una Cassidi.

Nina cerró la puerta del apartamento y se giró hacia su prima.

— ¿Cómo has convencido a tu padre para que te dejara venir?

—En realidad no sabe que estoy aquí. —Le entregó el abrigo, con los guantes en uno de los bolsillos y se sentó en el sofá—. O por lo menos, no todavía. Aunque estoy segura de que Salvatore se lo dirá.

Nina colgó el abrigo en el perchero y se acercó a la ventana. El día era claro y frío y las chimeneas de los edificios escupían volutas de humo. Observó el Essex negro aparcado frente a la casa de huéspedes y al hombre apoyado en la carrocería con los brazos cruzados sobre el pecho y, al instante, sus miradas se encontraron. Una leve punzada de añoranza le hizo recordar que en más de una ocasión Salvatore también la había ayuda a escapar unas horas de la fortaleza en la que vivía.

Claro que eso había sido en su otra vida, cuando sus padres aún vivían, pero esas horas habían significado un inesperado respiro dentro de su enclaustrada vida.

Un tanto insegura, lo saludó con un leve movimiento de la mano. Hacía

tanto que Salvatore sólo era la sombra de su prima que había olvidado que en ese otro tiempo habían sido amigos.

—A Banquo no le va a gustar que te haya traído sin su permiso —dijo, girándose hacia ella.

—Si fuera por mi padre, nunca saldría de casa. Además, no podía arriesgarme a que me escuchara hablar por teléfono.

— ¿Por qué?

Iona frunció las cejas.

— ¿Ya no te acuerdas de cómo son las cosas, verdad? Ha pasado tanto tiempo que ya lo has olvidado, ¿no?

Nina apartó la mirada hacia la butaca tapizada en rojo que había frente al sofá. Sí, a lo mejor había olvidado el miedo y la agitación que se respiraba en casa de sus padres cada vez que algo salía mal o se complicaba, sobre todo cuando su padre se encerraba en el despacho con su hermano y Salvatore.

— ¿Ha pasado algo que yo deba saber?—preguntó.

Iona negó con suavidad con la cabeza. Por más que le pesase no podía desobedecer en todo a su padre y, explicarle a Nina ciertos problemas que sólo incumbían a la familia era, sin duda, una forma de traición. Sobre todo cuando Banquo Cassidi consideraba que ella ya no formaba parte de la familia. Una decisión que había tomado el día que Nina se había negado a saber nada sobre una posible vendetta para vengar la muerte de sus padres. “Sólo quiero vivir en paz. Lejos de todo”. De ellos, inclusive. Y si Banquo Cassidi permitía que Salvatore la llevara unos días a ver a Nina, solo era para que dejara de quejarse por unas horas del encierro en el que vivía.

—Sólo sé que hay cierta tensión en el ambiente —dijo sin darle mayor importancia. Miró el libro de Dereck Matson en la mesita y su rostro se iluminó—. Dime que apareció en la cafetería.

Nina tragó saliva; había llegado el momento que tanto temía.

—Supongo que te refieres a John Preston, ¿no?

—Claro que sí, aunque no sabía que ese fuera su nombre. —Hubo una leve pausa, un leve nerviosismo, que Iona rompió— ¿Te preguntó por mí? ¿Le extrañó no verme en la cafetería?

—Por supuesto que le extraño —dijo Nina con más convicción de la que sentía. Se acercó a la mesita e, incapaz de mirarla mientras improvisaba, empezó a ordenar las revistas—. Aunque no le di ninguna explicación del porqué no te habías presentado.

—Entonces, ¿de qué hablasteis?

— ¿Tú de quién crees?

—Espero que de mí.

—Claro que hablamos de ti y, en pocas palabras, está muy interesado en conocerte.

—Me alegro, porque yo también. —Iona se mordió el labio inferior y preguntó—. Y ¿qué te dijo cuando vio el mensaje en el libro?

Las manos de Nina se paralizaron un segundo mientras apilaba las revistas en una esquina de la mesita y por su cabeza pasaba la imagen de John Preston. Qué diferente sería todo si no hubieran coincidido con él en la librería. Ese momento no existiría y ella no tendría la necesidad de decir medias verdades ni de compartir a su prima con ningún desconocido. Y, sí, era un pensamiento egoísta, lo sabía, pero también que Iona merecía ser feliz y que si John Preston no era el hombre destinado a perturbar su corazón sería otro.

Así que se sentó en la butaca, dispuesta a confesar el interrogatorio al que lo había sometido. Bueno, siempre y cuando fuera necesario.

— ¿Le dirás a John Preston que eres hija de Banquo Cassidi?—preguntó con un nudo en el estómago—.Ya sabes que en estas calles es imposible ocultarlo.

Iona palideció.

— ¿Crees que viva aquí? ¿Qué sea de este barrio?

—No lo sé, pero ¿cambiaría algo si así fuera?

—Claro que cambiaría. No puedo salir con hombres con pocos recursos.

— ¿Aunque ese hombre fuera John Preston?

—Bueno, quizá para una aventura. —Y al ver la expresión de estupor que se dibujaba en su rostro, soltó una carcajada—. Oh, vamos, quita esa cara, necesito divertirme y él me gusta mucho.

Nina apartó la mirada, con las mejillas enrojecidas.

—Entonces no creo que debas preocuparte —murmuró entrelazando las manos en el regazo—. Según me dijo, se dedica a comprar terrenos y a edificar, así que no creo que viva en este barrio.

Iona la miró, extrañada.

— ¿Te dijo a qué se dedica? ¿Por qué?

—Bueno, lo justo sería decir que yo se lo pregunté. Quería asegurarme de que era una buena persona, alguien que te merecía y supiera apreciar lo especial que eres.

—Y ¿no has pensado que quizá, en este momento, no quiera a una buena persona en mi vida? ¿Qué a lo mejor sólo quiero divertirme un poco?

—Entonces con más razón debes decirle quien eres.

Iona se levantó del sofá y le dio la espalda al acercarse a la ventana.

— ¿Por qué debería de hacerlo? Todo el mundo le teme a Banquo Cassidi, y no sé por qué él iba a ser diferente.

Nina evocó el gris plateado de sus ojos, y suspiró. Quizá se equivocaba pero dudaba mucho que John Preston pudiera temerle a algo o a alguien. Una

dulce punzada en el pecho así se lo decía. Eso, y que, a lo mejor, no solo era un desconocido de ojos perturbadores sino el hombre que podría hacer feliz a su prima.

Iona se paró en el vestíbulo de la señora Huyler para reacomodarse el sombrero y le pareció ver por el rabillo del ojo su escurridiza sombra desvanecerse en las profundidades del sótano. *Madon*!, cómo aborrecía a esa mujer y su capacidad para escuchar lo que en un principio debería ser una conversación privada. Es más, si por ella fuera, ya se habría ocupado de ponerla en su lugar.

Giró sobre sus talones y salió al frío de la calle. Se ajustó el abrigo al cuerpo y empezó a bajar los altos escalones delanteros de la casa de huéspedes mientras Salvatore abría la puerta trasera del Essex. Empero, al llegar a su lado, no hizo ningún ademán de subir al coche; al contrario, cruzó los brazos sobre el pecho y le preguntó:

— ¿Se lo vas a decir a mi padre?

—Sabes que tengo que hacerlo.

—Entonces, ¿por qué me has traído sin su consentimiento?

Salvatore miró a la atractiva mujer que pasaba en ese momento por la calle, arrastrando a una niña de no más de cinco años, y sus miradas coincidieron. Sólo fue un segundo, pero suficiente para ver cómo ella apretaba la mano de su hija y apresuraba el paso.

Una sombra de malhumor cubrió su semblante.

—Vamos. —Cogió a Iona por el codo y la obligó a entrar en el coche.

Después rodeó el Essex, se sentó al volante y puso en marcha el motor.

Iona se acomodó en el asiento trasero y volvió al ataque.

—Si se lo dices, lo único que lograrás es que mi padre le coja más manía a Nina.

—Eso debiste de pensarlo antes de pedirme que te acompañara.

— ¡Pero es absurdo que no pueda visitar a mi prima!

—Ella ya no pertenece a la familia.

—Eso no hace que sea menos prima mía.

Iona giró la cabeza hacia los edificios de ladrillo rojo que veía pasar tras la ventanilla del coche, y se concentró en la sucesión de letreros que iban dejando atrás. Un mundo del que deseaba formar parte, o por lo menos, de una versión mucho más refinada y elegante.

—Nina y yo queremos ir este viernes al cine y, si le dices a mi padre que hoy he estado aquí, me prohibirá salir.

—Ese no es mi problema.

Iona miró su nuca, colérica.

— ¿Cómo puedes ser tan frío? ¿Es que ya no recuerdas que es la hija de Federico?

—Y ¿yo debo recordarte otra vez que ya no pertenece a la familia?

—No, no hace ninguna falta. Sé muy bien que mi padre no aprueba nuestra amistad, pero yo no puedo abandonarla sólo porque no haya querido vengar la muerte de sus padres.

—El tema es mucho más complicado y lo sabes.

—Eso no quita para que esté sola en el mundo.

Salvatore se restregó los ojos, cansado.

—Nina tiene la vida que escogió vivir.

— ¡Tiene una vida triste y aburrida! —Volvió la cabeza hacia la ventanilla lateral del coche y susurró—. Y solo nos tiene a nosotros.

—Solo te tiene a ti.

— ¿Cómo puedes decir esto después de lo que hiciste? Aquella noche no sólo perdió a sus padres sino que, si no llega a ser por ti, también la hubiéramos perdido a ella.

Inconscientemente, Salvatore apretó con una mano el volante mientras, con la otra, seguía por debajo de la chaqueta la cicatriz que le había quedado bajo el hombro izquierdo después de haberse interpuesto entre Nina y la bala destinada a terminar con su vida.

—Sabes que mi padre te escuchará si le pides que me deje ir al cine — insistió Iona al ver su gesto—. Él confía en ti. Además, Federico te agradecería que siguieras cuidando de su hija.

Salvatore agarró con ambas manos el volante y las venas se le remarcaron en la piel.

—Sólo por esta vez, y con la condición de que no volveremos a hablar nunca más de aquella maldita noche, ¿de acuerdo?

Iona se recostó feliz en el asiento.

—Me parece bien.

## Capítulo VII

La persiana de metal del almacén permanecía cerrada. El lugar era frío y húmedo y desprendía cierto olor a alcohol, a moho y ha cerrado. Brian Calleigh, o el Irlandés, como se le conocía en la calle, aguardaba junto a seis de sus hombres una nueva entrega de licor. Permanecía de pie, con las piernas ligeramente separadas y las manos en los bolsillos del pantalón. Llevaba un traje gris a rayas y el abrigo abierto como si desafiara las bajas temperaturas de la noche. Debía medir un metro setenta y tres o setenta y cinco, y tenía treinta y cuatro años.

Consultó la hora en su reloj de pulsera y frunció el ceño. Hacía unos veinte minutos que el nuevo cargamento debería de estar ya en su poder, y si no lo hacía en los próximos diez minutos mataría a cuanto italiano se cruzara en su camino para recuperar lo que le pertenecía. Es verdad que aún no sabía quién estaba detrás de los robos de licor, pero sí que era de origen siciliano, como el muchacho que había hecho matar y tirado en medio de la calle donde vivía con sus padres, para que el resto de los muchachos de la banda tuvieran bien presente cual sería su destino si seguían desafiándolo.

Nervioso, se pasó una mano por el pelo negro y grueso y creyó oír el pesado motor de un camión al dar marcha atrás para entrar en el callejón. Aunque esta vez había tomado la precaución de enviar dos coches armados para custodiar el cargamento, no podía asegurar que la luz que se filtraba por la rendija que había entre el cemento y la puerta de metal, fuera la del camión que esperaba. Así que hizo una leve seña a sus hombres y estos apuntaron las metralletas hacia la persiana, dispuestos a bañar con una nube de pólvora a quien pretendiera robarles el poco licor que les quedaba.

Unos segundos cargados de tensión que se disiparon cuando alguien golpeó tres veces seguidas la persiana y dos de sus hombres se apresuraron a levantarla.

—Todo en orden, jefe —dijo Rory, de diecinueve años, entrando en el

almacén con las manos en los bolsillos de la cazadora y una gorra hundida hasta las orejas. Tenía el pelo de color de la zanahoria y un sinfín de pecas en las mejillas y en la nariz—. El viaje ha sido de lo más tranquilo, aunque a los muchachos y a mí no nos hubiera importado despachar a algún que otro *comeespaguetis*.

El Irlandés hizo un leve gesto de aprobación con la cabeza mientras sus hombres empezaron a descargar las cajas de whisky canadiense del camión.

—Habrá más oportunidades de hacerlo. La fiesta aún no ha terminado.

— ¿Eso quiere decir que ya sabe quién está detrás de los robos?

Un músculo en la mandíbula del Irlandés se movió. No, no lo sabía, pero el muchacho al que habían apresado y matado había confesado que el tipo se parecía bastante a Banquo Cassidi y él entendía muy bien cómo funcionaba su mente. Es más, no le extrañaría que hubiera decidido actuar una vez más a espaldas de sus hombres. Ya lo había hecho en el pasado para apropiarse del negocio de licor de contrabando y, aunque había creído que había aprendido la lección después del último enfrentamiento, podía ser que aún no hubiese comprendido lo que significaba meterse en su territorio. No le extrañaría. Después de todo, desde que tenía uso de razón, sabía que el mundo estaba lleno de hombres que sólo ambicionaban lo que no poseían.

Y no es que él se creyera mejor que el resto del mundo, no, él no se engañaba a sí mismo, tenía muy asumido que cuando terminase la prohibición tendría que segar vidas como si de plantas se tratase para hacerse con el negocio de la prostitución o con el de las drogas o con el de las apuestas. Pero para él era una cuestión de supervivencia, no de codicia.

—No me extrañaría que Banquo estuviera detrás de los atracos — murmuró—. Pero no es el único siciliano gordo que camina por estas calles.

—Puede, jefe, pero acuérdesse del reloj de oro. No todos los sicilianos pueden permitirse uno.

## Capítulo VIII

Por fin llegó el viernes y, con él, el estreno de la película *London after mignight* (4).<sup>[4]</sup>

Nina y Iona caminaban de prisa, cogidas del brazo, sintiendo el intenso frío cortar sus mejillas. Quizá si la noche no hubiera sido tan gélida, se habrían parado ante el escaparate de la señora Abercrombie para contemplar sus pequeñas boinas y aparentar una tranquilidad que ninguna de las dos sentía. Pero el viento era tan afilado que, aunque aún faltaban unos diez minutos para que empezara la proyección de la película, la mayoría de los espectadores ya habían buscado refugio en el interior del cine.

Nina se cerró el cuello del abrigo y miró por encima de su hombro la sombra que las seguía. En toda la semana no había podido hablar con su prima y, con Salvatore a tan solo unos pasos de ellas, no se atrevía a pronunciar el nombre de John Preston en alto. Pero necesitaba saber qué le había explicado Iona para justificar su presencia en el cine, así que se inclinó hacia su prima y susurró:

— ¿Sabe que nos vamos a encontrar con él en el cine?

A la escasa luz de las farolas de gas, Iona palideció.

—Después, cuando Salvatore este comprando las entradas.

Nina abrió los ojos, alarmada.

— ¿Eso quiere decir que no sabe nada de él? Y ¿si ya nos está esperando en el cine?

Una sombra de miedo titubeó en los ojos de Iona. Miró la cola que empezaba a formarse en la taquilla para comprar una entrada y cierto alivio se dibujó en su rostro al ver que no había ni rastro de él. Que la mayoría eran

matrimonios o parejas con carabina y algún que otro hombre solo, que consultaba su reloj y miraba ansioso a ambos lados de la calle.

Pero, ¿qué pasaría si John Preston se presentaba en ese momento, sin que ella hubiera tenido tiempo de explicarle a Nina su plan? Nerviosa, escrutó las sombras que se movían a lo lejos mientras Nina, aterida de frío, se encogía bajo el abrigo y observaba el coche aparcado al otro lado de la acera.

— ¿Estarán todo el rato ahí?—preguntó.

Iona siguió la dirección de sus ojos, y con un mohín de malhumor apartó la mirada al reconocer a sus ocupantes como hombres de su padre.

—Esas son las órdenes que tienen.

—Y ¿qué pasará cuando nos vean salir del cine con él?—dijo preocupada—. O lo que es peor, cuando nos vean entrar con él.

Iona se encogió de hombros; aparentando una tranquilidad que no sentía.

—Podemos decir que es un conocido tuyo. Ya sabes, como si por casualidad nos lo hubiéramos encontrado.

—No va a funcionar. Salvatore tiene un don para las caras y una vez ha visto una ya no la olvida. Y estoy segura de que lo vio en la librería.

Iona miró a Salvatore, que se acercaba a la taquilla para comprarles las entradas y apretó los labios. Había llegado el momento de explicarle a su prima el plan B, no era un gran plan, lo reconocía, pero sí el único que se le había ocurrido durante la semana para evitar que él y los hombres de su padre descubrieran que tenía una cita con John Preston.

Una cita que nunca tendría el consentimiento de su padre.

—En este caso podemos decir que es tu prometido.

Nina abrió los ojos de par en par.

— ¿No lo dirás en serio?

— ¿Por qué no? Mi padre adora el dinero y los contactos, y John Preston tiene que tenerlos. Además —añadió mirando a Salvatore, que sacaba unas monedas del bolsillo del pantalón—, cuando mi padre se entere de que no hemos ido solas al cine, lo investigará para saber si puede beneficiarse de alguna manera. Y por muy limpio o corrupto que sea, un constructor no es tan influyente como el hijo del alcalde o el jefe de la policía.

Nina la miró un instante y tuvo que morderse la lengua para ahogar un grito de frustración. La quería con locura, era la única familia que le quedaba, pero en momentos como este, cuando aceptaba sin rechistar los dictámenes de su padre, la estrangularía.

Enfadada, miró el cartel de la película y bastó un segundo para sentir cómo el vello de los brazos se le erizaba.

—Dime que no lo sabías —dijo sin poder apartar la mirada del cartel, en el que se veía al actor Lon Chaney, conocido como el hombre de las mil caras por su versatilidad a la hora de interpretar personajes torturados y grotescos, convertido en un monstruo.

Iona se mordió el labio inferior.

— ¡Lo sabías!—exclamó Nina asombrada—. Sabías que hoy estrenaban esta película.

—Sí, bueno —musitó mirando de reojo a Salvatore, que ya se les acercaba con las entradas en la mano—. Pero tienes que entenderme. En cuanto mi padre se decida por el pretendiente perfecto para la familia, perderé la poca libertad que poseo.

—Y ¿no has pensado en decirle a mi tío lo que piensas de sus deseos?

—Y ¿traicionar así a la familia?

Salvatore alzó una ceja al escuchar este último comentario.

— ¿Va todo bien?—preguntó.

—Todo lo bien que puede ir —repuso Iona de mala gana. Cogió las

entradas de su mano y tiró de su prima hacia el interior del cine, y hacia el gentío que llenaba el vestíbulo.

Hacía unos cinco minutos que John Preston las observaba. A ellas, a Salvatore y a los hombres del Essex negro. Es más, una parte de él quería acercarse a ellas y ver qué ocurría a continuación, pero algo le decía que esos matones no tardarían en llenar su cuerpo de plomo si se atrevía a hacerlo. Así que tiró la colilla al suelo y hundió las manos en los bolsillos del abrigo. No podía negar que le molestaba que Iona hubiera arrastrado a su prima con ella al cine, pues, cuando trabajaba, prefería tener el menor número posible de espectadores. Pero también debía reconocer que en el fondo había esperado volver a verla y que su presencia no entorpecía en nada sus planes. Es más, que le gustaba observarla.

Algo que lo desconcertaba.

Y mucho.

Y más si lo hacía desde el punto de vista puramente masculino. Es decir, si sólo se fijaba en las voluptuosas curvas de Iona Cassidi. En cambio, Nina, sabía que tenía curvas y que estas eran suaves y redondas —había sido uno de los primeros detalles en los que se había fijado su punto de vista puramente masculino—, y que cuando se enfadaba, sus ojos del color del chocolate parecían arder.

Y ahí residía el misterio. En sus ojos. En el fuego que crepitaba en ellos cada vez que algo la disgustaba, y que a él le gustaría descontrolar para ver si era capaz de hacerle sentir algo. Lo que fuera, aunque sólo fuese dolor.

A veces el dolor era el afrodisíaco más potente para un cuerpo tan dañado como el suyo.

Pero eso tendría que esperar. Ahora su principal objetivo era acercarse lo

bastante a Banquo Cassidi como para poder vaciar el tambor de su pistola en su pecho, y la única manera de conseguirlo era a través de Iona.

Así que al ver cómo desaparecían en el interior del cine, se subió el cuello del abrigo e inclinó un poco el ala de su sombrero hacia la izquierda, para evitar que los hombres de Banquo Cassidi pudieran reconocerlo. Se encaminó hacia la taquilla, miró la pareja que entraba en el cine, la luz del vestíbulo caer sobre la acera e iluminar el cartel de la película, y alzó una ceja, entre divertido y sorprendido. La verdad es que nunca se habría imaginado que a la señorita Iona Cassidi pudieran gustarle las películas de terror.

Compró una entrada y entró en el vestíbulo del cine. Aún faltaban unos minutos para que empezara la proyección y un muchacho de no más de diecisiete años impedía el paso a la sala, con un cordón de terciopelo rojo. Iona se pegó un poco más a su prima, cansada de los leves empujones que recibía. Ella también quería entrar en la sala y sentarse, pero aún no había ninguna señal de John Preston y comenzaba a temer que ya no vendría.

— ¿Qué haremos si no aparece?

— ¿Ver la película?—dijo Nina, e hizo un mohín de malhumor al notar el codo de alguien clavándose en sus costillas. Pero al ver la expresión de decepción de su prima, suavizó el ceño—. Y después podemos tomarnos un chocolate bien caliente y maldecir a todos los hombres.

— ¿A todos?—dijo una divertida voz a sus espaldas.

Iona miró al dueño de esa voz extender un brazo para protegerla de los empujones y el rubor se adueñó de sus mejillas.

—Creí que ya no vendría.

— ¿Y perderme la oportunidad de volver a verla?—dijo John Preston.

Nina miró el perfil del hombre, la sonrisa que se perfilaba en sus labios y bajó la mirada, en parte porque sentía que sobraba y en parte confusa al sentir que su corazón daba un ligero golpe en su pecho; como si también se alegrase de oír su voz. De verlo de nuevo. Pero al notar que la gente a su alrededor

empezaba a moverse, levantó la mirada y reparó en que el muchacho había quitado ya el cordón de terciopelo rojo.

—Será mejor que entremos —dijo, e inmediatamente notó la suave presión de la mano de John Preston en el bajo de su espalda.

Sólo fue un instante, un acto de cortesía para permitirle el paso, pero mientras era empujada por una joven pareja al entrar en la sala, Nina aún creía sentir la suave presión de la mano de él en el nacimiento de la espalda.

Se sentó en la tercera fila, al lado de una rolliza mujer vestida completamente de negro, que olía a comida. En cierto modo no le disgustó, pues le recordaba el delicioso aroma de los guisos que solía prepararle su madre a su padre.

Bajó la mirada hacia su regazo para borrar esos recuerdos y cuando la levantó le pareció que esa noche todo se había conjurado en su contra. Sobre todo cuando en la pantalla apareció el actor Lon Chaney, interpretando al inspector de Scotland Yard, Eduard Burke, que simulaba ser un vampiro hipnotizador que debía desvelar un crimen cometido en una mansión de Londres.

Separó ligeramente los labios y cogió aire. No quería recordar esos otros tiempos empañados por el familiar aroma de la comida ni ver ninguna película que le hiciera pensar en su madre —en lo que le encantaban las historias de terror—, y mucho menos evocar el instante en que sus padres se habían bajado del coche para ir a cenar a su restaurante italiano favorito y, segundos después, caían en la calle; muertos. Como tampoco quería recordar el frío sonido de los revólveres al descargar su furia a su alrededor ni verse de nuevo empujada al asiento trasero del coche, en estado de shock, mientras Salvatore la cubría con su cuerpo.

Lo único que deseaba era poder levantarse e irse a su casa, hundirse en el sofá con una taza de chocolate caliente en las manos y escuchar con la luz apagada la radio. Pero si Salvatore la veía salir del cine, ni él ni sus hombres dudarían un segundo en entrar con las armas en la mano.

— ¿Se encuentra bien?

Nina dio un ligero respingo al oír la voz de John Preston, y percatarse de que ocupaba el asiento contiguo al suyo, donde debería de estar sentada su prima.

—Sí, no se preocupe —repuso aturdida—. Es... la película.

Él la miró durante un largo minuto, como si quisiera desentrañar un gran misterio que se negaba a revelarse ante sus ojos hasta que, visiblemente molesto, apretó la mandíbula y giró la cabeza hacia la pantalla. Desconcertada por esa reacción, ella también se obligó a mirar una película que no tenía ningún interés en ver. Así que su subconsciente buscó otra distracción y de alguna manera empezó a estar pendiente de cada uno de sus movimientos; de cómo, en un momento dado, él se acercaba a su prima y le susurraba algo al oído, le cogía la mano y se la apretaba con suavidad.

Al instante apartó la mirada y observó a las parejas sentadas delante de ella, bañadas por la parpadeante luz del proyector. Un dolor sordo atravesó su pecho. Nunca antes le había molestado su soledad. Claro que tampoco había pensado mucho en esto. Desde la muerte de sus padres, que lo único que había deseado era un poco de tranquilidad y, relativamente, lo había conseguido. O por lo menos había conseguido una vida que la ayudaba a levantarse cada día.

Empero, desde el día que su prima y ella habían conocido a John Preston, que tenía la sensación de que el aire ya no soplaba como antes. Era como si hubiera una constante vibración en el ambiente que poco a poco iba desestabilizando su mundo.

Algo así como el eco de una bala antes de ser disparada.

Miró de reojo una vez más a John Preston, y un dulce escalofrío subió por su cuerpo cuando la rodilla de él rozó la suya. Solo fue un segundo, un acto inocente, pero suficiente para hacerle olvidar el pasado.

Al final las luces de la sala se encendieron y el público empezó a levantarse; impactados todavía con la actuación de Lon Chaney. Nina siguió con la mirada a su prima y a John Preston hasta el inicio de la fila y les ofreció un instante de privacidad, antes de unirse a ellos.

—Entonces hasta el martes —escuchó decir a John Preston, antes de que sus ojos se posaran en ella e inclinara levemente la cabeza a modo de despedida.

Iona entrelazó el brazo con el de su prima y lo vio desaparecer entre los espectadores que se arremolinaban en la puerta de la sala.

— ¿Crees que si se lo pidiera me llevaría a bailar?—Y se rió de su ocurrencia—. No me hagas caso, es que me gusta, y mucho.

Nina bajó un segundo la vista, sin saber por qué le dolía ese comentario.

—He visto que te cogía la mano.

— ¿Lo has visto?—pregunto divertida, mientras salían del cine—. Me preguntó si me daba miedo la película y le dije que estaba segura de que esta noche iba a tener pesadillas. Entonces fue cuando me apretó con suavidad la mano y me dijo que prefería que soñase con él.

Una fuerte ráfaga de viento barrió la calle y Nina sintió la mordida del frío en plena cara. Se ciñó el abrigo al cuerpo y miró por entre la multitud que salía y los que entraban para ver la última sesión, cómo Salvatore abría la puerta trasera del Essex.

—Le he dicho a John que era mejor que nos vieran salir solas del cine —murmuró Iona, sin despegar también la mirada de Salvatore—. Le he dado a entender que mi tío es un hombre bastante difícil y que no quería que tuvieras problemas por mi culpa.

Nina notó cómo su corazón se quejaba al pensar en su padre; muerto.

— ¿Cómo has podido decirle eso?

—Oh, vamos, no seas aguafiestas; solo quiero divertirme un poco.

Nina apartó la mirada; dolida.

—Vas a tener que decirle la verdad; a John Preston me refiero. Ya sabes, sobre quién eres.

—Sí, *mamma*, no te preocupes, lo haré. Pero, ahora, sólo puedo pensar en soñar con él. —Se cerró el cuello del abrigo con una mano y corrió hacia el Essex y la suavidad de las sábanas de su cama.

## Capítulo IX

Sólo era un pequeño sótano en algún punto de la ciudad, con una sucia y estrecha ventana a ras de calle. El lugar olía a humedad, ha cerrado. La caldera hacía años había dejado de funcionar y ahora solo era una sombra, como los trozos de botellas rotas que había en un rincón y la desgastada mesa de madera. Del centro del techo colgaba una bombilla que esparcía un pálido foco de luz sobre el muchacho atado a una silla. Tenía el labio inferior partido y manchas de sangre en la camisa.

— ¡No sé quién es! Lo juro, nunca lo he visto —dijo con la voz rota por el miedo y el dolor de unas costillas rotas.

Un círculo naranja se encendió y apagó en la penumbra.

—Pero a mí sí que me conoces, ¿verdad?

El muchacho asintió con un leve movimiento de cabeza.

—En el barrio todos sabemos quién es usted.

—Entonces sabrás que no puedo dejarte marchar hasta que me digas lo que quiero oír, ¿no?

— ¡Pero no hicimos nada contra usted! Sólo le robamos unas cajas de licor a ese irlandés.

—Pero resulta que alguien quiere hacerle creer que a ese irlandés yo soy el que está detrás de esos robos, y un hombre de mi reputación no puede permitir que otros le cuelguen cosas que no ha hecho. ¿Lo entiendes, no?

El muchacho se pasó la lengua por el labio partido y rompió a llorar. No le importaba que lo vieran llorar. No sentía ninguna vergüenza de comportarse como un niño asustado; en ese momento era capaz de orinarse encima.

—Sí —sollozó.

—Entonces dime quién está detrás de los robos y yo les diré a mis hombres que te suelten.

— ¡No lo sé; ya se lo he dicho! El único que lo conocía era Silvio, mi amigo, y a él lo mató el Irlandés. *Per favore*, quiero irme a casa con mis padres. Ellos no saben dónde estoy y mi madre se preocupa si no llego a dormir.

Banquo Cassidi salió de la penumbra y se acercó a la silla.

— ¿Qué te parece si te doy otra oportunidad y me cuentas todo lo que te dijo tú amigo sobre ese hombre, por insignificante que sea?

—Pero ya le he dicho todo lo que sé.

—Está vez quiero que lo pienses bien antes de abrir la boca y que cuando estés listo me mires a los ojos para que yo pueda ver si me estás mintiendo, *¿capisce?*—El muchacho asintió con la cabeza—. Perfecto, entonces, *parla!*—Se inclinó hacia él y apretó la punta del cigarro en la palma de su mano—. Y no dejes de mirarme.

El muchacho apretó los dientes a la vez que grandes lágrimas caían por su rostro.

—Sólo me dijo que llevaba un reloj de oro y que se parecía a usted —gimoteó mirándolo a los ojos mientras la ceniza se incrustaba en su piel, quemándola, abrasándola—. No sé nada más, se lo juro, ¡Nada más!

Banquo escrutó unos segundos más su demacrado rostro y se irguió, contrariado.

—*Va bene, va bene, ti credo.* —Y le dio una suave cachetada en la mejilla.

Él cerró un instante los ojos, aliviado, y murmuró:

—*Grazie, grazie...*

—Ahora le diré a mis hombres que te acompañen a casa, estoy seguro de que tu madre se alegrará de verte. —Se acercó a la puerta del almacén, puso la mano en el hombro de uno de sus hombres, y susurró—: Que parezca cosa del Irlandés.

John Preston dio una larga chupada a su cigarrillo, tiró la colilla al suelo y la aplastó con la suela del zapato. Se hundió un poco más en las sombras de la noche y alzó la mirada hacia el apartamento que ocupaba los dos tercios de la fachada del edificio, al otro lado de la calle. Faltaban pocos minutos para la medianoche y la mayoría de las ventanas estaban a oscuras.

La mayoría, no la que él vigilaba u observaba, o lo que fuera que hacía, porque era incapaz de entender por qué no podía apartar la mirada de la silueta que se intuía tras las cortinas. De repente, y para su propio desconcierto, notó cómo su corazón daba un suave vuelco en su pecho al ver la silueta de una mujer apartar la cortina y mirar las sombras que el viento entretejía con la luz de las farolas y el humo de las chimeneas.

Durante un intenso segundo deseó que sus miradas volvieran a encontrarse, como se habían encontrado en la penumbra del cine, cuando le había preguntado si se encontraba bien. Una parte de él quería experimentar otra vez esa rara sensación de sentir que algo en su interior se estremecía. Algo enterrado bajo gruesas capas de hielo, como si fuera un diminuto pececito en busca una rendija por la que salir a respirar a la superficie.

Durante un segundo lo deseó. Después sintió la necesidad de fumarse otro cigarrillo y seguir su camino hasta el antro de Joe's y pedir una botella de whisky, para borrar de su cabeza la tristeza que había visto en los ojos de Nina. Pero no se movió. Se limitó a mirarla desde las sombras hasta que ella desapareció tras la cortina y sólo quedó la oscuridad de una habitación sin luz. Entonces sacó el paquete de Luckie's, encendió un cigarrillo y se dirigió hacia su coche, hacia el antro de Joe's y la botella de whisky.

## Capítulo X

El sábado por la mañana, Nina pensó en llamar a su prima. Se le ocurrió mientras bebía el primer sorbo de café del día y observaba la librería desde la ventana de su apartamento. Por regla general, cada sábado la llamaba para ver si se verían algún día de la semana, pero también pensó que podría bajar y comprarse una novela. El año pasado había leído *El crimen de Benson* de S. S. Van Dirre, y le había gustado bastante. Así que podía mirar si había publicado algún otro libro.

Sin embargo, por la tarde, mientras paseaba y el intenso frío le hacía expeler nubecitas blancas con el aliento y se decidía a entrar en la cafetería donde se había encontrado con John Preston, tuvo la repentina sensación de que había olvidado hacer algo importante. Pero ¿qué?

Pidió su segundo café del día y miró distraída el periódico que había en la barra. “¿Guerra entre bandas?”. Rezaba el titular. Inmediatamente frunció el ceño y lo alejó de sí. Antes habría leído y releído el artículo temiendo encontrar algo que pudiera relacionar con su familia, pero ahora ese otro mundo ya no tenía nada que ver con ella. Es más, le repelía. Y si alguna vez conseguía despertar su interés, sólo era porque se preocupaba por Iona.

¡Iona!, susurró una vocecilla culpable en su cabeza.

Se terminó el café y salió de la cafetería con la fuerte convicción de llamarla apenas cruzara el umbral de la casa de huéspedes, pero antes tenía que ir a la tienda de alimentación a comprar lo que sería su cena: una barra de pan, mermelada, y luego a la quesería. Sin embargo, cuando media hora después se arrellanaba en el sofá de su apartamento con un nueva novela de S. S. Van Dirre, seguía teniendo la impresión de haber olvidado algo importante.

Y al tiempo que Nina se tapaba las piernas con una vieja manta y se hundía en la lectura del libro, Banquo Cassidi sonreía con los pies cruzados sobre el escritorio de su despacho. Se aflojó el nudo de la corbata y bebió un trago de

años. Se podía decir que ahora ese maldito irlandés y él tenían algo en común: alguien que intentaba endilgarles un delito que no habían cometido.

Algo que él encontraba de una justicia muy reconfortante.

Y no sólo eso, sino que tal y como había esperado, la noticia de la muerte de ese segundo muchacho no había tardado nada en correr de boca a boca, señalando como único culpable a Brian Calleigh. Pues ¿qué otra cosa podía pensar la gente si éste se había asegurado de sembrar el terreno con la muerte del primer muchacho? Además, ¿no llevaban ambos cadáveres el mismo sello: No habían muerto de un tiro en la cabeza y tirado de un coche en marcha en medio de la calle donde vivían sus padres? Y por si fuera poca coincidencia, ¿no habían participado los dos muchachos en los robos de licor?

Y ¿qué otra cosa podía pensar el Irlandés después de que varios periódicos se hubieran hecho eco de la muerte de ese segundo muchacho, sino que alguien quería achacarle ese cadáver? Y ¿qué posibilidad había de que ese alguien fuera el mismo que iba tras su licor?

Banquo Cassidi miró de refilón la fotografía del cadáver, en la primera plana del periódico de la tarde, y de un trago se terminó el anís del vaso. “¿Guerra entre bandas?” leyó, y releyó por encima el artículo en el que, según el periodista, esas muertes se debían a una especie de vendetta entre bandas. Una opinión que, en lo personal, no le molestaba. Es más, hasta lo encontraba estimulante.

Y mientras Banquo Cassidi se servía otro vasito de anís, el Irlandés entraba en el diminuto despacho del almacén y tiraba el sombrero sobre los periódicos y papeles que había en el escritorio.

—Esta claro que alguien nos la está jugando —espetó.

—Es ese apestoso italiano —aseguró Rory, desde la puerta del despacho.

Él se pasó una mano por el pelo y se apoyó en el escritorio.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?

Rory se encogió de hombros.

—Porque ese *comeespaguetis* quiere nuestro licor, jefe. Siempre lo ha querido; recuerde lo que pasó hace dos años.

El Irlandés apretó la mandíbula; sí, no podía olvidarlo.

—¿Crees que es tan tonto como para volver a intentarlo?

—A lo mejor no le importó la muerte de su hermano ni la de su cuñada. O lo mejor piensa que es más astuto que nosotros.

Brian Calleigh cogió uno de los periódicos que había en el escritorio, leyó el titular: “¿Guerra entre bandas?”, y frunció el ceño. Él también creía que Banquo Cassidi era quien estaba detrás de los robos y de la muerte de ese segundo muchacho, pero antes de disparar a sangre fría contra él o su hija, necesitaba una prueba que lo condenase.

—Veremos al final quien de los dos es más astuto.

El domingo por la mañana, Nina tampoco llamó a su prima. Ni por la tarde, y mucho menos por la noche. Era como si una parte de ella hubiera decidido olvidar esa sencilla rutina, que marcaba su fin de semana. Y aunque no dejaba de reprenderse mentalmente de su persistente olvido, ni una sola vez hizo el intento de bajar al vestíbulo y descolgar el teléfono.

Es más, tenía la ligera sensación de que esa falta de decisión se debía a que seguía molesta con Iona por haberle ocultado que iban a ver una película de terror y haber usado a su padre como excusa para no decirle la verdad a John Preston. Hasta parecía inmune a la que, con seguridad, sería la reacción de Banquo Cassidi cuando se enterase de la existencia de éste; porque, si de algo estaba segura, era que tarde o temprano su tío descubriría su existencia y entonces prohibiría taxativamente cualquier tipo de contacto entre ellas.

Tomó un sorbo de chocolate caliente y miró a través de la ventana de la cafetería el trajín de un lunes por la mañana. Sí, se podía decir que estaba enfadada con su prima, y hasta con John Preston por aparecer en sus vidas.

Aún cuando este último pensamiento fuera un tanto irracional.

— ¿Me permite acompañarla?

Nina alzó la vista y una ola de calor asoló su pecho.

—Sí, claro.

John Preston se sentó a la mesa frente a ella y entrecruzó los dedos encima de la mesa.

—No esperaba encontrarla aquí.

—No suelo venir mucho.

—Entonces me alegro que hoy sea la excepción.

Nina dejó la taza de chocolate al lado de la magdalena de centeno que había pedido para desayunar y miró la suave sonrisa de sus labios; su mirada, en contraposición, fría como un témpano de hielo. Deslizó la mirada hacia la cicatriz de su ceja izquierda, tan perfecta como el corte de un bisturí, y para su propia sorpresa se escuchó preguntar:

— ¿Cómo se la hizo?

E, inexplicablemente, John Preston deseó tener una buena historia que contar, que la hiciera sonreír, pero en él no había nada bueno, sólo pedazos de una vida que ni a él mismo le gustaba recordar.

Al ver que el camarero se acercaba, le pidió un café.

—Es sólo una herida sin importancia —repuso.

Nina giró la cabeza hacia la ventana y observó el loco corretear de unos niños por entre el gentío. No tendría que habérselo preguntado, lo sabía, pero

sus labios habían actuado antes de que ella fuera consciente de lo que iban a decir. Rodeó la taza de chocolate con ambas manos y volvió a mirarlo.

—Y, usted, ¿viene mucho por aquí?

John Preston echó dos terrones de azúcar a su café y la miró a los ojos.

—No. ¿Le entristecen las películas de terror?

Nina ladeó ligeramente la cabeza hasta que entendió a qué se refería. Entonces bajó la vista hacia su taza.

—En parte, pero tampoco vale la pena hablar de eso.

John Preston la miró un segundo antes de bajar la mirada hacia sus manos: pequeñas, delicadas, elegantes. ¿Qué tacto tendría su piel? ¿Sería tan suave como parecía? Entre confuso y enfadado consigo mismo, apretó la mandíbula. No podía negar que ni él mismo comprendía esa especie de acoso a que la temía sometida. Ni tampoco la necesidad que esa mañana lo había arrastrado hasta la cafetería por el simple placer de pensar que ella estaba a sólo unas calles de él; para terminar sentado a su mesa. Pero, sobre todo, le intrigaba la necesidad que ahora tenía de tocar sus manos, de descubrir si su piel era tan suave como parecía. De sentir que no estaba muerto.

Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada, se dedicaron a mirar por la ventana de la cafetería la marea de abrigos que se entrecruzaban en la calle sin rosarse; conscientes, por eso, de la presencia del otro. De su silencio.

—Parece que hoy no saldrá el sol —murmuró al final Nina.

—Sí, eso parece.

Nina observó los nuevos clientes que entraban en la cafetería, los que había apoyados en la barra y suspiró. ¿De qué podían hablar? Bebió un sorbo de chocolate, dejó la taza en el platillo y...

—Creo que nos hemos quedado sin tema de conversación.

—Sí, así es. —Y la miró a los ojos esperando ese estallido de malhumor que tanto parecía gustarle a una parte de su anatomía.

Ella frunció el entrecejo y se levantó de la silla.

—No se preocupe, le diré a Iona que he tenido el placer de toparme con usted. —Cogió los guantes de encima de la mesa, el abrigo de la silla y se dirigió hacia la puerta de la cafetería.

Y él se quedó quieto, inmóvil, a la espera de esa media erección que tanto deseaba volver a experimentar.

Nina caminaba de prisa, sin mirar las tiendas que iba dejando atrás, preguntándose por qué le había molestado tanto que él le diera la razón. Después de todo era normal que no supieran de que hablar, ella sólo era el puente que le permitía ver a Iona. Nada más.

¡Iona!, exclamó una voz culpable en su cabeza.

Subió de prisa los escalones delanteros de la casa de la señora Huyler y entró en el vestíbulo, dispuesta a llamar a su prima. Se acercó al mueble del teléfono, dejó el bolsito al lado de la libreta de los recados y observó la mala caligrafía de su casera: “para la señorita Nina Casidi: su prima a llamado, no debe volver llamada”.

John Preston sacó el paquete de Luckie’s y encendió un cigarrillo. Estiró las piernas bajo la mesa de la cafetería y miró la gente pasar al otro lado de la ventana. Dentro, el calor de un radiador cercano, calentaba su cuerpo. Sin

embargo, esta vez no experimentaba ninguna media erección. Bien al contrario, sólo tenía una insólita sensación de ausencia. De añoranza.

Removió el azúcar de su taza y dejó la cucharilla junto al platillo. Su mundo siempre había sido un sitio oscuro donde vivir. Monocromo. Gris. Sin emociones, ni sentimientos ni ausencias de ningún tipo. Un lugar en el que él solo era una sombra, ya fuera de niño para evitar la paliza de su padre cuando llegaba del trabajo y necesitaba descargar su rabia e impotencia en su madre porque la muy zorra no servía para limpiar ni para cocinar y por eso tenía que castigarla, para que aprendiera a ser una buena esposa y, en él, siempre callado, siempre en un rincón de la cocina, un inútil; un estorbo que la muy tonta de su madre había traído al mundo. Y, después, ya de adulto, por su profesión.

Sin embargo, miró el espacio vacío que había dejado Nina, su taza de café, la magdalena intacta en el plato, y entrecerró los ojos, molesto.

Era consciente de que su físico solía gustar a las mujeres, y también que a ninguna de sus anteriores conquistas le había interesado conocerlo en profundidad; ni tan siquiera a él mismo le interesaba hacerlo. Hacía años había renunciado a verse, pues nadie en su sano juicio quería parecersele. Pero, por alguna extraña razón, deseaba que Nina descubriera al hombre que habitaba en su interior. Que viera más allá de la sombra en la que se había convertido y le diera la oportunidad de acercarse a ella. De conocerla un poco más.

Pero ¿qué le habría podido decir para que se quedara? Sus mundos eran tan diferentes, ellos eran tan diferentes, que solo eran dos extraños en una cafetería. O por lo menos lo serían hasta que existiera un mínimo de confianza entre ellos, y esto quería decir que uno de los dos tendría que abrirse.

Observó a través de la ventana el cielo plomizo, los edificios de un tono rojizo desvaído, los abrigos de los transeúntes entre grises y negros, y suspiró. Sí, uno de los dos tendría que dar ese primer paso y, con seguridad, ese uno tendría que ser él, pues, por lo visto, era incapaz de mantener la distancia.

## Capítulo XI

Nina cerró el libro que hacía media hora intentaba leer sin éxito y se levantó del sofá. Por más que lo intentaba, no lograba borrar de su cabeza el rostro de John Preston, y no quería ni podía caer en el error de pensar en él. No cuando ella sólo lo soportaba por su prima.

Empezó a girar el dial de la radio por los números de las emisoras en busca de música y lo paró al escuchar *Muskrat Ramble* (5<sup>[5]</sup>), una alegre sinfonía interpretada por *Louis Armstrong and his Hot Five*. Inmediatamente sus caderas empezaron a seguir el ritmo de la música y el frío de unos ojos a llenar sus pensamientos.

—*Per Dio!*—gritó exasperada.

Decidida a pensar en cualquier otra cosa que no fuera en él y el frío de sus ojos, entró en su habitación para arreglar el desorden de su armario, cuando unos repentinos golpes en la puerta del apartamento la sobresaltaron.

Desconcertada, apagó la radio y se apresuró a abrirla.

—¿Qué, qué haces aquí?

Iona frunció las cejas.

—Cualquiera diría que no te alegras de verme. —Y, sin esperar ninguna respuesta, atravesó la sala hacia la ventana para observar el Essex negro aparcado frente a la librería—. Supongo que esa vieja entrometida de la señora Huyler te habrá dado mi recado, ¿no?

—Sí, lo apuntó en la libreta de los recados.

—Mejor, porque temía que me llamaras mientras venía hacia aquí.

Nina se sentó en el sofá y enarcó una ceja.

— ¿Eso quiere decir que tu padre no sabe que estás aquí?

—Esta vez sí que lo sabe. —Miró un segundo a Salvatore, que la esperaba con los brazos cruzados fuera del coche, y dejó que la cortina se deslizara de entre sus dedos—. Así también como quien va a ser mi futuro marido.

Nina parpadeó, entre confusa y aturdida.

— ¿Qué quieres decir con esto? ¿Te ha comentado algo?

—No, pero hace unos días que lo veo contento, hasta me atrevería a decir que feliz. —Se sentó a su lado en el sofá y la miró con cierta inseguridad—. ¿Te molestó que la otra noche le dijera a John Preston que mi tío nos esperaba fuera del cine? Sé que él, bueno, que tu padre está muerto y pensé que quizá por esto no me habías llamado durante el fin de semana.

Nina se alisó la falda, al sentir que empezaba a formarse un nudo de lágrimas en su garganta.

—Sólo te pido que no vuelvas a hacerlo.

—Bueno, tampoco creo que vaya a tener muchas oportunidades de volver a verlo si estoy en lo cierto, ¿no crees?

Nina suspiró. En general, se podía decir que la noticia de que Banquo Cassidi hubiera encontrado el marido perfecto para su hija y los intereses de la familia no le sorprendía demasiado; ella habría seguido el mismo camino si sus padres aún vivieran. Sólo que, así de pronto...

—El que sonría no quiere decir que te haya conseguido un marido —aventuró.

Iona se levantó y acercó otra vez a la ventana.

—Tú lo conoces tan bien como yo y sabes que sólo sonrío cuando se ha salido con la suya.

—Pero puede sonreír por muchos motivos. Quizá los negocios le van bien.

—Si fuera así, Alessandro y Salvatore también estarían contentos, y estos días están más taciturnos de lo normal. —Hizo una breve pausa y se abrazó como si de repente tuviera frío—. Estoy segura de que mis días de soltera se han acabado y por esto he pensado que me gustaría que John Preston fuera mi primer hombre.

— ¿Qué, qué quieres decir con que sea tu primer hombre?

—Que si tengo que casarme con quién elija mi padre, prefiero ser yo quien elija con quién quiero acostarme por primera vez. —La miró, y sonrió con tristeza—. Recuerda que tú puedes elegir, pero que yo no.

Nina apartó la mirada. Aunque entendía perfectamente a su prima, no podía evitar sentir cómo su corazón se revelaba ante la idea de que se entregara a John Preston. A lo mejor porque no lo consideraba digno de ella o porque había esperado un futuro mejor para Iona. Pero ¿quién era ella para juzgarla, o para juzgarlo a él? ¿Qué sabía ella de los sentimientos de John Preston hacia su prima?

Iona se acercó al sofá y pasó distraídamente una mano por el respaldo.

—El problema es que me gustaría que fuera una noche especial: cena en un restaurante elegante y después tomar unas copas en algún club de moda. Sólo que no sé cómo despistar a Salvatore. —Una suave línea de malhumor se dibujó en su frente—. De verdad, no sé cómo hacías para soportarlo. Es la persona más fría e insensible que conozco.

—Pensaba que ese honor lo ostentaba tu padre.

Iona arrugó aún más las cejas.

—Mi padre hace lo que tiene que hacer por el bien de la familia. En cambio, Salvatore, es un don nadie que se cree indispensable porque fue el *consigliere* del tuyo.

Nina bajó la mirada hacia sus manos, entrelazadas en el regazo. ¿Es que su

prima no se daba cuenta de que con esos comentarios lo único que conseguía era hacerle daño?

—Salvatore siempre se portó bien conmigo —murmuró.

—Sí, y por eso mi padre lo tiene como mi perro guardián. —Se sentó de nuevo en el sofá—. Pero no hablamos más de él, prefiero hablar de John Preston. Y ya que no puedo salir a divertirme con él, he pensado que lo que necesitamos es un poco de intimidad.

— ¿Estás segura de esto?

—Segurísima. Además, mi marido tampoco llegará virgen al matrimonio. Así por lo menos los dos sabremos a qué atenernos cuando aterricemos borrachos en la cama.

Nina bajó un instante la mirada hacia sus manos; confusa, sin saber qué decir ni por qué le molestaba tanto la idea. Sólo sentía una fuerte opresión en el pecho, que le robaba las palabras.

Iona cogió sus manos entre las suyas y las apretó.

—Y para esto, necesito pedirte un favor.

— ¿Qué favor?

Sonrió, nerviosa.

—El viernes, en el cine, le di tu dirección. Así que necesitaría que mañana me dejaras a solas con él.

Nina sintió una leve punzada en el pecho, que enrojeció sus mejillas.

—Y, él, ¿sabe que tú planeas...?

Ella rió, divertida.

—Claro que no, me moriría de la vergüenza si lo supiera. Aunque también necesitaría que distrajeras a Salvatore.

— ¿Distraerlo?

—Si te ve salir del edificio, entrará a ver qué pasa conmigo. Y si quiero estar con John Preston necesito algo de tiempo.

Durante unos segundos ninguna de las dos dijo nada, como si el silencio fuera su más fiel aliado. Nina bajó la mirada hacia su regazo, donde Iona sujetaba sus manos, con la imagen de John Preston no hacía ni una hora, en la cafetería.

Al final, Iona frunció el ceño.

— ¿Puedo confiar en ti, verdad?

—Sabes de sobras que sí, pero...

—Perfecto, entonces nos vemos mañana. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. No te preocupes por nada, lo tengo todo planeado. Yo llegaré cerca de las doce del mediodía y él a las once y media; así evitaremos que Salvatore lo vea entrar. —Abrió la puerta del apartamento y la miró un instante con una gran sonrisa en los labios—. ¡Ah!, y sobre todo, piensa en la excusa que le darás a Salvatore para dejarme sola.

## Capítulo XII

Banquo Cassidi se recostó en su asiento, entrecruzó los dedos de las manos sobre su estómago y miró a Salvatore. Por más que fuera lucía el sol, las cortinas del despacho permanecían cerradas. Lo prefería así. Odiaba la sola idea de que alguien pudiera seguir sus pasos dentro de su propia casa y dispararle. En el mundillo en el que se movía no sólo había jueces difíciles de sobornar sino enemigos que coartaban su libertad.

—Así que el Irlandés va a recibir otro cargamento de licor —murmuró.

—Eso han averiguado mis hombres.

Chasqueó la lengua; molesto. Es verdad que se había divertido con la muerte de ese segundo muchacho y hasta que había fantaseado con la de un tercero sólo para ver qué hacía ese maldito irlandés. Pero también lo era que hacía unos días había empezado a cuestionarse si no sería mejor deshacerse de una buena vez de él y quedarse con el negocio del licor de contrabando.

Al fin y al cabo, ese negocio ya tendría que ser suyo.

—Que tus hombres no lo pierdan de vista. Y, si aparece otra vez la banda de esos muchachos, que sigan al cabecilla y me lo traigan.

Salvatore entrecerró los ojos.

—¿Crees que ese chico pueda decirnos más que el otro?

—Eso ya lo veremos. Y, sino, siempre puede sernos de alguna otra utilidad.

## Capítulo XIII

La mañana del martes llegó demasiado rápido. Y, con ella, los nervios y las dudas, que habían mantenido a Nina despierta buena parte de la noche. Cogió una revista de la mesita y se sentó en el sofá. Aún faltaba una media hora para que John Preston se presentara en su casa y todavía se preguntaba por qué había accedido a esa locura. Miró la fotografía de la actriz Clara Bow (6)<sup>[6]</sup>, que ese año había interpretado magistralmente el papel de Sylvia en la película *Alas* (7)<sup>[7]</sup>, y trató de recordar si había dejado toallas limpias en el baño. Estaba segura de que sí, de que primero había cambiado las sábanas de la cama y luego había limpiado la bañera y sacado unas toallas nuevas de la cómoda, pero era incapaz de recordar qué había hecho después con ellas.

“Bueno”, se dijo tratando de no pensar en el significado de esas toallas, “si Iona las necesita, ya las encontrará”. Por algún motivo que prefería obviar, no quería que John Preston creyera que ella sabía lo que iba a pasar. Prefería mantenerse al margen. Actuar como si desconociera los planes de su prima. Miró una vez la hora en su reloj de pulsera y un remolino de nervios tensó su estómago.

Las once y cinco.

*Madre'Dio'!* Eso quería decir que sólo faltaban veinticinco minutos para que John Preston llegara y aún le costaba imaginárselo en su casa. Tal vez porque no terminaba de entender qué haría él allí, mirando sus cosas, sentándose en su sofá, junto a Iona.

Con un gemido de frustración, tiró la revista encima de la mesita y se levantó.

¿Por qué le alteraba tanto imaginárselos juntos; en su sofá? Se acercó a la ventana para ver si lo veía llegar y empezó a retorcerse las manos. No quería pensar en eso, ni que ellos hicieran... O por lo menos no quería que pasase

donde ella se sentaba cada noche a leer y a escuchar música. Dirigió la mirada hacia la puerta de su habitación y trató de convencerse de que si sucedía ahí le sería mucho más fácil olvidarlo; que sólo tendría que cambiar las sábanas y airear el cuarto.

Sí, mucho mejor si pasaba en su habitación. Además, aún había la posibilidad de que la señora Huyler le impidiera el paso a John Preston. Después de todo, cuando había alquilado el apartamento, le había advertido de que no le permitiría tener ninguna visita masculina. Quizá en cualquier otra circunstancia ese comentario le habría resultado ofensivo, pero sabía que su casera sólo quería asegurarse de que ningún hombre de su tío pondría un pie en su edificio. Algo que no podía recriminarle. Así como también esperaba que Iona no le reprochase no habérselo comentado antes, si su casera seguía igual de taxativa.

Un suave golpe en la puerta del apartamento la sacó de sus reflexiones. Consultó otra vez la hora en su reloj y constató que sólo habían pasado unos minutos desde la última vez que lo había mirado. Y ¿si era su casera, que venía a decirle que Iona estaba al teléfono? Y ¿si ese día su tío había perdido el buen humor y le había prohibido a salir de casa?

Sí, seguro, tenía que ser eso.

Con una sensación de gratitud hacia su tío corrió hacia la puerta y se quedó de piedra al ver la oscura figura de John Preston en el umbral. Llevaba el sombrero algo ladeado hacia la izquierda y sus ojos seguían tan fríos como los recordaba. Sin embargo, en esta ocasión, le pareció detectar en ellos una sombra; un fuego que se resistía a salir.

John Preston entrecerró los ojos al ver cómo la sorpresa daba paso al desconcierto en el rostro de Nina, y deslizaba la mirada hacia las escaleras, en busca de la señora Huyler. Le habría gustado decirle que no se preocupara, que no lo había visto subir, pero entonces comenzarían las preguntas de cómo

había entrado en el edificio y de qué conocía el nombre de su casera. Preguntas que sólo podría responder con mentiras y, puesto que estaba allí, antes de la hora establecida para que pudiera conocerlo, prefería saltarse esa parte.

—Espero que su prima le haya advertido de que vendría hoy.

Nina sintió cómo sus mejillas se incendiaban al recordar el motivo por el cual estaba ahí.

—Sí, claro, es solo que no lo esperaba tan temprano. —Y se hizo a un lado para que pudiera entrar.

John Preston pasó junto a ella y recorrió la sala con la mirada. En su trabajo, nunca se sabía dónde podía estar sentada la muerte y él prefería verla venir de cara. Sin embargo, esta vez había algo diferente en la manera en que sus ojos se posaban sobre los muebles. Era como si algo dentro de él se suavizara, como si la sombra que habitaba en su interior se desdibujara un poco.

Se quitó el sombrero, se giró hacia ella y se pasó una mano por el pelo. Un gesto que borraba en parte la frialdad que siempre lo acompañaba y que hizo que Nina tuviera que apoyarse en la puerta y aferrar con fuerza el picaporte a su espalda.

— ¿Le apetece una taza de café?—preguntó desesperada por escapar de él, y del rápido latido de su corazón.

—Se lo agradecería. —Aunque habría preferido un whisky doble, o Triple.

John Preston la vio huir a la cocina y bajó la vista hacia su sombrero. ¿No sería mejor dejar las cosas tal cual estaban? ¿Qué lograría abriéndose a ella? Sabía de sobras que en él no había nada interesante, que sólo era una sombra; un diestro del crimen.

Dejó el sombrero en el sofá y mentalmente se reprochó su falta de profesionalidad. Había sido un imbécil al pensar que podría pasar un rato a

solas con ella. Un tonto que se había dejado manipular por unas emociones que no entendía, pero que ansiaba experimentar otra vez.

Un error que en ningún caso volvería a repetir.

Se quitó el abrigo para colgarlo en el perchero y notó el peso extra que había en uno de sus bolsillos.

Nina entró en la diminuta cocina y se apoyó un segundo en la pared. No sabía por qué le había afectado tanto ver a John Preston pasarse una mano por el pelo, era una reacción totalmente ilógica, aunque, durante un segundo, le había parecido ver cómo la frialdad desaparecía de sus ojos y dejaba tras de sí a un hombre que ella desconocía, un hombre con un fuego especial en la mirada. Un hombre, por eso, que soñaba con su prima.

Un detalle que no debía olvidar.

Eso, y hacer el café.

Con un suspiro de resignación, sacó la bolsa de café del mueble de arriba el fregadero, lo preparó, encendió el gas y puso la cafetera encima del quemador. Y mientras esperaba a que saliera, pensó que sí, que después de todo sí que había un motivo por el cual inquietarse. La última vez que se habían encontrado había quedado claro que no tenían tema de conversación, entonces ¿de qué hablarían mientras esperaban a Iona?

Con un pesado nudo en el estómago, apagó el gas, puso la cafetera, el azucarero y dos tazas en una bandeja de plata y entró en la sala. Pero al percibir una sombra fuera de lo habitual cerca de la puerta, deslizó la mirada hacia el perchero. Era inevitable que pasara. Era la primera prenda masculina que entraba en su vida desde la muerte de sus padres y le resultó extraño, hasta desconcertante, ver el abrigo de John Preston junto al suyo.

Dejó la bandeja sobre la mesita y, una vez más, sus ojos se deslizaron por encima de las revistas al captar una nueva sombra: las dos copias de *A fuego lento*; el suyo y el que Iona había comprado en la librería y había intercambiado con él.

Con una extraña sensación de nervios en la boca del estómago, se sentó en el borde de la butaca y sirvió el café.

—Con dos terrones de azúcar, ¿verdad?—le preguntó.

John Preston se sentó frente a ella, en el sofá, y sonrió ante el hecho de que recordara como le gustaba tomarlo.

—Sí, así es.

—¿La ha leído?—dijo señalando con un ligero ademán la novela.

—Sí, así es.

—Y ¿qué le ha parecido?

—Es una buena historia. Y más teniendo en cuenta que es la primera del autor.

Nina le ofreció una taza con su platito, y sonrió.

—¿Pero? Recuerde que siempre hay un pero.

John Preston miró sus labios y bebió un sorbo de café. Era la primera sonrisa que le dedicaba y, tanto su corazón como su parte puramente masculina, parecían muy contentos con ello.

—Sólo espero que el que lo haya escrito tenga la espalda bien cubierta.

—¿Por qué?

—Porque sabe muy bien de lo que habla. Y hablar de la mafia como lo hace él, de cómo opera y piensa, sólo lleva en una dirección: a que conoce de primera mano ese mundo. Y si este libro llega a molestar a alguien, pocos más

escribirá.

— ¿No le parece un poco exagerado? Sólo es una novela.

—Muy bien documentada, ¿no se lo parece?

Nina dejó su taza en la bandeja, cogió el libro y pasó con ternura la yema de los dedos por la portada. Un gesto que convirtió el gris de los ojos de John Preston en una espesa niebla.

— ¿Conoce al escritor?

—Sólo lo leí por curiosidad.

Él miró el brillo que aún perduraba en sus ojos, sus dedos deslizándose por el nombre del autor en una mezcla de nostalgia y tristeza, y un estremecimiento de algo muy parecido a los celos sacudió su cuerpo.

— ¿Le recuerda a su antigua vida?

La mano de Nina se paró en seco. Se quedó quieta, indecisa, sin atreverse a mirarlo a los ojos mientras la luz de su rostro se apagaba; algo por lo que él se maldijo. En ningún momento había tenido la intención de revelarle que sabía quién era, pero al ver la ternura con que rozaba las letras había deseado sentir esas caricias en su cuerpo; dejar que sus dedos rozaran las cicatrices que ni él mismo sabía que tenía.

Nina alzó la cabeza con unas gotas de miedo, en su precavida mirada.

— ¿Hace cuánto lo sabe?

John Preston dejó la taza en la mesilla, se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en los muslos; un gesto que lo acercaba un poco más a ella.

—En estas calles es imposible no saberlo.

—Y ¿no teme la reacción de Banquo Cassidi, cuando sepa de su interés por su hija?

— ¿Debería temerla?

—Quizá sí.

Se hizo un leve silencio en el que él la estudió; su pose, algo rígida; su respiración, ligeramente alterada; su mano, inmóvil, sin vida sobre la cubierta del libro. Alargó el brazo y sus dedos rozaron los de ella al coger la novela. Sólo fue un roce, pero ansiaba tanto sentir su piel, ver si sería capaz de despertar su cuerpo, que le pareció sentir que las yemas de sus dedos le ardían.

—En la cafetería me preguntó cómo me había hecho la cicatriz de la ceja —dijo rogando para que esa sensación desapareciera pronto, porque sino acabaría por hacer una tontería—. Fue en una pelea clandestina.

Nina parpadeó, un tanto confusa por el brusco cambio de tema.

— ¿En una pelea clandestina?—repitió.

Él apartó un segundo la mirada hacia la ventana; sus ojos seguían tan fríos como siempre y su rostro parecía hecho de piedra. No había planeado comenzar así, explicándole su declive a los infiernos. Es más, cuando había concebido la idea de que uno de los dos tenía que abrirse y que ese uno tendría que ser él, había pensado en hablarle de sus años en la policía, de sus inicios. Pero no hay cielo sin infierno y la vida se había asegurado de que él lo conociera.

—Esas peleas se organizan cada cierto tiempo en un sótano de la ciudad, donde el público apuesta grandes sumas de dinero por el campeón de la noche, sin importarles el que ya no volverá a ver la luz del sol. —Hizo una pausa y vio cómo los ojos de Nina se abrían al horror. ¿Cuándo tardaría en pedirle que se marchara? ¿En bajar las escaleras para llamar por teléfono a su prima y advertirle sobre él?

—Y ¿cómo conoció usted ese lugar?

—Mi padre me llevó la primera vez.

— ¿Su, su padre?

John Preston miró el nombre del autor en la cubierta del libro y lo dejó en la mesilla. Más tarde intentaría averiguar quién se escondía bajo el seudónimo de Dereck Matson.

—Los padres no se pueden escoger.

Nina apartó la mirada al recordar los negocios de su padre y los de su tío.

—Sí, tiene razón, no se pueden escoger. Pero, ¿por qué el suyo lo llevó a ese sitio?

—Quizá para darme una lección de vida o... No sé. Lo único que esa noche él pagó para que yo participara en la pelea.

Nina separó los labios y volvió a cerrarlos. Intentó una vez más decir lo que tenía atascado en algún punto de la garganta, pero los cerró con idéntico resultado. Tal vez no le horrorizaba como debería hacerlo saber que John Preston había participado en esas peleas ilegales porque su propio padre había matado o hecho matar en algún momento de su vida. Y tanto su madre como ella —una como esposa y la otra como hija—, habían tenido las manos manchadas de sangre con su silencio. Es más, ella seguía teniéndolas al igual que Iona por Banquo Cassidi.

Sin embargo, sus padres le habían enseñado que la familia era sagrada y que nunca, bajo ningún motivo, se traicionaba. Y estaba segura de que eso incluía no apostar la vida de un hijo en una pelea clandestina a muerte.

—No puedo entender por qué su padre hizo eso —dijo al fin.

—Es un hombre complicado.

—Eso no justifica lo que hizo.

Se quedaron sin palabras. Ella mirando el hielo de sus ojos, convertido en bruma. Él en el espeso color del chocolate, que empezaba a derretirse. Estaban sentados uno frente al otro, sin percatarse de que sus rodillas se rozaban y que cada vez sus cabezas estaban más cerca hasta que los labios de

John Preston acariciaron los de ella.

Sólo fue un roce, una caricia robada, antes de que sus miradas volvieran a encontrarse y él levantara un brazo y le acariciara la mejilla. No sabía por qué le temblaba la mano, su pulso siempre había sido estable, pero ahora le temblaba. Deslizó despacio la mano hacia el cuello de Nina e intuyó el movimiento antes de que la espalda de ella se tensara y retrocediera asustada por lo que estaba pasando.

No se lo permitió.

Llevaba tantos años encajando todo tipo de golpes que al final estos le habían enseñado a ser más rápido que su rival y a intuir cuál iba hacer su próximo movimiento. Así que los temblorosos dedos sujetaron la cabeza de Nina y él profundizó el beso. Sólo quería besarla. Perderse en la sensualidad de sus labios y saborearla en profundidad; devorarla hasta que le doliera el alma y... Mierda.

Unos rápidos golpes en la puerta lo regresaron al presente.

¿Cómo era posible que se hubiera olvidado de Iona?

Miró los asustados ojos de Nina y sintió un fuerte dolor en el pecho; como si un ser invisible le hubiera dado un fuerte puñetazo. Sí, besarla había sido un error, pero al sentir la tibieza de sus labios abrirse bajo los suyos había dejado de pensar. Sencillamente su mente se había negado a procesar lo que estaba pasando y, por primera vez en su vida, había perdido el control.

## Capítulo XIV

Nina abrió los ojos de par en par al oír unos suaves golpes en la puerta. Miró a John Preston, sus labios, y saltó de la butaca como si de repente se hubiera soltado un resorte bajo suyo. *Iona*, dijo una vocecilla aterrada en su cabeza.

Él también se puso en pie.

—Será mejor que abra, o su prima puede empezar a preocuparse.

Nina lo miró sorprendida por su comentario tan frío e impersonal. Como si... como si no hubiera sucedido nada entre ellos. *Madre Dio*! Pero ¿en qué estaba pensando para permitir que la besara? Aturdida, se llevó los dedos de la mano a los labios como si aún notara el calor residual de su boca y, al ver el peligroso modo en que el gris de sus ojos se oscurecía, retrocedió un paso.

Debía alejarse de él, pedirle que se marchara, pero al oír la voz de su prima a través de la puerta, las lágrimas se acumularon en sus ojos. Entreabrió los labios para tomar una bocanada de aire que le ayudara a frenar su avance y se giró hacia la puerta. Tenía que serenarse, *Iona* no podía verla en ese estado y mucho menos sospechar que había pasado algo entre ellos; sencillamente porque nunca entendería lo que ni ella misma era capaz de explicar.

—Ya era hora que abrieras —dijo *Iona*, con una sonrisa que sólo alcanzó sus ojos cuando vio a John Preston junto al sofá, con una mano en el bolsillo.

Nina apretó la mano en un puño para frenar las lágrimas.

—Voy a salir a caminar un rato. Necesito despejarme.

Alargó el brazo para coger su abrigo y rozó el de John Preston. Se quedó inmóvil, confusa, al notar cómo su corazón se estremecía de placer al recordar el sabor de su boca. Un leve titubeo que él percibió y le causó una pequeña

erección.

—Tomate el tiempo que necesites —dijo Iona sin perder la sonrisa—. Estoy segura de que nosotros encontraremos la manera de divertirnos.

Nina se mordió el interior de la mejilla para no llorar. Su prima no sólo era cuanta familia le quedaba sino su amiga, y la había traicionado. Se puso el sombrero, el abrigo y se giró hacia donde estaba él. No quería hacerlo ni ver cómo sus ojos se detenían en su boca antes de mirarla fijamente ni cómo, por más que su rostro seguía tan inescrutable como siempre, el frío de sus ojos se suavizaba. Pero debía advertirle de que no dijera nada a Iona sobre ese beso. Si algo podía afirmar con rotundidad era que los sicilianos nunca perdonaban una traición y, su prima, a parte de siciliana, era una Cassidi.

—Ha sido un placer hablar con usted —dijo tratando de borrar el dolor de su voz—. Sólo le pido que no le diga nada a mi prima de lo que hemos hablado. Quizá así consiga que lea la novela de Dereck Matson.

John Preston se perdió un momento en sus ojos antes de responder.

—No se preocupe, así lo haré.

Nina bajó de prisa las escaleras hasta el vestíbulo, con la visión borrosa por las lágrimas. No sólo había traicionado a su prima al permitir que John Preston la besara sino que además iba a dejar que se acostase con él. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

— ¿No acaba de subir su prima a verla?

Nina dio un leve respingo al ver asomar la cabeza de la señora Huyler por entre la oscuridad de las escaleras del sótano.

—Si, así es.

—Entonces ¿por qué baja usted como si la persiguiera el mismo diablo?

—Porque en este momento necesita estar sola. Ni su padre puede lidiar con ella cuando tiene jaqueca. —Era la única mentira que se le ocurría para impedir que subiera a ver si todo iba bien.

Sin embargo, la mujer entrecerró los ojos; recelosa.

—Pues parecía muy contenta cuando le he abierto la puerta.

Nina sacó los guantes del bolsillo del abrigo y reprimió un “¿por qué no se mete en sus asuntos?”.

—De verdad, señora Huyler, Iona sólo necesita estar un rato a solas, escuchar la radio o leer. —Abrió la puerta principal y distinguió frente a la librería a Salvatore con un pie en el estribo del coche. *Dio'*, se había olvidado de él, y si la veía salir sola y en ese estado de agitación, no dudaría ni medio segundo en entrar a la fuerza en su apartamento. Se dio la vuelta hacia la señora Huyler para ganar unos segundos y tratar de serenarse—: De todas maneras, no olvide que mi prima nunca está sola.

Salió a la calle, bajó despacio los escalones delanteros y su mirada se encontró con la de él. Un escalofrío recorrió su columna al pensar que era más fácil contener la curiosidad de su casera con la amenaza velada de los hombres de Banquo Cassidi, que convencer a Salvatore de que no pasaba nada.

Él se apresuró a cruzar la calle.

— ¿Qué haces aquí?—le preguntó Salvatore, con el ceño fruncido.

Nina intentó sonreír, aunque sus labios se negaron a obedecerla.

— ¿Tienes tiempo para tomar un café?

Salvatore entrecerró los ojos al ver el rastro visible de una lágrima en su mejilla. Retrocedió un paso para observar la ventana de su apartamento.

— ¿Todo va bien ahí arriba?

—Claro que sí.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—*Per favore* —murmuró ella—. Por los viejos tiempos.

Salvatore la miró fijamente tratando de adivinar si Iona estaba en peligro.

—Sabes que nunca le haría ningún mal —le aseguró ella, adivinando sus temores.

Indeciso, dejó que una fuerte racha de viento removiera el bajo de sus abrigos, antes de decir:

—De acuerdo, vamos. —La cogió por el brazo e hizo una seña a los hombres que aguardaban en el interior del coche para que vigilaran el edificio.

Caminaron en silencio, ella con la cabeza gacha y la visión borrosa; él observando cómo la mayoría de los transeúntes con los que se cruzaban se apartaban de su camino y rehuían su mirada.

Entraron en la pequeña cafetería del barrio y se sentaron a la misma mesa en la que solía sentarse ella, rodeados de la expectación de los pocos clientes que a esa hora había en la barra.

Pidió dos cafés y observó cómo Nina desviaba la mirada hacia la ventana. Siempre le había parecido una mujer hermosa. Le seducía el color oscuro de su pelo, corto y ondulado, y sus ojos soñadores pero anclados a la tierra; inteligentes. Y su boca, de labios rojos y generosos, ahora apretados; tensos, impidiendo que la lágrima que titilaba nerviosa en sus pestañas se precipitase mejilla abajo.

Nina sacó un pañuelo del bolso y lo apretó entre los dedos. Y ¿si John Preston no hacía caso de su advertencia y le decía a Iona que la había besado? *No, per favore, no*; rogó en silencio. Había sido una estúpida al permitir que la besara. Una estúpida que se había derretido como la mantequilla al sentir el cálido aliento en sus labios, el trémulo roce de sus dedos en su cuello, deslizándose hacia su clavícula.

*Dio*, si por lo menos pudiera hablar con Iona, tratar de explicarle cómo había sucedido, pero si lo hacía nunca la perdonaría. Ni a ella ni a John Preston. Los borraría de su vida como si nunca hubieran existido.

Salvatore miró su perfil, removió el azúcar de su café, dio dos suaves golpes con la cucharilla en el borde de la taza y la dejó en el platillo.

—Para necesitar un amigo, estás muy callada.

Nina esbozó una triste sonrisa y apretó el pañuelo en la mano.

—Tienes razón, perdona.

—¿Es por Iona, os habéis peleado?

Ella bajó la mirada hacia el café que le había pedido y negó con la cabeza.

—Entonces ¿es por lo de tus padres? Hoy hace dos años de su muerte.

Nina alzó de golpe la cabeza. Había estado tan inmersa con los problemas de Iona y su John Preston, que había olvidado hasta en qué día vivía.

—No, no es por eso —dijo, con el corazón en un puño—. Pero, *per favore*, no permitas que piense en ello.

—Me parece que eres tú la quien tiene que hablar y no yo.

—Sí, lo sé, pero... —Bajó la vista hacia la mesa y sus ojos se deslizaron hasta la mano de Salvatore, medio cerrada junto a la taza de café. Se aferró a ella, a sus largos y fuertes dedos. *Dio*, ojalá pudiera retroceder el tiempo y borrar ese beso. Ojalá pudiera hacerlo y recuperar a su familia. Pero era demasiado tarde para todo, salvo, quizá, para lo que debería de haber hecho dos años atrás—. Nunca te di las gracias por salvarme la vida, ¿verdad?

Un músculo en la mandíbula de Salvatore se contrajo.

—Era mi trabajo.

—Ese no era tú trabajo, y lo sabes bien.

Él le acarició con el pulgar los nudillos.

— ¿Por qué nunca quisiste vengar la muerte de tus padres?

— ¿Tenía algún sentido?

—Claro que lo tenía. Alguien ordenó tu muerte y la de tus padres.

Nina suspiró.

—Entonces tendría que haber ordenado la muerte de mi tío, ¿no te parece?

Salvatore la miró fijó a los ojos.

— ¿Qué sabes sobre eso?

—Supongo que todo. —Soltó la mano de Salvatore y bebió un sorbo de café. Nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Iona, pero era imposible no enterarse de ciertas cosas cuando su padre gritaba en el despacho. Y más si le gritaba a su hermano que, por culpa de su desmedida ambición, estaba poniendo en peligro a toda la familia—. Sé que Banquo intentó arrebatarle el negocio al Irlandés matando a su hermano. Y, que, como vendetta, éste planeó la muerte de mis padres y la mía.

Se hizo un leve silencio interrumpido por el sonido de la puerta de la cafetería al abrirse y el murmullo de las conversaciones de los clientes.

—Estabas en tu derecho, si hubieras querido vengarte.

—Lo sé, pero nunca podría ordenar la muerte de otra persona. Además, Iona era lo único que me quedaba y no quería que ella supiera que su padre era el responsable del atentado en el que murieron los míos.

Salvatore cerró la mano; de repente vacía, fría.

—No era lo único que te quedaba.

Nina lo miró y las lágrimas regresaron a sus ojos. ¿Por qué le hacía esto? ¿Por qué la obligaba a recordar? ¿Es que no entendía que después de la muerte

de sus padres y de casi perderlo a él también, había renunciado a la poca familia que le quedaba porque no soportaba vivir con su tío? Era imposible. Para ella siempre sería el culpable de la muerte de sus padres.

Salvatore desvió la mirada hacia la ventana.

—Tengo que regresar junto a mis hombres.

—Está bien, solo espera a que me termine el café.

Esa noche, en el bar de Joe's, sólo había cuatro borrachos en la barra y, en las mesas del fondo, velados por el humo de los cigarrillos, los habituales jugadores de póquer. John Preston se aflojó el nudo de la corbata y se pasó una mano por la cara, entre frustrado y enfadado. ¿Qué demonios le pasaba con Nina? Y ¿por qué, maldita sea, la había besado? Era la primera vez que perdía el aplomo y se dejaba arrastrar por unas emociones que ni él mismo creía pudiera experimentar alguna vez.

Es más, lo más remotamente parecido que había sentido alguna vez en la vida había sido en su época oscura, cuando necesitaba perderse entre nubes de sexo y alcohol. Pero de eso hacía años, y ahora el sexo para él sólo era una necesidad rutinaria que lo ayudaba a desestresarse. Nada más. Sin embargo, también era cierto que desde que había conocido a Nina, tenía la sensación de vivir en un estado de perpetua media erección.

Miró el dedo de whisky de su vaso y se lo bebió de un trago. El tercero de la noche. Y con seguridad, no sería el último. Necesitaba entender qué le pasaba con ella y no se le ocurría otra forma de hacerlo que emborrachándose y esperar a que la respuesta apareciera como por arte de magia en su cabeza.

Se aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó el cuello de la camisa y observó su reflejo en el espejo del mueble que había frente a él; entre las botellas de alcohol. Él podía ser muchas cosas y, ninguna de ellas buena, pero

sabía reconocer a una mujer atractiva e Iona lo era. Sin duda. Por eso mismo le había sorprendido la reacción de su cuerpo esa mañana, cuando Iona se le había insinuado: El no sentir nada. El cero deseo. Su miembro flácido ante sus seductores despliegues para llevarlo a la cama.

Y pese a que en otro tiempo no hubiera tenido ningún problema por complacerla y así acercarse más a su objetivo, esta vez se había disculpado con una ridícula excusa sacada de una novela romántica: “Antes déjame seducirte. Encontraré la manera de enamorarte”. Sí, suspiró, podía ser un cabrón, pero todo daba a entender que su parte masculina solo se emocionaba ante Nina. Bueno, se dijo al notar el rápido latido de su corazón, a lo mejor esa otra parte de su cuerpo también la encontraba irresistible.

Aunque, claro, había la posibilidad de que esas dos partes obedecieran a un único todo y solo necesitara un poco de acción para recobrar la paz. Y para eso no necesitaba a nadie. No sería la primera vez que se desahogaba él mismo, y tampoco la última.

Sí, se dijo, Nina solo era un calentón, y en cuanto pudiera, dejaría que su mano se deshiciera de él mientras recordaba el sabor de su lengua y la suavidad de su piel. Mientras se imaginaba desabrochándole los botones de la blusa, su vientre plano, suave como la seda; aprisionando su pecho con un mano, redondo, turgente, y su aureola rosada y su botón duro, lamiendo, descendiendo, bajando despacio, sin prisa, hacia su...

Un ronco gemido vibró en su garganta.

Cerró un momento los ojos y se apretó el puente de la nariz. Debía pensar en otra cosa si no quería hacer uso de su mano mucho antes de lo previsto. Se movió en el taburete para disimular la erección que abultaba sus pantalones y le hizo una seña al camarero para que le llenara el vaso. Debía concentrarse en su trabajo, en cómo convencer a Iona para que le presentase a Banquo Cassidi. Entonces ya no tendría ningún sentido pensar en Nina, sencillamente porque ella lo odiaría por matar a su tío y él podría seguir su camino sin añadir ninguna fisura a su ya de por sí magullado cuerpo.

—No pensaba encontrarte esta noche aquí.

John Preston frunció el ceño al oír esa voz. Alzó la mirada hacia el espejo y los estantes repletos de botellas y miró al hombre que se sentaba a su lado, en la barra.

—Espero que esto no sea una visita oficial —dijo.

El desconocido sonrió, sin levantar la mirada de la desgastada madera.

—Tranquilo, sólo pretendo tomar un trago.

John Preston miró su vaso y le pareció que aún estaba demasiado sobrio para que los fantasmas del pasado surgieran de improviso. Tan de improviso como hacía algo más de una semana; cuando había decidido celebrar su actuación en la librería con un poco de whisky. Miró otra vez el reflejo del hombre en el espejo, cómo dejaba el sombrero encima de la barra y pedía al camarero un trago. Él no creía en las coincidencias, su trabajo le había enseñado a desconfiar de ellas, a tener siempre los ojos abiertos y a no dejarse engañar por eso que la gente llamaba casualidad.

— ¿Qué haces aquí?—dijo.

El hombre se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son estas cosas. A veces me dejo caer por aquí y escucho.

—Pensé que ya te habías retirado de la policía.

—Y así es. Hace tres años dejé el cuerpo.

John Preston medio sonrió con ironía.

—Entonces, qué eres ahora: ¿el chivato de la mafia o el confidente de la policía?

El hombre miró el whisky que el camarero le había servido, y suspiró.

—Sólo hago lo que es mejor para mi familia.

— ¿Eso quiere decir que Mollie sabe que estás aquí?

Una profunda arruga se dibujó en su despejada frente.

—Deja a mi mujer fuera de esto.

—Vaya, no lo sabe. Supongo que es justo. Por lo menos alguien puede dormir por las noches.

Hubo un corto silencio en el que el hombre pareció hundirse en el taburete.

—De eso ya hace muchos años, John; olvídalo.

Él cerró los ojos y se masajeó las sienes. El problema es que nadie le había enseñado a hacerlo y, algunas noches, seguía despertándose envuelto en un asfíxante muro de fuego.

De aquella maldita noche hacía diez años, cuando él sólo era un novato en la policía. Un novato que anhelaba ganarse el respeto de sus compañeros y el de sus superiores. Lo deseaba como nunca había deseado nada, pues, por primera vez en su vida, se sentía arropado, respetado, valorado, como si perteneciera a una gran familia. Incluso su padre lo miraba de otro modo y ya no temía llegar a casa y que éste lo recibiera a golpes. Al contrario, por extraño que fuese, parecía sentirse orgulloso de él, de que emulara sus pasos al haber ingresado en el cuerpo.

Claro, hasta la maldita noche en que su padre y su compañero lo incluyeron en sus negocios. Aquella noche se convirtió en la sombra que ahora era.

Meció el licor en su vaso y observó el líquido dorado lamer las paredes de cristal como si fuera un mar en llamas. Lenguas de fuego devorando todo a su paso; ennegreciendo las paredes de un edificio, explotando los cristales de las ventanas mientras los gritos de sus inquilinos morían carbonizados.

Según los periódicos, sólo fue un terrible accidente. Un lamentable accidente, con trágicas consecuencias. Lo que olvidaron decir, lo que nadie sabía excepto él, era que el incendio había sido provocado por su padre y su

compañero en la policía para que el vecindario supiera lo que les pasaba a quien se negaba a pagar su protección.

Aquella noche vomitó.

Y, quizá, por eso su padre lo había llevado al Joe's, porque tenía miedo de su miedo, de cómo lo miraba. Lo único que, cuando comprendió el motivo por el cual lo había arrastrado hacia ese tugurio, ya era demasiado tarde para él. Pues, una vez tu nombre figuraba en la pizarra, donde quedaban registrados los combates de esa noche, sólo había dos maneras de salir del sótano, y él había decidido que sería sobre sus dos piernas y con los mil dólares de premio que se llevaba el ganador.

Así que durante la pelea se había dedicado a golpear, ciego de rabia contra su padre, sin pensar en la sangre que salpicaba su camisa ni en el dolor de sus puños. Solo pegaba y pegaba y, si su contrincante conseguía tumbarlo de un derechazo, se levantaba mareado del suelo y seguía peleando... Hasta que alguien lo inmovilizó por detrás y le dijo que parase, que la pelea ya había terminado, que su contrincante ya no podía moverse.

Aquella noche se marchó de su casa. Aquella noche dejó la policía, se emborrachó y con el dinero que había ganado en el cuadrilátero pagó a dos putas para que le hicieran compañía. Fue una época oscura. Su nombre siempre figuraba en la pizarra y siempre ganaba. La muerte se limitaba a mirarlo desde la barra, sin emitir ningún juicio, silenciosa, mirando como peleaba con los ojos inflamados por el alcohol, por la falta de sueño y la violencia que anidaba en su alma, contra su padre y contra sí mismo.

Hasta que se secó.

John Preston suspiró, sin saber si su presente era mejor que su pasado: sentado, ahora, en la barra del Joe's, bebiendo con el antiguo compañero de su padre. Miró pensativo su vaso y pensó en dejar de beber, demasiados fantasmas para una noche, para toda la vida. Se levantó del taburete, sacó un billete del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la barra.

—Necesito que averigües quién es Dereck Matson. —Estaba seguro de que al ex compañero de su padre le sería más fácil y rápido descubrirlo,

después de todo, seguía teniendo contactos en la policía.

— ¿Puedo preguntar por qué?

—No, no puedes.

El hombre hizo una mueca entre la ironía y el cansancio.

—Entonces dime por dónde puedo empezar.

—Ha escrito un libro. Es el seudónimo bajo el cual se esconde.

## Capítulo XV

Eran más de las tres de la mañana, cuando el Irlandés se deslizó en uno de los reservados del Ginno's. Ya hacía un año que había adquirido ese local para transformarlo en uno de los clubes más exclusivos de la ciudad, y lo había conseguido casi sin darse cuenta. Abarcó con la mirada la enorme sala, los reservados pegados a las paredes, los camareros recorriendo la sala con bandejas llenas de comida y bebida; las vendedoras de tabaco con su uniforme azul y sombrero sin ala; las mesas con sus manteles blancos cubiertos de platos y copas de champán y las parejas contoneándose alegres y sudorosas por la pista, al alocado ritmo de la banda.

Sí, a su hermano le habría gustado.

Después de todo, este era su sueño. Su proyecto. Es más, en este momento tendría que estar en la pista de baile con alguna belleza, exhibiendo sus grandes dotes de bailarín. Era el mejor.

Claro, si Banquo Cassidi no lo hubiera matado. Cerró un momento los ojos para tratar de suavizar el dolor y la rabia que se acumulaban en su pecho, y al abrirlos, no pudo evitar fijarse en la nueva adquisición del Ginno's. Exactamente en la rubio platino que se había sentado sobre sus piernas, con una bandeja de cigarrillos en el regazo.

— ¿Sabes que hoy es mi primer día de trabajo?—ronroneó ella, tocando, mimosa, su corbata—. Y mi jefe me ha dicho que tengo que ser muy simpática con los clientes.

Él sonrió, después de apreciar sus grandes y turgentes pechos.

—Y yo creo que sabes que no soy ningún cliente.

— ¿Estás seguro? Por que entonces tendría que levantarme y seguir vendiendo tabaco.

—Cielo, por mí puedes quedarte aquí toda la noche y seguir calentándome.

Ella sonrió; no estaba dispuesta a desperdiciar su juventud vendiendo tabaco. Y mucho menos después de ver las joyas y los abrigos de pieles de lucían todas las mujeres que acudían al club cada noche en busca de diversión. Todas amantes o esposas de hombres poderosos, con fajos de billetes apresados con una pinza en el bolsillo. Ella merecía esa vida, beber champán cada noche y lucir joyas y abrigos carísimos. Y si para ello debía convertirse en la amante de Brian Calleigh, pues bien, sería su amante.

—Eso suena muy bien —dijo ella, deslizando un dedo por el nudo de su corbata—, pero no quiero que mi jefe me despida mi primer día de trabajo.

Él siguió con la mirada el curso de ese dedo hasta el primer botón de su chaleco y luego miró los labios de la chica ligeramente apretados como si fuera una niña al que le hubieran negado un helado.

—Si yo fuera tú, no me preocuparía por él. Estoy seguro de que no le importará si esta noche sales un poco antes y me acompañas al hotel.

—Y ¿por qué tendría que acompañarte? Es que ¿temes perderte?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de la boca masculina al ver cómo ella se humedecía los labios con la punta de la lengua. Joder, si lo que pretendía era ponerlo duro, ya lo había conseguido.

—Así podremos jugar un rato —repuso.

—Para eso no hace falta ninguna habitación de hotel, ¿no crees?—dijo deslizando la mano hacia el segundo botón del chaleco—. Pero, si quieres que te acompañe para que no te pierdas, tendrás que ser mucho más imaginativo.

—Cielo, a ti no hace falta que te convenza. Y menos con ese dedo tan travieso que tienes. —O así lo esperaba, porque él ya estaba duro como una piedra.

Ella acercó la boca a su oído y susurró:

—Depende de lo que quieras disfrutar. —Y tras notar cómo su miembro se

sacudía bajo ella, se levantó con un sugerente movimiento de caderas.

El Irlandés la siguió con la mirada hasta perderla entre la clientela. No solía mezclar el placer con el trabajo, sobre todo si eso incluía a sus trabajadoras, pero esa noche estaba más que dispuesto a hacer una concesión a esa regla. Necesitaba descargar y la rubio platino parecía dispuesta a hacerle pasar un rato agradable.

—Tenía razón, jefe, alguien está hablando más de la cuenta —dijo Rory, después de dejarse caer malhumorado en el reservado, frente al él—. Esta noche han vuelto a intentar robarnos el cargamento.

El Irlandés entrecerró los ojos.

—¿Ha sido la misma banda de las otras veces?

—Creo que sí, jefe.

—¿Ha logrado escapar algún muchacho?

—Sólo he visto correr a dos; los demás están muertos. —Se enderezó la gorra y un destello de rabia brilló en sus ojos—. ¿Qué vamos a hacer, jefe?

El Irlandés miró su vaso de agua y un par de arrugas se dibujaron en su entrecejo.

—Lo que suele hacerse en estos casos: deshacerse del traidor.

—Pero no sabemos quién es.

—Si fuera uno de los nuestros, ¿crees que habrían intentado robarnos esta noche?

—No, claro que no —dijo encogiéndose de hombros—. Nadie es tan tonto como para dejar que lo maten como a una rata. Y tendría que haberles visto la cara cuando descubrieron que en la lancha sólo había cajas vacías y comenzaron a lloverles balas de todos los rincones.

Sí, había sido una excelente jugada hacer creer que el envío de esa noche

iba en las cajas que sus hombres descargaban en el muelle cuando, en realidad, el whisky viajaba en el camión de reparto de una panadería.

—Entonces —dijo el Irlandés—, ¿quién dirías es nuestro traidor?

Una sombra bañó su pecosa cara envuelta por una maraña de pelo pelirrojo.

—No lo sé, jefe, pero estoy seguro de que ese gordo siciliano está detrás de los robos. No es la primera vez que intenta quitarnos del medio y los muchachos de esta noche eran *comeespaguetis*, como los de los otros robos.

El Irlandés miró pensativo su vaso de agua. Sí, todo apuntaba hacia Banquo Cassidi, y eso le hacía recelar. Demasiado fácil. Demasiado evidente. ¿Así de simple era cómo pensaba y actuaba el fiero siciliano que tenía en su nomina a la mayoría de los jueces y policías de la ciudad? ¿Sería él también el culpable de la muerte de ese segundo muchacho? Aún no podía afirmarlo con rotundidad pero sí que no estaba dispuesto a seguir jugando al juego del gato y el ratón por mucho más tiempo.

—De acuerdo, ahora desaparece, y no te dejes ver hasta que todo se tranquilice. —Rory hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se levantó.

Brian Calleigh volvió a mirar su vaso y, al levantar pensativo la vista, se encontró con los ojos de su vendedora de tabaco. Sí, aún no sabía quién era el soplón, pero todo apuntaba a que era un intermediario entre su proveedor y él. Incluso podía ser uno de los hombres que iban en la lancha para entregarle a Rory y a sus hombres las cajas vacías en el muelle. No había otra explicación posible. Era evidente que el soplón sabía el lugar y la hora en la que se haría el envío, y también quedaba demostrado que no había podido advertir a quien fuera al que le estuviera vendiendo la información, de que había habido un cambio de planes en el último minuto. Lo que indicaba que se había enterado de ese cambio cuando ya era imposible prevenir a nadie, quizá cuando él mismo ayudaba a cargar las cajas vacías en la lancha.

Ahora sólo faltaba comprobar si su suposición era cierta y descubrir si Banquo Cassidi era el que estaba comprando la información.

## Capítulo XVI

El miércoles por la mañana, Nina bebió el primer sorbo de café del día, se apoyó en el marco de la puerta de la cocina y miró la sala; en concreto, el sofá. Necesitaba saber qué había pasado entre su prima y John Preston. Y ya no solo para torturarse con imágenes de ellos dos juntos en su sofá sino porque cuando había salido de la cafetería con Salvatore y llegado a casa de la señora Huyler, Iona ya estaba en el asiento trasero del Essex, esperando a Salvatore. Había sido tan desconcertante verla ahí cuando se la imaginaba en la cama con John Preston, que no había podido evitar alzar la mirada hacia la ventana de su apartamento, como si esperase ver la silueta de éste tras los cristales.

Un impulso que Salvatore había imitado y la había obligado a excusarse ante él con un encogimiento de hombros; como si no pudiera explicar por qué su prima se había marchado sin despedirse de ella. Y así era. No entendía qué hacía en el coche ni porque, mientras Salvatore desaparecía en el interior del Essex y ella esperaba en la acera a que le dedicara una sonrisa o un gesto que le diera a entender que todo había ido bien, Iona permanecía con la vista fija al frente.

Así que había subido las escaleras de la casa de huéspedes sin saber qué se iba a encontrar en su apartamento ni cómo iba a reaccionar al ver a John Preston; solo que, una vez traspasado el umbral, no había ni rastro de él ni de que hubiera pasado nada entre ellos, pues la cama estaba tal cual ella la había dejado, la bañera seca y los cojines del sofá en su sitio.

Y esto era lo que la martirizaba y le hacía preguntarse una y otra vez qué habría podido pasar entre ellos para que Iona no la hubiese esperado en el apartamento ni mirado una sola vez desde el interior del coche.

Apretó con fuerza la taza y, con una gran opresión en el pecho, entró en la sala y apartó con la otra mano la cortina de la ventana. El día era frío. Gris. Triste. Como si nunca más fuera a brillar el sol. Observó el humo de las chimeneas de los edificios perderse en un horizonte brumoso y la pregunta

surgió de repente, así como cierta desazón, que prefirió ignorar. ¿Habría llegado a besar John Preston a su prima? No lo sabía, pero, si fuera así, Iona la habría mirado y sonreído en el coche, ¿no?

Con un gemido de desesperación, dejó caer la cortina. No podía seguir así, torturándose con preguntas para las que no tenía respuesta. Le gustase o no, debía llamar a su prima, hablar con ella y preguntarle qué había sucedido.

Dejó la taza en la cocina, se puso el abrigo y bajó al vestíbulo. Descolgó el auricular y echó una mirada hacia la oscuridad del sótano por si veía a la señora Huyler, pero sólo fue capaz de distinguir una oscuridad sin sombras.

—Ahora no puedo hablar. —La voz de Iona fue tajante; gélida.

Nina sintió una punzada de miedo en el pecho. Y ¿si John Preston le había explicado que la había besado? Y ¿si su prima ya no quería saber nada más de ella?

— ¿Por qué no?—preguntó con el corazón encogido.

—Eso tendrás que preguntárselo a mi padre.

Nina retorció con fuerza el cable del teléfono entre los dedos al sentir cómo una ola de pánico barría su cuerpo. Hasta ese momento no había hecho otra cosa que rogar y suplicar que Iona no supiera nada del beso, pero sí lo sabía y se lo había explicado a su padre, ya podía despedirse de volver a verla en la vida y John Preston de alguna de sus costillas.

— ¿Qué tiene que ver tu padre con qué no puedas hablar?

— ¡Todo! No solo me ha prohibido salir en dos semanas porque, según él, nos vemos demasiado, sino que tampoco puedo hablar contigo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —espetó furiosa, sentándose en la silla tapizada en blanco que había cerca del mueble del teléfono, sin hacer caso de la reprobatoria mirada de Alessandro, que en ese momento salía del despacho—. Quizá quiera presentarme a mi futuro marido.

Hubo un corto silencio, en el que Nina observó el hueco de la escalera del sótano. Seguía sin ver ninguna sombra, pero eso no quería decir que la señora Huyler no estuviera ahí.

Nerviosa, se aclaró la garganta.

—Ayer, ¿fue todo bien?

—Alessandro está aquí, y aunque hace ver que lee el periódico, está escuchando cada palabra que digo.

—Bueno —dijo tratando de relajar un poco la conversación—, si hablamos de escuchas, sabes que no eres la única que las sufre.

—Con la única diferencia de que tú puedes evitarlas. Claro, si quisieras.

Nina retorció el cable del teléfono alrededor de su dedo índice. Aunque quisiera complacer a su prima y mudarse a otro sitio, no podía hacerlo. Si lo hacía, Iona no pararía de hostigarla hasta que se comprara un lujoso apartamento en la zona más exclusiva de la ciudad y entonces se encontraría con viejos amigos de su padre y de su tío. Amigos que le pedirían favores y le recordarían favores. Era irremediable que pasara, después de todo seguía siendo una Cassidi.

—Entonces, ¿crees que podremos vernos algún día de esta semana?— tanteó.

Iona soltó un largo suspiro al otro lado de la línea.

—No lo sé. Ahora tengo que colgar.

—Tenías razón —dijo Alessandro, al entrar en el despacho con el

periódico doblado bajo el brazo—, era Nina.

Banquo Cassidi se reclinó contra el respaldo de la silla, tras el escritorio, y la pálida luz de la lámpara acentuó las sombras de su rostro.

— ¿Es que esas dos no pueden estar ni un solo día sin hablar?

—No hacen ningún mal, e Iona necesita distraerse.

—Lo que mi hija necesita es relacionarse con otra clase de mujeres y no lo hará mientras su prima no deje de llamarla.

—En cierta manera, sólo se tienen la una a la otra —intervino Salvatore, sentado frente al escritorio, con las mangas de la camisa hasta los codos—. Son amigas desde niñas.

— ¡Porque yo lo permití! Pero esta claro que debí cortar esta maldita amistad el día en que Nina se negó a vengar la muerte de mi hermano. —Cerró un instante los ojos y se masajeó las sienes—. Y si no lo hice fue porque pensé que Iona se daría cuenta por sí misma de lo poco que le convenía.

Salvatore apretó la mandíbula al sentir la imperiosa necesidad de defender a Nina. Una necesidad que lo desconcertó, pues estaba seguro de que ya había superado la etapa en la que creía estar encaprichado de la hija de Federico Cassidi; el hermano de Banquo. *Madon'!* Pero si casi lo habían matado por protegerla y ella sólo se lo había agradecido dos años después para que no siguiera preguntándole por qué había dejado a su prima sola en su apartamento.

Alessandro se acercó al mueble de las bebidas, dejó el periódico en la superficie de madera y se sirvió un vaso de whisky.

—Por lo que he podido oír de la conversación, no me extrañaría que hubiera pasado algo entre ellas.

—Sí, ayer también me dio esta impresión a mí —afirmó Salvatore—. En todo el trayecto de regreso, Iona estuvo muy callada.

Banquo soltó un bufido de malhumor, abrió el cajón central del escritorio,

apartó la pistola que guardaba allí y sacó la caja de cedro donde guardaba los cigarros.

—Lo que mi hija necesita es casarse. Si tuviera un marido al que atender, no tendría tiempo para su prima y todos podríamos seguir nuestro camino. — Cortó la punta de un cigarro con un cortaplumas y lo encendió—. Pero esto ya está casi solucionado.

Salvatore y Alessandro compartieron una mirada; recelosa.

—No nos habías dicho nada —dijo su *consigliere*.

Banquo hizo un ademán con la mano para restarle importancia.

—Tenemos cosas más importantes de las que hablar. —Se inclinó hacia delante y entrelazó las manos sobre el escritorio con el cigarro entre los dedos—. ¿Qué se sabe del Irlandés? ¿Tenemos ya al cabecilla de la banda de esos muchachos?

Alessandro cogió el periódico y lo dejó encima del escritorio.

—En este momento los hombres de Salvatore le están dando la bienvenida.

Banquo leyó el titular del día: “Baño de sangre entre mafias”, y luego observó la fotografía que salía en primera plana de un muchacho con varios tiros en el cuerpo, en medio de un charco de sangre. Complacido, levantó la mirada, pero al ver cómo su *consigliere* apretaba la mandíbula, se profundizaron las líneas que rodeaban sus ojos.

— *¿Che cazzo succede?*

—Tu obsesión con el Irlandés.

—Es ¿que ya has olvidado que alguien quiere hacerle creer que soy yo el que está detrás de los robos de licor?

—No, pero tampoco he olvidado lo que pasó la última vez que quisiste apoderarte de su negocio.

Banquo Cassidi se llevó el cigarro a la boca, lo aprisionó entre los dientes y una espesa columna de humo ensombreció su mirada.

—No te preocupes, esta vez no cometeré el mismo error.

John Preston aparcó el Packard negro a unos metros de la librería, se inclinó sobre el volante y alzó la mirada hacia el apartamento de Nina. Como era de esperar, a esas horas de la madrugada no había ninguna luz en la ventana ni en la de los edificios contiguos, sólo el fantasmal cono de luz que desprendían las farolas de la calle.

Se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del frío, se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en la parte superior del asiento del conductor. Exactamente no sabía qué hacía allí, sólo que la falta de sueño y el whisky de la petaca que llevaba en el abrigo lo habían empujado hacia esa dirección.

No obstante, debía reconocer que no había dejado de pensar en Nina desde que se habían encontrado por primera vez en la cafetería; cuando el fuego de sus ojos había revivido una parte de su anatomía. Algo que, sin duda, no hablaba muy bien de él. Pero desde hacía unos días, tenía la sensación de que su imagen aparecía con demasiada frecuencia en su cabeza y, que una necesidad, hasta ahora desconocida para él, lo impulsaba a buscarla hasta cuando dormía.

Cerró un instante los ojos y evocó la pasada noche en el Joe's, cuando se había autoconvencido de que sólo necesitaba un poco de acción para dejar de pensar en ella y, ya en su habitación, su mano se había mostrado claramente ineficaz para solucionar el problema. Se podía decir que había tenido la liberación deseada mientras el nombre de Nina brotaba con fuerza de sus labios en el último jadeo, lo único que mientras su respiración se normalizaba, esa nueva y desconocida sensación de soledad lo había golpeado en el pecho como un bate de béisbol.

Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, encendió uno y observó el humo ascender hacia el techo del coche. Como era de suponer, esa mañana había repetido el experimento, para ver si su mano se mostraba algo más eficaz, pero había obtenido el mismo resultado: cierta satisfacción pasajera seguida de cierta sensación de abatimiento. Una sensación que lo había empujado a la calle, a deambular durante horas sin rumbo. Como una sombra hastiada de su propia compañía.

Al final, cansado, se había refugiado en su habitación y en la petaca de whisky.

La única novedad era que al final había comprendido que esa incipiente erección y la sensación de soledad que venía después era una parte del problema, una consecuencia más de lo que fuera le pasaba con Nina; no el todo. Hasta, sino fuera porque no creía en brujas ni en unicornios alados y mucho menos en princesas y príncipes azules, habría jurado que lo había embrujado.

Apoyó la mano con el cigarrillo en el volante y recordó el brillo de sus ojos cuando se enfadaba, los puntos más claros como gotas de ámbar rodeando sus pupilas, segundos antes de que la besara. Sus labios abriéndose al sentir la suave presión de los suyos, invitándole a entrar, a saborearla... ¡Maldita sea! Se pasó la otra mano por el cabello y el sombrero cayó en el asiento trasero. Necesitaba verla de nuevo, hablar con ella; besarla. Y sólo había una manera de conseguirlo: a través de Iona. El mismo motivo por el cual debería mantenerse lejos de ella.

## Capítulo XVII

Nina resopló.

Era imposible. No conseguía concentrarse. Dejó la novela que hacía dos horas intentaba releer sin éxito en la mesita y se levantó del sofá. Necesitaba respirar otro aire que no fuera el de su apartamento o se volvería loca. Veinticuatro horas de encierro eran suficientes para acabar con sus nervios. Sobre todo cuando el recuerdo de John Preston la atacaba a traición y una extraña sensación de mareo se apoderaba de su estómago cada vez que recordaba el frío de sus ojos; sus labios.

Se puso el sombrero y los guantes, encendió la luz de gas del rellano y empezó a bajar las escaleras mientras se ponía el abrigo. Abrió la puerta principal del edificio y el irascible viento con que se había levantado el día la golpeó de lleno. Se sujetó con una mano el cuello del abrigo, bajó despacio los altos escalones delanteros y se dirigió hacia la librería. En parte porque necesitaba encontrar una novela lo suficientemente adictiva para evitar pensar en John Preston y en parte porque quería regresar lo antes posible a su apartamento por si la llamaba su prima.

Empujó la puerta de la librería e inspiró el olor del tabaco incrustado en las paredes, el de la madera de las estanterías y el de los libros.

—Buenos días, señorita Cassidi —dijo el librero al verla entrar—. Parece que hoy tampoco veremos el sol, ¿no se lo parece?

—Sí, así es.

Nina se acercó a una estantería y empezó a ojear los títulos. No sabía si lograría encontrar uno lo bastante absorbente como para hacerle olvidar por unas horas el caos en el que se había convertido su pacífica vida. Lo único que necesitaba encontrarlo como necesitaba olvidar a John Preston, y dejar de evocar el gris de sus ojos, fundiéndose en un río de plata antes de que la

besara.

Ay, *Dio'*, volvía a pensar en él.

Respiró hondo y, poco a poco, dejó ir el aire. No podía seguir así; con ese vahído en el estómago cada vez que su imagen surgía en su cabeza. Y por si fuera poco, tenía la corazonada de que durante ese día de encierro voluntario había repasado demasiadas veces el beso; más de lo que dictaba el sentimiento de culpa. Así como también tenía la sensación de que de alguna manera la esencia de él había quedado pegada a cada uno de los objetos que había tocado en su apartamento: el perchero, la mesilla, el sofá...

Sacó un libro al azar de la estantería, para que el señor Bel no creyera que se había quedado dormida de pie, y lo sujetó contra el pecho mientras repasaba con la mirada los demás títulos, por si alguno le llamaba la atención.

— ¿Esta vez sí se lo va a llevar?—le preguntó el librero desde el mostrador—. Lo leí hace unos meses y me pareció interesante el retrato que hace la autora de la sociedad neoyorquina de esa época.

Ella bajó la vista hasta el libro que sujetaba contra el pecho y sintió cómo su corazón daba una leve sacudida en su pecho al percatarse del libro al que se habían aferrado sus dedos: *La edad de la inocencia* de Edith Wharton.

—La verdad es que no sé qué hacer. —Y así era. Aún le costaba asimilar que hubiera escogido ese libro de la estantería.

—Supongo que es normal. Después de todo, no es el género que usted suele leer.

Nina afirmó con un leve movimiento de cabeza, pese a que el verdadero motivo por el cual no se atrevía a comprarlo tenía nombre propio: Iona Cassidi. Sentía que si sucumbía a la curiosidad que le originaba y lo compraba, desde un desquiciante punto de vista la estaría traicionando.

Otra vez.

—Permítame que le dé un consejo: en la duda siempre reside la esperanza.

Nina lo miró un momento y después, confusa, la novela que deseaba leer y no se atrevía a comprar. En sí entendía el significado de la frase que le había soltado el señor Bel, lo que no sabía muy bien era cómo encajarla con el sentimiento de culpa y de traición que estaba segura sentiría si al final decidía comprarla.

Abrió el libro por la mitad y rozó con los dedos enguantados las letras. Tenía la extravagante teoría de que se podía conocer a las personas a través de los libros que compraban y, después de lo que le había explicado John Preston sobre su vida, una parte de ella deseaba conocerlo para entender la frialdad de sus ojos. Pero, y ¿si leía la novela y no le gustaba, cambiaría la visión que tenía de él?

Cerró el libro y apretó los labios con fuerza. A lo mejor era la única manera de quitárselo de la cabeza y aceptar de una buena vez que ese beso no había significado nada; que sólo había sido el resultado de un instante de debilidad. Pero, y ¿su prima? ¿Qué sentiría ella cuando se enterase de que se había comprado *La edad de la inocencia*? Bueno, se dijo, sin duda no tardaría en averiguarlo.

Banquo Cassidi bajó del coche, alzó la vista hacia el viejo edificio que hacía años su hermano había comprado como inversión y se abrochó el abrigo para protegerse del intenso viento. Subió los escalones hasta la puerta principal, sacó un manajo de llaves de la chaqueta y entró en el silencioso y polvoriento vestíbulo, seguido por Salvatore y Alessandro. Le dio al interruptor de la luz y se dirigió hacia las escaleras del sótano. Allí no había nada que temer. Sus únicos inquilinos eran las ratas y las cucarachas, y sus ocasionales invitados. Y estos tampoco eran una amenaza.

Tiró sobre la apolillada mesa del sótano el periódico que había ojeado en el coche y miró al muchacho que los hombres de Salvatore habían atado a una silla. Tenía la cazadora sucia, la camisa salpicada de sangre y un ojo morado e

hinchado, que apenas lograba entreabrir.

— ¿Sabes qué día es hoy?

El muchacho negó con la cabeza. Recordaba a la perfección el atraco en el muelle y el desconcierto al descubrir que las cajas que descargaban los hombres del Irlandés de la lancha para cargarlas después en el camión estaban vacías. Después todo a su alrededor había estallado con el ensordecedor sonido de las metralletas y el de las balas al impactar contra el suelo, muy cerca de sus pies. Demasiado cerca para su gusto. A partir de ese momento, los recuerdos se volvían algo más inestables, confusos, sólo fragmentos en los que el miedo siempre estaba presente, sobre todo cuando volvía a oír los gritos de sus amigos y veía cómo caían al suelo mientras él intentaba escapar de ese infierno.

No sabía cómo había llegado hasta allí ni dónde estaba, pero suponía que alguien lo había noqueado con un fuerte golpe en la cabeza, pues ésta le dolía desde que se había despertado. Y de eso hacía horas, muchas, tantas que ignoraba qué día era o si era de noche o de día o cuándo y cómo lo matarían.

Banquo hundió las manos en los bolsillos del abrigo y dejó que el silencio se prolongara unos minutos más. No tenía ninguna prisa, el muchacho no iba a ir a ninguna parte.

—Y ¿tampoco sabes por qué estás aquí?

El muchacho se pasó la lengua por los labios agrietados y miró su oscura figura: el sombrero encasquetado casi hasta las cejas y el pesado abrigo abrochado en su totalidad.

—Por robarle el licor al Irlandés.

— *¡Al diavolo* con ese perro! ¿Por qué debería de entrometerme yo en sus asuntos?

—No lo sé —murmuró con la garganta seca; desorientado.

Banquo miró el periódico sobre la mesa y una sombra de malhumor cayó

sobre sus ojos. Esa mañana había leído todos los artículos que habían aparecido en los periódicos sobre el tiroteo del martes en el muelle y no podía negar que le había fastidiado ver que se limitaban a preguntar si esas muertes podían estar relacionadas, de alguna manera, con la de los dos muchachos aparecidos hacía unos días frente a sus casas, con un tiro en el pecho. Nada más, como si tuvieran miedo de que alguien les volara la tapa de los sesos si especulaban un poco más.

Y precisamente él se las habría volado por no hacerlo. Quería destruir como fuera a Brian Calleigh y lo único que le impedía adueñarse del negocio del licor de contrabando por la vía rápida —la de cargarse él mismo al Irlandés de un tiro— era que esta vez no estaba dispuesto a cometer el mismo error de hacía dos años. Esta vez no subestimaría a su enemigo. Sería más astuto que él y nadie sabría de dónde procedía la bala que iba a terminar con su vida. O por lo menos, ignorarían que venía de su parte.

Miró al muchacho, que había dejado caer la cabeza sobre el pecho, y dijo:

—Háblame del tipo que os dio las metralletas. ¿Qué sabes de él?

Él abrió su ojo sano y volvió a cerrarlo; cansado de los golpes que había recibido, de las cuerdas que lo mantenían atado a la silla, de pasar hambre y sed, frío y miedo.

—Sólo lo vieron Silvio y Pietro, y ellos ya están muertos. —Se lamió la sangre reseca del labio inferior y añadió—: A Silvio de un tiro en el pecho y a Pietro en el muelle.

—Qué más.

—Que es siciliano. —Y un sollozo escapó de entre sus labios—. Ninguno de nosotros quería mezclarse de nuevo en este asunto después de los que les pasó a Silvio y a Matteo, pero esta vez nos ofreció cinco de los grandes y eso es mucho dinero.

Banquo se acercó un paso a él; su mirada, negra como la de un cuervo.

—Y, ese Matteo, ¿quién es?—preguntó, aunque intuía la respuesta—.

*¡Parla!*

Él alzó la cabeza; asustado.

—También lo mataron de un tiro en el pecho.

Banquo le aguantó la mirada. No dejaba de tener su gracia que todos creyeran que la muerte de ese tal Matteo había sido obra de Brian Calleigh, cuando, en realidad, la orden había salido de él.

— ¿Te gustaría vengar la muerte de tus amigos?

El muchacho lo miró, desconcertado.

—Creí que me iban a matar.

— ¿Tengo algún motivo para hacerlo?

—No lo sé. —Como tampoco sabía por qué le habían dado esa paliza.

—Entonces, piénsalo. —Y se dirigió hacia la puerta del sótano.

— ¡No tengo nada que pensar!—gritó al tiempo que un destello de odio daba vida a su único ojo abierto—. Sólo dígame qué quiere que haga.

Banquo sonrió; sí, ese muchacho le serviría y, si algo salía mal, nadie podría relacionarlo con él. Después de todo, el muchacho trabajaba para el hombre que le robaba el licor al Irlandés, ¿no?

## Capítulo XVIII

El sábado por la mañana Nina bajó al vestíbulo para llamar a su prima. Quería saber si se verían algún día de la semana entrante y comentarle, antes de que descubriera el libro en su casa —y sin que pareciera algo premeditado—, que se había comprado *La edad de la inocencia*.

“Comprado y leído”, pensó apoyando la cadera en el mueble del teléfono, porque en dos días lo había devorado. Toda una sorpresa, pues no espera le fuera a gustar. Tanto.

—¿Iona, eres tú?—preguntó al oír un susurro al otro lado de la línea.

—Sí, pero no puedo hablar mucho. Alessandro y Salvatore están en el despacho.

—De acuerdo, seré rápida. Solo quería saber si haz convencido a tu padre para que te deje bajar algún día de esta semana.

—No, aún no, pero —Hizo una pausa y, algo indecisa, preguntó—: ¿Has ido a la librería? ¿Lo has visto?

Nina parpadeó, insegura de entender a qué se refería. Pero inmediatamente sintió un dolor sordo oprimiéndole el pecho. Bajó la vista hacia sus pies y con una mano se abrazó la cintura. No hacía ninguna falta que Iona y ella se inventaran ningún código para hablar de John Preston sin que nadie se enterase; a su manera, ya lo tenían.

—Sí y no. El jueves fui a la librería y me compré *La edad de la inocencia*.

—¿*La edad de la...*? ¿Por qué?

Nina apretó el cable del teléfono al pensar que, a lo mejor, Iona sentía ese libro como una especie de vínculo entre ella y John Preston.

—Es una casualidad, créeme —se escuchó decir—. El señor Bel me lo recomendó y, no sé, pensé que si lo leía, lo podríamos comentar.

—Ya. La verdad es que no lo he leído, es demasiado denso para mí. Por eso te pedí que se lo devolvieras en mi nombre.

Nina alzó la vista hacia la pintura de los rascacielos de Manhattan; confusa.

—Pensé que te interesaba. Es decir, que querías conocerlo; a él.

—Y así es, pero por ahora estoy más interesada en leerlo. Muy interesada en leerlo. —Y su alegre risa aligeró en parte el sentimiento de culpa y de traición que sentía Nina desde que John Preston la había besado. Y ¿si para Iona él sólo era un momento de frivolidad? ¿Una mera aventura: un pasatiempo?

Miró de reojo la puerta entornada del sótano y, aventuró:

—Pensaba que ya lo habías hecho: lo de leerlo.

—Aún no he tenido ese placer. Pero espero sea pronto porque me muero de ganas.

Hubo una breve pausa, en la que Nina jugueteó con el cable del teléfono.

—Y ¿qué vas a hacer? Me refiero a si, ya sabes, si has quedado algún día para...

—No, aún no, pero me apuntó su número de teléfono en mi ejemplar de *A fuego lento*. Y, sí, ya sé. Sé que te prometí que lo leería, pero ahora no tengo cabeza para eso. Prefiero leer algo mucho más ligero y divertido como él.

Nina bajó la mirada otra vez hacia sus piernas y se mordió la lengua para no decirle a su prima que John Preston no era una persona fácil de leer. Claro que ninguna de las dos hablaba de lo mismo.

—No te preocupes, no hay ninguna prisa.

— ¡Eres un encanto! Pero ahora tengo que colgar, me parece oír a

Salvatore. En cuanto pueda te llamaré para decirte qué día podemos vernos y así podrás decírselo a él.

Nina colgó el teléfono, enfadada con su prima. Era consciente de que la utilizaba para poder ver a John Preston, pero últimamente sentía que no tenía en cuenta sus sentimientos. Toda una ironía proviniendo de ella, después de todo, era la persona menos indicada para quejarse. Por lo menos Iona era transparente y no le ocultaba nada. Alzó la mirada hacia el hueco de la escalera y reprimió el impulso de subir a ver en qué página de *A fuego lento* John Preston había escrito su número de teléfono. Ya había caído en la tentación de comprarse *La edad de la inocencia* y no pensaba desfallecer ante esa nueva curiosidad. Sin duda, tenía cosas mucho más importantes que hacer que seguir los dictados de su corazón.

Se abrochó el abrigo y salió a la calle. El día era ventoso y gris, y las sábanas tendidas en las ventanas aleteaban, nerviosas. Dejó atrás la tienda de comestibles, el restaurante del señor Cardoza con el menú del día puesto ya en el escaparate, y se paró un instante frente a la tienda de boinas y demás sombreros.

Si hubiera estado de mejor humor habría entrado para probarse una de esas boinas o quizá un sombrero cloché de fieltro amarillo, con su mínima ala girada hacia arriba. Pero necesitaba despejarse. Así que reemprendió la marcha absorta en la terminada conversación con su prima, cuando unos fuertes dedos se cerraron en torno a su brazo.

Asustada, se giró hacia el dueño de esa mano y todo a su alrededor dejó de existir.

— ¿Tiene un minuto para hablar conmigo?

Nina tragó saliva. O lo intentó. Porque de repente tenía la boca seca.

—Sólo será un minuto, se lo prometo. —Y sin darle tiempo a responder, John Preston la condujo hacia un callejón sin salida, lejos de la indiscreta mirada de los transeúntes.

Nina lo siguió sin oponer ninguna resistencia; como si alguien hubiera

bajado el interruptor de su mente y dejado en su lugar una habitación vacía; sin un solo pensamiento. Levantó la vista hacia la penumbra encerrada entre esas paredes de ladrillo y un halo de tristeza cubrió su pecho. No sabía qué hacía ahí; con él. Cuando él solo quería hablar de su prima. Preguntarle por ella. Era normal que lo hiciera. Lo que no era normal era lo que ella sentía. Lo que él le hacía sentir. Y, desde luego, debía de poner fin a esa locura.

Así que, decidida, se giró hacia él para preguntarle qué hacían ahí y creyó advertir una sombra en sus ojos, un fuego que devoraba el frío de estos como si fuera papel. Una parte de ella se asustó. Una parte tan minúscula que se quedó ahí, de pie, abrazada a sus brazos, cómo si cada partícula de su ser hubiera olvidado cuál era su función. Simplemente habitaban en su cuerpo pero deseaban el de John Preston.

Azorada por esa aterciopelada y aterradora sensación, desvió la vista hacia un punto inconcreto del callejón; obligando a su anárquico cuerpo a funcionar.

— ¿De qué quería hablar?

Él apretó la mandíbula, en un inútil esfuerzo por contenerse. La verdad es que cuando la había visto salir del edificio de la señora Huyler la había seguido con la idea de hablar. Solo quería hablar, compartir unos segundos su mismo aire, verse reflejado en sus ojos. Formar parte de su vida, aunque solo fuera un instante. Pero ahora lo único que deseaba era empujarla contra la pared y besarla. Poseer su boca. Su aliento. Su voz. Arrancarle un gemido capaz de hacerle olvidar quién era él y por qué debía mantenerse lejos de ella.

—Quizá este no sea el momento indicado para hacerlo. —Quizá era el momento de pasar a la acción; de acortar el paso que los separaba y...

—Hoy he hablado con Iona —dijo, consciente de que era una huida cobarde, pero la única que se le ocurría para poder regresar a la seguridad de su apartamento—. Sé que usted no le ha dicho nada sobre lo que pasó y se lo agradezco. Ella está muy ilusionada con usted.

John Preston cerró ambas manos al lado del cuerpo. ¡Mierda! Se había comportado como un auténtico cretino al besarla. Un cabrón que se había

dejado llevar por unos sentimientos que no entendía, sin pensar en la delicada posición que la dejaba a ella ante Iona.

Empero, maldiciendo su supuesta fuerza de voluntad y autocontrol, acertó ese paso. Solo quería abrazarla. Envolverla entre sus brazos y asegurarle que él era el único culpable de lo que había pasado. Que no debía preocuparse, que solo había sido un beso sin importancia; aun cuando él daría la vida por volver a saborear sus labios. Pero al ver que él se acercaba, Nina reculó ese paso.

—Tan pronto sepa el día en que Iona va a venir, le llamaré. —Y salió del callejón tan deprisa como podía sin echar a correr.

Nina subió atropelladamente los escalones de la casa de huéspedes y, sin contestar al: “Ah, es usted, señorita Cassidi” de la señora Huyler, se precipitó escaleras arriba. Cerró la puerta de su apartamento a su espalda y se apoyó en la hoja de madera, notando el acelerado latido de su corazón. Debía reconocer que no se había parado ni un segundo a pensar qué sentiría cuando viera de nuevo a John Preston, pero de ninguna manera habría podido prever que su cuerpo la traicionaría de esa manera.

Con dedos trémulos, se quitó los guantes, el sombrero y el abrigo, y entró en la cocina. Tenía que relajarse y beber algo más fuerte que un café. Abrió el armario de encima del fregadero y cogió la botella de whisky que hacía unos meses Iona había robado del despacho de su padre. Por suerte, sólo se habían bebido la mitad. Se llevó el gollete a los labios y el whisky le quemó la garganta. Sin pensárselo dos veces, bebió un trago más largo y, botella en mano, entró en la sala, y su vista se posó en la mesilla y en el ejemplar de *A fuego lento* de Iona.

Se sentó en el sofá, volvió a humedecerse la garganta e, indecisa, dejó la botella en el suelo. ¿Qué mal podría causarle mirar en qué página él había apuntado su número de teléfono? Tarde o temprano tendría que hacerlo, ¿no?

Abrió la novela y, en la portadilla, encima del título, sus dedos acariciaron cada letra, cada número escrito por él, como si quisieran descubrir todos sus secretos.

¿Podía ser que se estuviera enamorando de John Preston?

Ay, *Dio'*. Cerró el libro, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos. Era imposible que ella pudiera enamorarse de él, de nadie. El amor no estaba hecho para ella. Es más, ni tan siquiera creía en él. Cerró los ojos y una serie de imágenes pasaron ante la oscuridad de sus párpados cerrados: la primera vez que lo había visto en la librería, el modo cómo él la había mirado; la tarde en el cine, cómo su corazón había reaccionado al oír su voz ronca, sensual; y en la cafetería, lo que le había molestado que no tuvieran tema de conversación y la intensidad de su mirada antes de que la besara; el beso, suave, intenso, absorbente.

*Ay Dio', ay Dio', ay Dio'*, que se estaba enamorando de él.

John Preston se coló por la ventana de la escalera de incendios del segundo piso de la casa de huéspedes de la señora Huyler y esperó unos segundos para asegurarse de que todo estaba en calma. Desde ahí podía oír el rumor del tráfico, los gritos de los niños jugando en la calle y el crujido de las escaleras, si a la señora Huyler le daba por investigar qué hacían sus inquilinos.

Se acercó al apartamento de Nina y llamó con los nudillos.

Bajó la mirada hacia la franja de luz que se filtraba por la ranura inferior de la puerta y esperó en la penumbra del rellano ver cómo desaparecía al abrirse. Un instante en el que ningún ruido ni movimiento alteró la quietud del edificio, como si el tiempo se hubiera detenido.

Con un naciente dolor en el pecho, apoyó la frente en la puerta y cerró los

ojos.

—Por favor. —Sabía que ella estaba ahí, lo sabía muy bien, pues la había seguido a una prudente distancia—. Sólo quiero hablar.

Aguardó tan pacientemente como el aire a que la puerta se abriera, a oír algún ruido que le confirmara que Nina pensaba darle la oportunidad de enmendar su error. Esperó como el soldado que se sabe derrotado, perdido en una guerra que no comprende, lanzado al campo de batalla sin armas, sin munición. Sin comida. Recordó el beso, la sensación de besarla, de acariciar su piel y entreabrió los labios para respirar. El mundo que tan bien conocía, la oscuridad y el gris, empezaban a oprimirle la garganta.

—Sólo quiero hablar.

Nina se recostó contra el respaldo del sofá y se tapó la cara con ambas manos. Era imposible. La sola idea de que ella pudiera enamorarse de John Preston era absurda. Dejó caer las manos sobre su regazo y, ladeó ligeramente la cabeza. Le había parecido oír algo, no estaba segura, pero habría jurado... Al instante, su espalda se tensó al escuchar a través de la puerta la voz de John Preston.

*Madre'Dio'!* ¿Qué hacía él allí? Se levantó del sofá y volvió a sentarse, con la vista clavada en la puerta; como si de un momento a otro fuera a abrirse y todos los males de la tierra a esparcirse por su mundo.

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, apretó las manos en el regazo, y después de unos segundos de silencio, se descalzó y acercó a la puerta. No pensaba abrirle, eso por descontado, sólo cerciorarse de que se había marchado. Aunque, claro, eso no garantizaba que no fuera a regresar ni que no la abordaría de nuevo en la calle y mucho menos que, por algún milagro, Iona perdería el interés en él y él en su prima. Así que, ¿no sería mejor oír lo que fuera que tuviera que decirle y después dejarle las cosas muy

claras, tanto a él como a ella misma?

Sí, sin duda. Era la mejor solución. Así que abrió la puerta para exigirle que se marchara y, una vez más, su mente se quedó en blanco. Tan en blanco que tenía la sensación de estar un poco mareada. Se apoyó en el quicio de la puerta y él entrecerró los ojos al advertir ese leve punto de inestabilidad en ella.

— ¿Se encuentra bien?

—Sí, estupendamente.

Con una mirada que venía a decir que lo dudaba mucho, entró en el apartamento y reparó en la botella que había cerca del sofá, en el suelo. Nina cerró la puerta y se apoyó en ella. No recordaba haberlo invitado a entrar, pero ya que estaba allí, lo único que podía hacer era comportarse con naturalidad y, después de escucharle, pedirle que se largara.

— ¿Le apetece un café?

—Prefiero un trago de lo que usted esta bebiendo.

Ella miró la botella y enrojeció. Ahora entendía el porqué de ese leve mareo.

—Voy a buscarle un vaso.

—Sólo necesito que se siente para poder sentarme. —Y es que no estaba muy seguro de que sus piernas fueran a sostenerlo por mucho más tiempo. Inexplicablemente necesitaba algo sólido que lo sostuviera, y ese trago de whisky parecía la mejor opción.

Nina frunció las cejas, pero se sentó en la butaca y apoyó los antebrazos en las piernas. Así el mundo parecía un poquito más quieto, menos borroso.

—Y bien, ¿de qué quería hablar?

John Preston se sentó en el sofá, sus rodillas a unos milímetros de rozar las de ella, y la miró a los ojos. Sería tan fácil volver a besarla, acortar la

distancia que los separaba y saquear por completo su boca. Tan, tan fácil... Mierda. Apartó la mirada y, desesperado, cogió la botella de whisky y bebió un trago. Largo. Muy largo, para evitar caer en la tentación.

Nina sintió un dulce escalofrío recorrer su cuerpo. Había algo íntimo en el hecho de que él bebiera de la misma botella que ella. Era como si acariciara el residuo invisible de sus labios; como si la besara de nuevo. Fascinada, observó cómo se movía su nuez al beber y sus ojos cerrarse una milésima de segundo antes de ofrecerle la botella.

No lo dudó, necesitaba ese incorpóreo contacto con sus labios.

—Aun no me ha dicho de que quería hablar —le preguntó un poquito más mareada, mientras dejaba la botella vacía en el suelo, cerca de sus pies descalzos.

Él apoyó los codos en los muslos y entrelazó los dedos de las manos. No iba a disculparse por haberla besado, es más, si creyera tener la más mínima oportunidad de que no lo rechazaría, ahora mismo no estarían hablando. Solo que era muy difícil tenerla tan cerca y no poder decirle lo que de verdad ansiaba susurrarle.

Paseó la mirada por encima de la mesilla buscando la mejor manera de decirle que no quería causarle ningún problema —cuando a todas luces se los iba a crear— y su mirada quedó enganchada en uno de los libros que había sobre las revistas. Sin decir nada, la miró y vio cómo sus mejillas adquirían cierto tono rojizo.

—¿Lo ha leído?— fue cuanto pudo preguntarle.

Ella movió el tobillo izquierdo hacia la botella, como si necesitara sentir el frío del vidrio.

—Sí.

Él bajó la mirada hacia sus labios y se demoró el tiempo suficiente para que ella se diera cuenta de que estaba pensando en el beso que le había robado. Luego, despacio, como si la acariciara, subió la mirada hasta sus ojos.

Esa única palabra había estallado en su pecho como un millar de fuegos artificiales y en ese momento lo único que deseaba preguntarle era si se había comprado *La edad de la inocencia* por él.

—Y ¿qué le ha parecido?—en cambio, le preguntó.

—Hermoso, trágico. —Cogió la novela y acarició la cubierta como lo habría hecho con cualquier otro libro. Sin embargo, en esta ocasión, sus dedos transmitían algo más que amor por los libros, algo sensual. Lo miró a los ojos—. ¿Por qué lo intercambié con el de mi prima?—Y se rió de sí misma, de lo patética que podía resultar—. Sé que no tengo ningún derecho a hacerle esta pregunta, pero es que yo nunca podría desprenderme de un libro sin haberlo leído antes. ¿Tanto le impresionó Iona?

Él le sostuvo la mirada. No quería que pensara que le iba a mentir si la apartaba, por más que no podía decirle la verdad: que sólo había sido una estratagema para acercarse a su prima y a Banquo Cassidi.

—Su prima es una mujer espectacular.

—Sí, sí que lo es —murmuró sin querer entender por qué su corazón se encogía de dolor al escuchar esas palabras. Dejó el libro en la mesilla—. Pero aún no me ha dicho de qué quería hablar.

John Preston se pasó una mano por el pelo y se levantó del sofá. Era consciente de que debía distanciarse de ella y dejar que siguiera creyendo que estaba interesado en su prima, era la única manera de cumplir con su trabajo. Sólo que le era imposible renunciar del todo a ella.

Se acercó a la ventana y observó a través de la cortina la calle.

—Pensé que tal vez podríamos ser amigos. —Se dio la vuelta hacia ella y hundió una mano en el bolsillo del pantalón—. Podríamos hablar sobre libros o, si quiere, podría contarle algo sobre mi vida y usted lo que quisiera de la suya.

—Lamento desilusionarlo pero mi vida es muy aburrida.

—Escucharía lo que quisiera decirme; sólo eso. No le haría ninguna pregunta. Sólo me gustaría conocerla un poco más.

— ¿Por qué?

Durante unos segundos ninguno de los se movió. Permanecieron cada uno en su sitio, como si la distancia que les separara fuera mayor de siete pasos. Al final, sin apartar la mirada de ella, John Preston acertó el espacio que los separaba, la ayudó a levantarse y se recreó en el color de sus ojos, de un marrón oscuro con vetas verdes y unos puntitos cerca de sus pupilas que ahora parecían brillar como pepitas de oro.

—Sólo permítame conocerla un poco más. Sólo eso —dijo acariciando con el pulgar sus dedos.

Nina se mordió el interior de la mejilla al sentir que su inestabilidad aumentaba de forma alarmante. Era como si al mareo del whisky le tuviera que sumar otro mucho más dulce, cálido y embriagador, que se aposentó en su estómago como un millar de revoltosas mariposas. Asustada por esos sentimientos, cerró los ojos para tratar de ahuyentarlos y notó cómo John Preston apretaba con suavidad su mano; su calor, el fuerte latido de su corazón.

¿Qué mal podía haber en ser su amiga? Por más que lo pensaba no lograba encontrar ningún inconveniente. Hasta dudaba de que Iona pudiera poner algún reparo. Claro que también era evidente que apenas lograba hilar dos pensamientos seguidos con algo de sensatez.

John Preston acertó del todo la distancia que los separaba, la acercó hacia sí y Nina apoyó la cabeza en su pecho. Derrotada.

—Me gusta hablar sobre libros —susurró contra su abrigo—. Y me gustaría que me contara más cosas sobre usted. Solo que... —Cogió aire y lo soltó, despacio, muy despacio—. Nada de besos. Los besos pertenecen a mi prima.

Hubo un silencio, corto, pero suficiente para que el frío regresara a sus ojos.

—Se lo prometo, no habrá más besos.

## Capítulo XIX

Eran más de las dos de la mañana cuando Rory se dejó caer en el Ginno's. Hacía apenas unos días que había vuelto a la calle y debía informar al Irlandés de cómo había ido la noche. Pasó por delante del guardarropa, donde unos caballeros con esmoquin y zapatos de charol exhibían a sus mujeres envueltas en pieles como una más de sus posesiones, y entró en la sala.

El vibrante ritmo de la banda hizo que se parara un momento a contemplar a las parejas que se sacudían en la pista de baile, anhelando ser uno de esos cuerpos sudorosos. En el escenario, el trompetista deslizaba la vara con una mano y la sordina en la otra mientras el batería hacía volar los palos entre los platillos y el tambor. Pero lo que más llamó su atención e inflamó su cuerpo fue la cantante. Llevaba un tocado de plumas en la cabeza, el pelo negro a lo *garçonne* y un vestido azul con largos flecos que se ceñía a su voluptuoso cuerpo como si se tratase de una sirena.

Se sacó la gorra de la cabeza sin apartar la mirada de las curvas de la solista y volvió a ponérsela. Algún día, se prometió, algún día no tendría que limitarse a mirar; el dinero y el poder hablarían por él. Pero, mientras ese día no llegaba, tenía trabajo que hacer.

—Listo, jefe —dijo sentándose frente al Irlandés; en el reservado.

Brian Calleigh lo miró un instante y después deslizó la vista hacia su vendedora de cigarros. Llevaba un rato fantaseando con la posibilidad de invitarla otra vez a pasar la noche con él y eso lo desconcertaba; pues, por norma, no solía repetir nunca con la misma chica. Y que él recordara, esas curvas ya habían calentado sus sábanas de una manera que a él mismo le había sorprendido. Sobre todo que ella estuviera dispuesta a satisfacer cada uno de sus caprichos. Y había tenido unos cuantos. Es más, estaba seguro de que el deseo que despertaba en él, se debía a su alta predisposición a complacerlo. Y si seguía así de dócil, él no tenía ningún reparo en repetir.

Pero antes debía de ocuparse de ciertos asuntos.

— ¿Qué ha pasado con los dos muchachos que lograron escapar del muelle?

Rory se encogió de hombros.

—Encontramos a uno, jefe; el muy tonto se había escondido en casa de su primo y lo pillamos justo cuando bajaba a comprarse un paquete de cigarrillos.

—Y ¿el otro?

—Aún no sabemos dónde se esconde pero, no se preocupe, jefe, lo encontraremos.

El Irlandés dejó de mover el vaso con agua y se relajó en el asiento. La parte positiva de todo ese asunto era que había averiguado que después del tiroteo había desaparecido uno de los dos hombres que iban en la lancha. Y eso quería decir que su suposición sobre quién vendía la información era acertada. Ahora sólo era cuestión de días, tal vez de horas, para que los hombres de su proveedor lo encontraran, lo hicieran hablar y él supiera de una buena vez si Banquo Cassidi era quien estaba detrás de los robos.

—Bien, ahora desaparece.

Rory bajó la mirada, se quitó la gorra y, nervioso, empezó a jugar con ella.

—Verá, jefe, quería agradecerle que hubiera contratado a mi hermana. Tiene el carácter un poco endiablado pero es una buena chica, ya lo verá.

— ¿Tu hermana?

—Es la nueva vendedora de cigarros. Hace unas semanas mi viejo la echó de casa, porque no hay manera de que se lleven bien.

El Irlandés desvió la mirada hacia su rubia platino que, sonriente, vendía un cigarro a un hombre mayor, y notó cómo su miembro se endurecía bajo el pantalón.

—Pero ella no es pelirroja. —Fue cuanto pudo decir.

Rory sonrió, los dientes de arriba un poco desiguales.

—Porque es hija del cabrón que abandonó a mi madre, antes de conocer a mi viejo.

Brian Calleigh se aflojó el nudo de la corbata, al notar una ligera sensación de sofoco. Ahora entendía por qué ella tenía tantas pecas en el cuerpo. Miró a Rory y bebió un sorbo de agua. Era evidente que su rubia platino no le había dicho nada a su hermano sobre lo que había pasado entre ellos en la habitación del hotel, porque, de ser así ¿qué pensaría éste si supiera que pensaba pedirle a su hermana que volviera a darle placer con la boca?

## Capítulo XX

— ¡Ya voy, ya voy!—masculló la señora Huyler el lunes por la mañana, al oír el insistente timbre del teléfono—. ¿Si...? Sí, sí, ya voy, ya voy.

Dejó el auricular en el mueble, junto al teléfono, y con un puñado de juramentos en la boca y una mano en la barandilla de la escalera, subió hasta llegar al descansillo de la segunda planta.

— ¡Señorita Cassidi!—gritó tras golpear la puerta del apartamento con una mano—. Su prima está al teléfono. Dice que es urgente.

—Gracias, señora Huyler. Ahora bajo. —Nina cogió las llaves del apartamento, adelantó a la mujer en las escaleras y, con una sonrisa, levantó el auricular—. Creí que tu padre te había prohibido llamarme.

— ¿Está escuchando esa vieja urraca?

—Eh, sí, ¿por qué?

—Porque prefiero que no sepa nada de las órdenes de mi padre. Ya me tiene bastante manía, como para darle más munición.

Nina bajó la vista hacia el desgastado suelo. Comprendía que Iona no soportara a la señora Huyler. Pero ¿hasta ese punto?

— ¿Ha pasado algo?

—Se puede decir que sí —dijo con voz risueña—. Al fin he convencido a mi padre para que me deje verte y mañana a las once estaré ahí. Así que hazme el favor de llamar al librero y preguntarle por el libro que le encargué.

Nina notó cómo su corazón se encogía de dolor.

—Pensé que...

— ¿Qué no lograría convencerle? Ha sido muy fácil. Solo he tenido que prometerle que lo ayudaría a organizar una cena para sus amigos. Aunque sé que aprovechará la ocasión para presentarme a mi futuro marido.

Nina alzó la cabeza, alarmada.

—Pero ¿por qué has hecho esta tontería?

— ¿Tú por qué crees?—La línea enmudeció un instante y Nina pudo imaginarse claramente a su prima sentada en la silla que había junto al teléfono, alisando una arruga inexistente de su falda—. Porque tengo muchas ganas de leer ese libro.

Nina se recostó contra el mueble del teléfono al sentir una punzada en el pecho. No quería hablar de... ni imaginárselos en su cama, sólo quería recuperar a su prima y que no le doliera tanto el pensar en ellos dos juntos.

—Entonces, ¿te casarás con quien diga tu padre?—preguntó para borrar esa imagen de su cabeza—. ¿Aunque sea gordo y viejo?

— ¿Cuánto de gordo y viejo? Porque, con un poco de suerte, celebramos un boda y un funeral. —Y al oír la alegre risa de su prima, algo dentro de ella se destensó. Después de todo, sabía por qué Iona no se imponía a su padre. Porque, fuera quien fuese el elegido, sería alguien con poder e influencias; rico. Y eso significaba libertad. Fiestas. Champán. Música. Bailes. Cenas elegantes. Diversión. Lo que Iona siempre había deseado—. Pero no te he llamado para hablar de mi futuro marido, ya tendremos tiempo de reírnos de él. De lo que quiero hablar es... ¿Lo vas a llamar, verdad?

—Sí, aunque esta vez no creo que os pueda dejar solos. —Dudaba mucho que Salvatore se dejara engañar otra vez.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

Nina subió a su apartamento y la cortina de la ventana onduló al paso de una gélida brisa. El cielo empezaba a cargarse de nubes bajas, pesadas, como preámbulo de una noche de insomnio. ¿Le explicaría Iona a John Preston que iba a casarse? No, por supuesto que no. Así como tampoco le había dicho quién era en realidad. Entonces, ¿qué esperaba de él? ¿Qué fuera su amante? ¿Verse siempre a escondidas? O ¿después de haberse acostado con él, lo despacharía con un simple: “gracias, he disfrutado de su compañía”?

Se abrazó y evocó la figura de John Preston en el sofá, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos y el frío de sus ojos como un diamante pulido. Y ¿si él no aceptaba ser solo su amante e insistía en no verse más a escondidas?

Apoyó la frente en el gélido cristal de la ventana y cerró los ojos. Esperaba que Iona hubiera pensado en qué hacer después de mañana, porque John Preston sabía dónde vivía ella y podía presentarse en cualquier momento en su casa. Es más, ya lo había hecho, y abordado en medio de la calle, y besado.

Abrió los ojos, miró su reflejo en el cristal, y por más que trató de restarle importancia al recuerdo de ese beso, su corazón se resistió. Es más, estaba segura de haber visto en más de una ocasión una sombra de fragilidad, de vulnerabilidad en los ojos de él; tan huidiza como el roce de sus labios antes de que la besarla. Tan segura que creía haberse enamorado de ese John Preston; de una versión que, dudaba, conociera su prima.

Se giró hacia la sala, se acercó al sofá, abrió el libro que se había comprado Iona por la portilla y la realidad la golpeó de lleno. ¿Importaba acaso qué él la hubiera besado o qué ella se hubiera enamorado de un hombre que Iona desconocía? Él mismo le había pedido que fueran amigos, tal vez para borrar la huella de ese beso; de ese error. Y ella tenía que empezar a pensar en él como lo que era: un amigo y el amante de su prima.

Se secó los ojos con el reverso de la mano, cogió un lápiz y apuntó su número de teléfono en un trozo de papel. Bajó al vestíbulo y, aunque no se advertía sombra alguna en la escalera del sótano, sabía que debía ser discreta a la hora de hablar.

—Hotel Ritz-Carlton, ¿en qué puedo servirle?—dijo una voz de hombre al otro extremo de la línea.

Ella parpadeó. ¿Se habría equivocado al apuntar el número?

—Perdón, ¿el señor John Preston se hospeda ahí?

—Sí, así es, ¿desea dejarle algún mensaje?

—Eh, sí, así es —dijo tratando de poner en orden sus pensamientos—. Dígale, por favor, que la señorita Edith Wharton quiere hablar con él mañana a las diez y media de la mañana.

— ¿Algo más?

—No, gracias, eso es todo. —Y rogó para que él entendiera el mensaje.

Horas después, John Preston tiró la colilla al suelo, la aplastó con la suela del zapato y hundió una mano en el bolsillo del abrigo. Por algún motivo, sus dedos se negaban a separarse por mucho tiempo del trozo de papel que le había entregado el recepcionista del hotel, con el mensaje de Nina. Observó la solitaria calle que se abría ante él, la luz de las farolas como fantasmas bajo la niebla y, por encima del estruendo del paso del tren elevado, le pareció oír el retumbar de la campana de una iglesia anunciar la una de la madrugada.

Sin duda, la mejor hora para dejarse caer en el Joe's.

Sin pensárselo dos veces, se internó en el estrecho y sucio callejón y llamó tres veces seguidas a la única puerta que había. Esperó cinco segundos y volvió a llamar una única vez. Inmediatamente escuchó el ruido de una trampa al correrse a un lado, un ojo escrutándole bajo el frío destello de una luz antes de cerrarse ésta y abrirse la puerta.

Entró en el viejo edificio sin mirar al hombre del otro lado de la puerta; sabía perfectamente quién era y que no le dispararía por la espalda. Por lo menos, no esa noche. Bajó las escaleras del sótano evitando rozar con los hombros la pintura descascarillada de las paredes y, al pisar el suelo de cemento, observó la neblina que había alrededor de las mesas de póquer.

Se sentó en la barra de cara al mueble de las bebidas e hizo un gesto al camarero para que le sirviera lo de siempre. Sacó el papel del bolsillo y lo leyó por séptima vez. No sabía cómo había sucedido, pero Nina se había convertido en todo su mundo. Tanto que tenía la sensación de vivir en un permanente estado de media embriaguez emocional, como si su cuerpo y su corazón se hubieran tomado unos tragos de más.

Es más, después de repetir como un condenado a muerte que solo serían amigos, había tenido que dar salida a toda la frustración que sentía crecer en su interior de la única manera que conocía. Así que se había encerrado en la habitación de su hotel y empezado a trabajar en su erección. Y mientras sus músculos se tensaban y su respiración se entrecortaba y unas gotas de sudor bañaban su torso y de su garganta brotaba un ronco gemido de éxtasis, cada partícula de su ser había gritado el nombre de Nina en un delirio que lo había dejado vacío. Hueco.

Y es que ni en su época oscura, cuando el sexo sólo había sido una vía de escape para no caer en la locura, se había sentido tan solo. Y todo porque había comprendido que sólo tendría esos minutos robados a su imaginación, que nunca compartiría su cama con ella; que, a fin de cuentas, Nina solo era otro fantasma en su vida.

Un fantasma de carne y hueso que desde él día que la había conocido lo atormenta con emociones que no entendía pero ansiaba comprender.

Se pasó una mano por la cara, entre cansado y enfadado. La deseaba tanto que su mero recuerdo era una tortura. Tanto que se moría por abrazarla de nuevo y besarla hasta quedar sin aliento. Quería decirle tantas cosas, desnudar su alma ante ella y mostrarse tal cual era, sin engaños ni subterfugios. Pero sobre todo, deseaba ser el hombre que nunca se había atrevido ser: un hombre enamorado.

Miró el vaso que el camarero le había servido y bebió un trago. Sí, amaba y deseaba a alguien por primera vez, y aunque era plenamente consciente de que no sabía cómo gestionar esos sentimientos, también sabía que no hacía falta que lo hiciera, pues él mismo se encargaría de romperlos. Ya no podía retrasar más su trabajo, tenía que terminarlo y desaparecer; irse a otro estado y esperar a que alguien contratara de nuevo sus servicios. Como siempre hacía. Quizá con la única diferencia de que en esta ocasión él no saldría del todo ileso, pues una parte de él siempre le empujaría a mirar hacia atrás, hasta estos días, hasta ese momento...

## Capítulo XXI

Al día siguiente, por la mañana, Nina contempló su imagen en el espejo del armario, con una sombra de tristeza en los ojos. Se podía decir que había escogido un conjunto sencillo, sobrio, acorde con su estado de ánimo. Atrás quedaban las horas perdidas frente a la ventana de su apartamento, de la cafetería, viendo pasar a la gente encogida bajo sus abrigos. El largo paseo sin un destino al que llegar, solo con la necesidad de huir de sus recuerdos, de sus pensamientos. De borrar de su cabeza a John Preston. A Iona. A ella misma. Aunque fuera por unas horas.

Y todo para evitar pensar en las horas, en los minutos que estaban por llegar. En cómo le afectaría saber, constatar por el revoltijo de sábanas de su cama, que John Preston había sido de Iona.

Quizá por eso puso tres tazas en una bandeja de plata, una botella de *grappa* y tres *cannolis*, sin permitirse pensar en otra cosa que en lo que hacían sus manos. Se dirigió a la sala y ahuecó los cojines del sofá, despejó un poco la mesita de revistas y su mundo se detuvo un segundo al ver los dos ejemplares de *A fuego lento* y *La edad de la inocencia*, junto al jarrón. Sabía que tenía que quitarlos de ahí y colocarlos en la estantería con los demás libros, pero algo dentro de ella se resistía a relegarlos al pasado. No, aún no podía. Quería releerlos y... un suave golpe en la puerta le hizo dar un respingo. Con una creciente sensación de alarma, miró la hora en su reloj de pulsera y su corazón empezó a latir con fuerza. Las diez y media. Justo la hora que le había pedido a John Preston se presentara para evitar que Salvatore o alguno de sus hombres lo vieran entrar en el edificio.

Echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden, respiró hondo para calmarse y, al ver su oscura figura en el pasillo, con las manos en los bolsillos y el sombrero de fieltro oscureciéndole la mirada, le pareció la viva imagen de un hombre peligroso. Un pensamiento que le hizo llevarse una mano al pecho y preguntarse de dónde habría surgido

esa idea: John Preston era un simple hombre de negocios enamorado de su prima. Solo eso.

Sí, solo eso, pese a que esa descripción no encajaba muy bien con la del hombre que aguardaba bajo el dintel de su puerta. Más bien oscuro, enigmático, inteligente, Irresistible... Tanto que una oleada de imágenes asaltó su mente y convirtió su sangre en fuego líquido. Imágenes que muy bien podrían pertenecer a un sueño erótico. Sorprendida y turbada a partes iguales por el estremecimiento de expectación que recorrió su cuerpo, deslizó la vista hacia la escalera, esperando ver la sombra de la señora Huyler tras la barandilla de madera. Pues no era propio de la mujer abrir la puerta a un desconocido y menos dejar que éste subiera al apartamento de uno de sus inquilinos.

John Preston arrugó el ceño al percibir sus temores.

—Por la escalera de incendios.

Nina lo miró, desconcertada.

—He entrado por la escalera de incendios —repitió él.

Ella lo miró un segundo antes de asomarse al pasillo y reparar en la ventana que daba al callejón; entreabierta.

— ¿Cómo se le ha ocurrido entrar por ahí?

— ¿Cree que su casera me habría abierto la puerta si le decía que usted me había citado hoy en su casa?—repuso, molesto consigo mismo por la necesidad que tenía de ella—. De sobras sé que no es prudente que un hombre visite a solas a una mujer en su apartamento. Como tampoco que hablemos aquí, donde puede oírnos cualquier inquilino.

—Sí, claro, tiene razón —dijo turbada, y se hizo a un lado para permitirle el paso.

Él arrugó el entrecejo y la rozó al pasar, levemente, sólo para calmar esa parte de él que parecía necesitarla hasta para respirar. Se quitó el sombrero y

barrió con la mirada el apartamento. Todo estaba tal cual lo recordaba. Todo, incluso *La edad de la inocencia* en la mesilla. Se giró hacia la puerta y, sin apartar la vista de ella, dejó caer con movimientos pausados el sombrero en el sofá.

Un gesto que hizo que Nina apretara el picaporte de la puerta a su espalda y se recostara contra la madera. De alguna manera desconcertante, verlo allí, en su apartamento, ahora le parecía de lo más normal. Como si ese fuera su lugar. Como si todo en su vida hubiera girado solo para llegar a ese momento. Recorrió con la mirada su cuerpo hasta detenerse en sus manos, grandes, de dedos largos y uñas redondas. Siempre le habían gustado las manos de los hombres, era en lo primero en que se fijaba. Había algo tremendamente sensual en ellas, y erótico en el movimiento de los hombros de John Preston al desprenderse del abrigo.

Tanto que se le contrajo el bajo vientre y le impidió levantar la mirada cuando él le tendió el abrigo para que lo colgara en el perchero. Tanto que, durante un momento de confusión, él se pasó una mano por detrás del cuello. ¿Podía ser que la necesidad que tenía de ella le estuviera jugando una mala pasada? Porque podría jurar haber visto un destello de deseo en sus ojos.

Esperó a que Nina se girase de nuevo hacia él y, con un gesto deliberadamente lento se desabrochó los botones de la chaqueta del traje. Necesitaba ver su reacción, confirmar lo que había visto: si sus pupilas se dilataban en una clara muestra de deseo, y ella lo complació. Es más, no apartó los ojos de su mano hasta que la dejó caer a un lado del cuerpo. Entonces todo él se tensó. De golpe. De necesidad. De deseo. Y sino fuera porque llevaba la pistolera al hombro, ya se habría deshecho de la chaqueta, del chaleco, de la corbata... Estaba más que dispuesto a protagonizar un strip-tease para ella si eso le permitía ver otra vez ese estallido de deseo.

Nina se colocó con dedos trémulos un mechón inexistente detrás de la oreja, y dijo:

—He preparado un poco de café pero, sino le importa, esperaré a servirlo cuando Iona esté aquí. —Se sentó en la butaca y alisó la falda sin mirarlo—. ¿No le preocupa que alguien lo haya visto subir por la escalera de incendios y llame a la policía?

John Preston cerró la mano en un puño. Ni hablar. No pensaba permitir que huyera. Tal vez no podía besarla pero, maldita sea, haría lo que fuera para ver otra vez ese destello en sus ojos.

—Me gustaría creer que, llegado el momento, soy un hombre de recursos —dijo.

—Así que es un hombre de recursos —dijo con una sonrisa—. Y ¿qué haría si la policía llamara en este momento a la puerta?

John Preston se sentó en el borde del sofá y se inclinó hacia ella.

—¿De verdad le interesa saberlo?

—Claro.

Él se concentró en el color del chocolate de sus ojos, a punto de fundirse. En sus pupilas, esperando el instante en que se dilatarían otra vez.

—Podría decirles que usted es mi prometida.

—Eso no explicaría por qué entró por las escaleras de incendio.

—Les diría que nos habíamos peleado y que usted ya no quería volver a verme.

—Y ¿si no quería volver a verlo, por qué le he abierto la puerta?

—Porque la he engañado diciendo que solo quería hablar. Pero la verdad es que necesitaba besarla, que me moría por sentir sus labios en los míos, su aliento en mi boca, recorriendo mi cuerpo.

—Y, ¿cree que la policía le habría creído?

—No lo sé, pero ¿me habría desmentido, Nina? ¿Me habría descubierto ante ellos?

Ella cerró con fuerza las manos en las rodillas y se humedeció los labios. Era la primera vez que él pronunciaba su nombre en alto, y oírlo de sus labios,

con esa cadencia tan suave y ronca a la vez, le había producido el mismo efecto que cuando había probado por primera vez el whisky: un fuego líquido en su estómago, su cuerpo.

—No, no le habría descubierto.

Esta vez fue él quien trago saliva, notando su creciente excitación.

—Y usted, ¿qué le habría dicho a la policía cuando le hubieran preguntado?

Nina sintió unas gotas de sudor bajar por su espalda. Esta vez no había ni un gramo de vulnerabilidad en los ojos de John Preston, al contrario, había fuerza, determinación, y algo más intenso y oscuro que le quemaba la sangre.

Él se inclinó un poco más hacia ella.

—Dígame, Nina, ¿qué habría dicho usted?

—Con seguridad, nada —Bajó un segundo la vista y volvió a levantarla—. Aunque le parezca raro, no soy muy buena mintiendo, así que me hubiera limitado a decir que todo estaba bien.

—Y ¿si la hubiera besado para hacer más creíble la historia: me habría rechazado?

Inconscientemente, Nina deslizó la mirada hacia la boca de él y su mente la traicionó al ver en sus labios la sombra del beso robado. Dulce, apasionado, violento. La promesa de que sólo era necesario un gesto de ella, una palabra, para que él reclamara su boca; su cuerpo. Para que ambos fueran los culpables del revoltijo de sábanas de su cama.

—No, no lo habría hecho.

—Y ¿después qué, Nina? ¿Qué habría pasado entre usted y yo cuando la policía se hubiera marchado?—La miró a los ojos, y ahí estaba lo que tanto había perseguido: la misma necesidad que lo azotaba a él—. ¿Habría permitido que la besara de nuevo? ¿Me habría dejado que le dijese todo lo que ahora no puedo decirle?

Se limitaron a mirarse en silencio; sin moverse. Sin ser conscientes del rumor del tráfico que se colaba por la ventana entreabierta ni del lento paso del carro del hielo, tirado por un caballo. Sólo estaban ellos dos en el mundo. Y no hacía falta que nadie les advirtiera de que estaban jugando un juego demasiado peligroso en el que no sólo ellos podrían salir heridos. Es más, Nina estaba a punto de romper con el mundo tal cual lo conocía, al ser consciente de que iba a traicionar a su prima.

—Le hubiera pedido que no me dejara pensar.

John Preston sintió la urgente necesidad de besarla, de acariciar sus labios con la yema de los dedos. Con la punta de la lengua. Con su aliento. En su lugar, un ronco gemido recorrió su garganta. No iba a dar el primer paso, no ese día, cuando Iona debía de estar a punto de llegar, pero ahora que sabía que no le era indiferente todo cambiaba, ¿no?

De repente, un velo oscuro y frío velo su mirada.

—Creo que ahora le agradecería esa taza de café. —Esta vez le permitiría huir, él mismo le daba la disculpa necesaria para hacerlo, porque si continuaba con ese juego olvidaría mucho más que su promesa de no volver a besarla. Y en su profesión, uno no podía cobrar por un trabajo que cada vez estaba menos dispuesto a hacer.

—Por supuesto. —Nina se levantó con rapidez de la butaca, agradecida de poder escapar y avergonzada de haber expresado en voz alta sus sentimientos.

John Preston se acercó a la ventana, observó el Essex negro aparcado frente a la librería y retrocedió un paso al ver cómo uno de los hombres de Banquo Cassidi abría la puerta trasera del coche y salía Iona. Deslizó la mirada hacia la cocina y apretó el puño. Por un momento había olvidado qué hacía ahí. Nina tenía esa facultad en él, la de hacerle olvidar quién era.

Nina apagó el gas bajo la cafetera y se abrazó; ahora lamentaba no haberse retirado de ese ridículo juego cuando aún estaba a tiempo de salir indemne; cuando aún no había mostrando sus sentimientos ni traicionado con ellos a su prima. Otra vez.

Se giró hacia la sala y su pulso se aceleró al ver a John Preston frente a la ventana, de cara a ella. Parecía un ángel caído, con su traje oscuro y el halo de luz que se filtraba a través de la cortina incidiendo sobre él.

—Su prima ya está aquí —dijo, segundos antes de que unos golpes en la puerta anunciaran su presencia.

Nina asintió con un leve movimiento de cabeza, se secó las palmas de las manos en la falda, y se prohibió pensar en traiciones y sentimientos descubiertos, después de todo, él estaba apunto de complacer a su prima en la cama, ¿no?

John Preston la siguió con la mirada hasta la puerta y se cerró la chaqueta del traje. Por ridículo que fuera, el gesto de intimidad que había compartido con ella, les pertenecía a ellos y no estaba dispuesto a compartirlo con nadie más.

—Espero no llegar tarde —dijo una Iona radiante en el umbral, con un sombrero cloche de fieltro encajado en la cabeza y envuelta en un abrigo con cuello de piel.

Nina trató de sonreír.

—Justo ahora iba a servir el café.

Iona entró en el apartamento y repasó con la mirada a John Preston. No podía evitarlo, cada vez que lo veía, sentía cómo se revolucionaba cada partícula de su cuerpo.

— ¿Hace mucho que me espera?

La sombra de una sonrisa se perfiló en sus labios.

—Lo justo para que haya valido la pena.

Iona sonrió. Dejó el bolso en la mesita y se acercó a él para que le ayudara a quitarse el abrigo. Se moría por sentir sus fuertes manos en sus hombros, deslizándose hacia sus brazos, envolviéndola con su aroma. Sin embargo, durante un segundo, John Preston se quedó inmóvil, como si no supiera qué hacer ni acertara a comprender qué pretendía ella, como si algo dentro de él se resistiera a tocar a otra mujer que no fuera Nina. Al final, accedió a su petición, procurando no tocarla más de lo estrictamente necesario e Iona hizo un mohín con los labios, entre frustrada y decepcionada.

—Déselo a Nina, ella sabrá que hacer con él.

John Preston deslizó la vista hacia la puerta, donde seguía Nina de pie, y una punzada atravesó su pecho. Pero ¿qué estaba haciendo? Él podía ser un cabrón, una sombra sin moral, pero nunca había jugado a dos bandas, es más, nunca había jugado a una sola banda. Su experiencia en cuanto a mujeres y sentimientos era más bien nula; si no se tenía en cuenta el sexo, claro. Pero hasta él era capaz de ver que detrás de la mirada de Iona sólo había hambre de sexo. Y él podía satisfacerla en ese sentido, es más, se suponía que tenía que hacerlo. Pero estaba seguro de que si lo hacía desaparecería el dolor que sentía en el pecho y, con él, Nina. Y si ella no estaba en su vida volvería la oscuridad y, entonces, sólo sería la sombra de una sombra. Un ser abyecto. El frío percutor de la muerte. Un drogadicto adicto a un recuerdo.

Nina avanzó hacia él con una trémula sonrisa en los labios y, en los ojos, la huella residual del deseo que la había dominado hacia unos minutos. Sólo era un rescoldo, pero tan fácil de reavivar que le cortó la respiración y le provocó una pequeña erección.

—Si me permite —dijo ella alargando el brazo hacia el abrigo de Iona.

John Preston se lo entregó; así como su corazón. Su alma. Su futuro. Su yo; fuera el que fuera. Mareado, se sentó en el sofá y se aflojó el nudo de la corbata, desconcertado por la vehemente sensación de calor que inflamaba su pecho. Era como si el agua de una presa, después de rebasar sus muros y caer sobre un campo de cultivo muerto, lo estuviera inundando y aportando vida donde antes solo había muerte.

Miró una vez más a Nina, de espaldas a él, mientras colgaba el abrigo en el perchero, y supo que estaba perdidamente enamorado de ella.

## Capítulo XXII

Nina entró en la cocina, se apoyó en la pared y respiró profundo. *Dio`*, nunca habría pensado que ver coquetear a Iona con John Preston fuera a dolerle. Tanto. Y, pese a que no podía quejarse, pues la culpa de ese dolor era suya por enamorarse del hombre equivocado y por jugar estúpidos juegos y por dejar que la besara y por fantasear con su cuerpo, el dolor seguía allí; incrustado en su pecho.

Apretó con fuerza los dedos en los brazos y cerró los ojos para impedir que las lágrimas llegaran a salir. Sí, se había enamorado del hombre equivocado. Lo sabía. De un hombre que estaba allí, en su apartamento, por Iona. Una verdad que de alguna manera lograba burlar su mente cuando estaba a solas con él. Pero ahora tenía que reponerse, no podía venirse abajo con ellos en la sala. Se secó los ojos con el revés de la mano y se enderezó.

Puso la cafetera en la bandeja, junto a las tres tazas de café y la botella de *grappa*, y entró en la sala.

—Entonces, ¿qué hace para divertirse?—Era la alegre voz de Iona.

John Preston retorció el sombrero que había recuperado del sofá entre las manos.

—Me temo que no tengo mucho tiempo para divertirme.

—No me dirá que sólo trabaja, ¿no?

—En general, sí.

Nina dejó la bandeja en la mesilla, junto a los libros, se sentó en la butaca y lo miró furtivamente mientras servía el café. Su expresión volvía a ser fría, impasible, al igual que sus gestos, secos. Un comportamiento un tanto adusto para alguien que intentaba ganarse el amor de una mujer. Es más, estaba segura

de que aún no había besado ni acariciado ni abrazado a su prima, porque, de ser así, Iona se lo habría dicho. Y esto sí que era extraño, pues su prima se moría por recibir sus atenciones. En cambio, dijo una vocecilla en su cabeza, la había besado y abrazado a ella... Su corazón se disparó en su pecho y casi se le cayó la taza de la mano. Nerviosa, volvió a mirarlo y tuvo que apretar los labios para silenciar un suspiro. Había algo en él tan atrayente y peligroso como el sonido de un revolver al ser disparado.

— ¿Ha probado alguna vez el café con *grappa*?—le preguntó.

Él le dirigió una mirada directa, intensa, profunda, que hizo que una llamarada de calor asaltara sus mejillas.

—No.

— ¿Le gustaría probarlo?

Sus ojos se deslizaron hacia sus labios. Solo un instante...

—Me encantaría.

Hubo un breve silencio en el que Iona frunció las cejas, molesta porque Nina le había arrebatado su atención.

—No tiene ninguna obligación de hacerlo —intervino—. Aunque mi padre lo toma siempre por las mañanas, es la única manera efectiva que tiene de despertarse.

John Preston asió la taza que Nina le ofrecía y acarició de forma accidental sus dedos. Tan accidental como el latido de su corazón. Necesitaba ese leve contacto para apaciguar la necesidad que tenía de ella.

Bebió un sorbo y se obligó a mirar a Iona.

—Un hombre muy sabio su padre. Y ¿qué más dice?

Ella sonrió, contenta de tener otra vez su atención.

— ¿Realmente quiere que le hable de él? Me decepciona.

—Entonces hábleme de usted.

— ¿Por qué, mejor, no jugamos al juego de las preguntas? Solo que podríamos dejar de lado la familia y el trabajo y movernos por terrenos más personales.

John Preston sonrió; desde luego no se podía ser más directa.

—Y ¿cuál de los tres empezaría a preguntar?

—Supongo que yo por ser quien a propuesto el juego, pero antes —Se estiró para coger el bolso que había dejado en la mesilla y de su interior sacó un trozo de papel doblado por la mitad, que entregó a Nina—. Es de Salvatore.

En un primer momento Nina la miró, desconcertada, luego desplegó el papel y descubrió la estilizada caligrafía de su prima: “Salvatore cree que nos peleamos y que por eso me dejaste sola en tu apartamento. Sal y cómprame un libro para celebrar que hemos hecho las paces. Así podré estar a solas con mi librero particular.”

Nina la miró un instante y dobló el papel.

—Si me disculpa. —Aunque estas palabras iban dirigidas a él, no lo miró ni una vez—. Tengo que salir un momento. —Se levantó de la butaca, cogió el sombrero y el abrigo, y salió del apartamento sin mirar a nadie.

Una sombra oscureció la expresión de John Preston. Desde luego el nombre de Salvatore le era familiar, sabía muy bien quién era en el mundo de Iona, pero ¿y en el de Nina?

—Y, ese Salvatore, ¿quién es?

Iona lo miró, un tanto desorientada por la pregunta.

— ¿Pensé que le interesaba conocerme a mí?

—Y así es, pero su prima no parecía muy contenta después de leer el mensaje.

—No se preocupe por ella, en asuntos de pareja es mejor no meterse. —Se mordió el labio inferior y sonrió—. ¿Le parece que empecemos a jugar?

John Preston esbozó una fría sonrisa.

—Claro, por qué no.

Nina llegó al vestíbulo con el corazón dividido entre el amor que le profesaba a su prima y el que sentía por John Preston. Estaba tan perdida que ni tan siquiera sabía si tenía derecho a enfadarse con Iona por utilizarla con tanto descaro. Después de todo, era la primera vez que un hombre se interponía entre ellas y, a lo mejor, Iona no hacía más que lo que ella misma haría de estar en su lugar.

— ¿Vuelve a dejar sola a su prima?

Sobresaltada, Nina se llevó una mano al pecho.

—Señora Huyler —dijo mirando a la mujer emerger del sótano. Se puso el sombrero y se dirigió hacia la puerta—. Solo voy un momento a la librería a comprarle un libro. ¿Quiere que le compre uno a usted?

—Y ¿para qué quiero yo un libro?

—Dicen que sirve para matar las horas muertas.

Con la sombra de una sonrisa en la comisura de la boca, abrió la puerta principal y respiró agradecida el frío aire de la calle. Se abrochó el abrigo, bajó los altos escalones y advirtió cómo Salvatore alzaba una ceja al verla; entre asombrado y preocupado.

Cruzó de prisa la acera, se acercó a él y, para sorpresa de ambos, lo abrazó sin importarle lo que pudiera pensar la gente al verlos. En ese momento

necesitaba un amigo en quien apoyarse, unos brazos que le transmitieran seguridad. Alguien que le dijera que todo se arreglaría y que su prima no la odiaría por ocultarle lo que sentía por John Preston.

Hundió la cabeza en el cuello de Salvatore y suspiró agradecida por ese instante de paz. No sabía si tenía algún derecho a soñar un futuro junto a John Preston, todo dependía de lo que su cediera hoy entre Iona y él, pero se había aferrado a ese clavo ardiendo y no pensaba soltarlo hasta tener una respuesta.

En un primer momento, Salvatore se quedó tan quieto como una estatua de sal. Simplemente dejó que Nina lo abrazara, mientras varios rostros tan sorprendidos como él se giraban en medio de la calle para observarlos. Después la atrajo un poco más hacia sí, agachó levemente la cabeza y respiró el aroma que tan bien conocía: A cedro. A bergamota. A vainilla... *Shalimar* (8)<sup>[8]</sup>, Su perfume. El que él recordaba de cuando ella aún vivía con sus padres. De cuando creía estar encaprichado de la hija de Federico Cassidi, y soñaba con tenerla en sus brazos.

— ¿Sabías que últimamente dejás mucho tiempo sola a tu prima?

Nina dejó escapar una risa, alegre.

—La señora Huyler acaba de decirme lo mismo.

Salvatore entrecerró los ojos al oír el nombre de la casera. Le desagradaba la idea de que alguien pudiera estar tan pendiente de las idas y venidas de Nina. En su mundo, esa información era una valiosa moneda que vender, y solía terminar con más de una vida en el fondo del Hudson. En un acto inconsciente, la estrechó un poco más hacia sí, como si quisiera protegerla de todos los peligros que la rodeaban y ella ignoraba.

—En serio, dime qué pasa entre Iona y tú.

Ella negó con la cabeza, restándole importancia.

—No es nada, sólo que Iona me ha perdonado —dijo, sintiendo que se hundía en un pozo de mentiras que lo único que hacían era alejarla más de las personas que quería. Apoyó las palmas de la mano en su pecho y se separó de

él—. Por eso voy a comprarle un libro.

Él enarcó una ceja.

— ¿No crees que preferiría que le regalases otra cosa?

—Puede —sonrió—, con seguridad.

Salvatore le devolvió la sonrisa y, con delicadeza, le acomodó un mechón de cabello bajo el sombrero.

— ¿Puedo preguntarte por qué os peleasteis?

Nina apartó la mirada sin saber qué mentira contarle, odiaba mentir, tanto que no hacía ni media hora le había asegurado a John Preston que no se le daba muy bien.

—Es culpa mía —dijo, dispuesta a ofrecerle una verdad a medias—. Iona está convencida de que mi tío ya sabe con quién la va a casar y a mí no me parece justo.

—Entiendo.

Nina lo miró a los ojos; oscuros, casi negros.

—No creo que lo hagas. Es imposible que lo entiendas. Porque, si tú decidieras casarte, podrías hacerlo con la mujer que quisieras, en cambio Iona no.

—Siempre y cuando fuera italiana y su familia leal a la nuestra. —Sonrió, aunque había una mancha de tristeza en sus ojos—. Recuerda que la familia lo es todo para nosotros y, que si no hubieran matado a tus padres, tú habrías seguido el mismo camino que el de tu prima.

Nina deslizó las manos por su pecho hasta dejarlas caer y retrocedió un paso.

—Sí, lo sé, y lo peor de todo es que entonces no era consciente del sacrificio que estaba dispuesta a hacer.

Durante un segundo se quedaron callados, mirándose; cada uno fiel a su mundo, a su corazón. Al final, Nina trató de sonreír. Le doliera o no, Salvatore solo era una sombra de su pasado y ella soñaba con un futuro completamente diferente. Le dio un rápido beso en la mejilla y bajó los tres escalones de la librería. Intentaría darle a su prima todo el tiempo que pudiera y, siempre que la señora Huyler no saliera de su mazmorra, se sentaría en las escaleras de su rellano y esperaría en silencio ese futuro.

## Capítulo XXIII

Eran más de las tres de la mañana cuando el Irlandés salió del Ginno's. Afuera lo esperaban dos de sus hombres, con largos abrigos oscuros y sombreros de fieltro negro. El más alto de ellos, Collin, tenía un pie en el estribo del coche y un cigarrillo en la mano. Era un hombre sumamente peligroso, con medio cuerpo cubierto de tatuajes. Se decía que cada calavera era una víctima y cada rosa una amante. Y, Burne, que medía un metro setenta y dos, tenía dos potentes puños capaces de noquear a un gigante de un solo golpe.

Al ver salir a su jefe, Collin tiró la colilla al suelo y Brune se sentó tras el volante del coche; a la espera de llevarlo al hotel y vigilar la puerta de su habitación. Brian Calleigh los saludó con un leve gesto de cabeza y, durante una fracción de segundo, le pareció ver por el rabillo del ojo una sombra escurrirse hacia el callejón. Pero al enfocar la vista hacia ese punto, se percató de que solo era el vapor que emanaba de una de las alcantarillas de la ciudad.

Se levantó el cuello del abrigo para protegerse del gélido viento que le atravesaba la ropa y siguió con la mirada el cono de luz que desprendían las farolas de gas. Apenas si había movimiento alguno en la calle. Una pareja a lo lejos, el ruido del motor de un coche y las luces de otro al doblar la esquina.

Miró la hora en su reloj de pulsera y apretó la mandíbula. ¿Dónde diablos se había metido su vendedora de tabaco? Se suponía que ya tendría que de estar allí fuera, esperándolo. Entre frustrado y malhumorado, hundió las manos enguantadas en los bolsillos del abrigo y una nube de aliento se escapó de entre sus labios. Desde que había descubierto que su rubia platino era la hermana de Rory, que había decidido esperar a que éste le reclamase el haberse aprovechado de ella, antes de dar cualquier paso. Pero los días pasaban en un desconcertante silencio y su rubia platino seguía meneando las caderas y sonriendo a otros hombres, alegrándoles, quizá, la noche. Quizá por

esto, al ver esta noche cómo se contoneaba al caminar, la paciencia se le había acabado de golpe.

Vamos, que estaba tan condenadamente caliente que si su rubia platino no aparecía en los próximos cinco minutos entraría él mismo a buscarla, la arrastraría hasta su despacho y liquidaría el asunto ahí mismo. Y si eso pasaba el asunto sería mucho más placentero para él que para ella. De eso estaba seguro. Y no porque fuera a emplear la fuerza, eso nunca, sino porque cada vez era menos entusiasta de los preliminares, tanto, que si por él fuera, se sentaría tras el escritorio, se desabrocharía los pantalones y dejaría que la boca de la chica hiciera el resto.

Sí, quizá esto lo convertía en un hombre egoísta pero ¿quién no lo era? Con el paso de los años, había llegado a la conclusión de que, de una u otra manera, las mujeres sólo buscaban su propia satisfacción y, últimamente, él sentía cierta desidia, cierta pereza, en trabajar. Así que, antes de que empezara la fiesta, y para evitar sorpresas de última hora, solía explicar a sus futuras amantes exactamente en qué consistiría la velada.

Claro que si su hermano aún viviera, su vida sexual sería menos egoísta y mucho más altruista; tal y como era antes de que Banquo Cassidi lo matara, cuando la rivalidad existente entre ambos les había llevado a compartir las mujeres con las que se acostaban para saber cuál de los dos era mejor amante. Pero, ahora, el no complacerlas, era algo que no le preocupaba en exceso, en realidad, nada. Ellas sólo estaban con él por interés y ninguna lo deseaba más de lo que deseaba su dinero y, en ese aspecto, él tampoco rompía la baraja: pues no las deseaba más de lo que necesitaba descargar; un momento de paz y liberación.

Así que se podía decir que había una especie de equilibrio perfecto entre deseos y necesidades, y la hermana de Rory no era ninguna excepción a esa regla. Ella solo esperaba recibir el mismo trato de favor que sus antiguas amantes y él que satisficiera todas sus fantasías. Solo que ella, en cierto modo, le ponía más caliente que las demás. Tal vez era por ese aire de sensualidad que la rodeaba; o por la manera de balancear las caderas que tenía al caminar; o porque era más descarada, abierta y experimentada que las demás, sin llegar a ser vulgar.

Brian Calleigh echó una rápida mirada a las oscuras ventanas de los edificios del otro lado de la calle, el vapor que escupía la alcantarilla y apretó la mandíbula. Sí, por eso estaba allí, soportando el frío de un noviembre especialmente gélido, porque su rubia platino no se había ruborizado ni escandalizado cuando la había llevado a su habitación del hotel y le había pedido que se masturbase mientras él se acariciaba el miembro.

Con un gemido, medio frustración, medio excitación, se apretó un segundo el puente de la nariz y cerró los ojos. Lo que estaba claro era que si no borraba ese recuerdo de su cabeza, tendría que entrar al club y cargársela al hombro como un hombre de las cavernas hasta el baño o hasta el guardarropa, lo que tuviera más cerca, y eyacular.

De repente, las puertas del club se abrieron y con ellas se escapó el enloquecedor sonido de la orquesta, que esa noche sacudía a las parejas en la pista de baile. El Irlandés se giró hacia la puerta y contempló a su vendedora de tabaco envuelta en un económico abrigo beige, que para nada le hacía justicia a su esplendida figura. Llevaba un sombrero de fieltro lila embuchado en la cabeza y los labios pintados de rojo pasión. No era una mujer especialmente hermosa pero sí atractiva; sensual. Tanto que, Collin, aún con un pie en el estribo del coche y un brazo ahora apoyado en la ventanilla del conductor y, Burne, sentado tras el volante, habían dejado de hablar para admirarla.

Ella avanzó despacio, disfrutando de saberse deseada, y cuando estuvo frente a él, el Irlandés la cogió por el codo y la guió hacia el final de la calle para que sus hombres no oyeran su conversación. Por muy caliente que estuviera, antes de llevársela a la cama, debía aclarar cierto asunto.

— ¿Cómo es que tu hermano aún no lo sabe?

La vendedora de tabaco lo miró un momento y después sacó un cigarrillo del bolso. Se lo llevó a los labios y esperó a que él le ofreciera fuego, antes de responder.

— ¿A qué te refieres exactamente?

— Sabes muy bien de lo que hablo.

—Rory no tiene porque saber todo lo que hago.

—Es tu hermano.

—Sí, eso dice mi madre. —Alzó la cabeza y dejó ir el humo—. Pero cuando mi padrastro me echó de casa, él no hizo nada por impedirlo, así que no tiene ningún derecho a decirme cómo debo vivir mi vida.

—Y ¿si se entera?

Ella se encogió de hombros, indiferente, y la expresión del Irlandés se endureció.

—Lo último que quiero tener son problemas con él.

—No te preocupes, cielo, no los vas a tener.

Brian Calleigh entrecerró los ojos; sin llegar a creer sus palabras. Es más, pensó que tendría que hablar él mismo con Rory y explicarle cómo estaban las cosas entre su hermana y él. Pero, antes, debía aclarar un último punto para evitar males mayores.

—De acuerdo. Solo espero que no pienses que soy un tipo desalmado que me aprovecho de tu situación, pero tampoco que te hagas algún tipo de ilusión conmigo.

Los labios de ella dibujaron una sonrisa seca; desprovista de humor.

—Cariño, me queda claro que esto solo es una transacción: yo te doy placer, y a cambio, tú te aseguras de que cuando salga del hotel lo haga con unos billetes de más en el bolsillo.

Él permaneció un instante en silencio, sin saber si le gustaba o no esa frialdad.

—De acuerdo, vamos. —La cogió por el brazo para llevarla al coche y sintió una ligera comezón en el brazo izquierdo; un dolor familiar, sin llegar a serlo del todo.

Inmediatamente algo le perforó el hombro como si le hubieran clavado una lanza ardiendo. Esta vez sí reconoció el dolor y el estruendo de unos cubos de basura al ser volcados al otro lado de la calle. Alguien acababa de salir corriendo después de dispararle con un silenciador.

—Entra en el club y avisa a los hombres —dijo al ver el miedo en los ojos de ella, o pensó en decirlo porque parpadeó y trató de enfocar la vista hacia el callejón, pero la luz de las farolas cada vez era más anémica; enfermiza. Cayó de rodillas al suelo mientras el eco de los disparos de sus hombres y el de sus pisadas en pos de la sombra, resonaban en sus oídos hasta que se desplomó al suelo.

Banquo Cassidi irrumpió en su despacho con el cuello de la camisa blanca abierta, sin corbata ni chaleco y con unas líneas de irritación en el entrecejo. Se sentó tras el escritorio, sacó un cigarro del cajón central y cortó la punta con un pequeño cortaplumas. Aspiró una bocanada de humo, se echó hacia atrás en la silla y miró a Alessandro, de pie, a unos pasos del escritorio, impecablemente vestido y con una mano en el bolsillo del pantalón. En ese momento no sabía qué lo irritaba más, si la pulcra imagen de su *consigliere* o que hubiera mandado despertarlo.

Exhaló una nube de humo azul y lamentó no tener a mano un café bien cargado como los que solía tomar su padre allá en la lejana Italia, cuando él solo era un mocoso y nadie se atrevía a despertar al don por temor a despertar su ira. Y pese a que habían tenido que emigrar como muchos otros Sicilianos tras el terremoto que asoló el sur de Italia (9) [\[9\]](#) con poco más de lo que llevaban puesto, esa costumbre se había mantenido hasta el día que murió. Una costumbre que había perdurado con su hermano, pese a que éste había sido mucho más permisivo con sus hombres que su padre.

—Y ¿bien?—masculló—. ¿Qué es eso que no puede esperar unas horas más?

—Pensé que querías saber que el muchacho, Carlo, ha cumplido tu encargo. Asegura haber visto cómo el Irlandés caía muerto al suelo y, si es así, sus hombres no se quedarán quietos por mucho tiempo: pondrán a alguien en su lugar y devolverán el golpe. —Hizo una pausa, se desabrochó los botones de la chaqueta del traje y se sentó en la silla, con las piernas cruzadas—. No podemos quedarnos sentados a esperar cuál va a ser su próximo movimiento. Debemos estar preparados.

— ¿Preparados para qué?—espetó malhumorado—. Lo más seguro es que pongan a su actual hombre de confianza como jefe y éste es solo un muchacho. Nos será muy fácil eliminarlo y, con él, a la organización.

—Y ¿si descubren que eres tú quien está detrás del atentado de esta madrugada?

Banquo sonrió, satisfecho.

—Es imposible. A estas horas, esos perros sarnosos deben pensar que es obra del tipo que les roba el licor; no tienen nada contra nosotros.

Alessandro entrecerró los ojos.

— ¿Has pensado en la seguridad de tu familia? Sé que no quieres reconocer a Nina como parte de esta, pero su muerte podría considerarse una provocación; de la que estoy seguro sacarías partido para terminar la guerra que iniciaste hace dos años.

Una sombra de malhumor bañó el rostro de Banquo Cassidi. Debía reconocer que se había equivocado al suponer que si eliminaba al hermano menor del Irlandés éste quedaría tan tocado que sería fácil arrebatarse el negocio. Es más, se podía decir que Brian Calleigh le había devuelto el golpe multiplicado por tres. O por lo menos, así debería de haber sido si Salvatore no se hubiera interpuesto entre Nina y la bala destinada a quitarle la vida. Y si bien le costaba reconocerlo, la verdad era que la venganza del Irlandés no había sido una vendetta para él, sino, más bien, un golpe de suerte, pues hacía años ansiaba ocupar la silla en la que ahora se sentaba.

Así que, podía afirmar que la muerte de su hermano y la de su cuñada

había sido una especie bendición ensombrecida por la negativa de Nina a vengar sus muertes. Pues al renunciar ella a cualquier vendetta por la muerte de sus padres, le había negado a él el placer de matar al Irlandés y la posibilidad de adueñarse de lo que más deseaba: el negocio del licor de contrabando.

Alessandro apoyó los codos en los brazos de la silla y entrelazó los dedos de las manos sobre su regazo.

— ¿No tendríamos que hacer algo para garantizar su seguridad?

Banquo Cassidi le dirigió una mirada oscura; impenetrable.

— ¿Algo cómo qué? ¿Poner hombres en su calle y señalarnos así como los culpables del atentado de esta madrugada?—Pensativo, miró el extremo de su cigarro y frunció las cejas—. Es imposible que averigüen que he sido yo quien ha ordenado la muerte del Irlandés. Recuerda que ese muchacho, Carlo, trabaja para el hombre que le roba el licor, no para mí.

—E, ¿Iona?

La mirada de Banquo Cassidi se oscureció aún más.

— ¿Qué pasa con mi hija?

— ¿Qué vas hacer para impedir que salga y vaya a ver a Nina?

Con una sonrisa de deleite, se recostó contra el respaldo de la silla.

—Eso es lo de menos, créeme. Hace unos días me prometió organizar una cena para mis amigos y pienso tenerla ocupada con los preparativos de esta. —Dejó el cigarro en el cenicero y lo miró por debajo de sus pobladas cejas—. Y, conociéndola como la conozco, estoy seguro de que cuando vea en quien he pensado como futuro yerno, dejará de perder el poco tiempo que tiene con su prima.

—Por lo que veo has pensado en todo. —Hizo una pausa, y añadió—: Y, con Carlo, ¿qué hacemos con él?

—Si se confirma que ha cumplido con su trabajo, dale una oportunidad entre nosotros y, sino, dudo mucho que al Irlandés le moleste mucho que le cuelguen otra muerto.

## Capítulo XIV

No debían de ser más de las diez de la mañana, cuando John Preston apoyó un codo en el respaldo de la silla y acarició con la otra mano la cucharilla del café. Miró a través de la ventana de la pequeña cafetería a la gente encogida bajo sus abrigos y frunció las cejas. Aún le costaba admitir que no sabía qué hacía allí ni qué esperaba, solo que, en cierta manera, le tranquilizaba saber que Nina estaba a pocos pasos de él. Que, si quería, podía colarse en su edificio y preguntarle quién demonios era Salvatore en su vida; si era, como le había dado a entender a Iona, su prometido.

Deslizó la mirada hacia su café, dejó la cucharilla en el platillo y la mano medio cerrada junto al azucarero. Cuando había investigado a Iona apenas había prestado atención a la vida de Nina. Vamos, sabía lo esencial, que era hija de Federico Cassidi y que a éste lo habían matado junto con su esposa ante las puertas del restaurante italiano donde iban a cenar. Una noticia que en su día había llenado la primera plana de los periódicos, pues no todos los días amanecía la ciudad de Nueva York algo más ligera de carroña.

Y también recordó que dos meses atrás esa información le había parecido suficiente pero, ahora, maldita sea, ahora necesitaba saber más de su vida.

Cerró un instante los ojos y apretó la mano en un puño. Mierda, y lo peor era que había permanecido demasiado tiempo inactivo y su cliente no tardaría en ponerse nervioso y, si quería seguir en la profesión, no podía permitirse ese lujo.

Abrió los ojos y volvió a perderse en los cuerpos encogidos por el frío del otro lado del cristal. El problema es que no estaba muy seguro de si quería seguir en la profesión, de si podría seguir o si su pulso volvería a ser estable alguna vez en la vida. Evocó el rostro de Nina y dejó que su imagen inundara su mente, su corazón. Tenía la sensación de que ella era la única persona en el mundo que cuando lo miraba a los ojos lograba ver a otro John Preston. Uno que él mismo desconocía pero que le gustaría ser.

Y eso era algo nuevo para él, pues en su interior no había más que muerte, sangre y alcohol. Nada que pudiera atraer a nadie. Ni siquiera a él mismo. Es más, estaba acostumbrado a que las mujeres lo desearan por su apariencia y lo miraran como si fuera una mercancía. Algo que nunca le había importado, pues él ni siquiera las miraba más allá de lo elemental; sólo las utilizaba para desahogarse o para acercarse a su objetivo.

Como era el caso de Iona.

Sólo que ahora estaba seguro de que si lograba pasar más tiempo con Nina conseguiría descubrir qué veía en él y, hasta, a lo mejor, ser un hombre completamente diferente. Alguien digno de ella, de su amor. Alguien que pudiera enamorarla, conquistarla, seducirla; ayudarla con su abrigo, y deslizar las manos por sus brazos hasta rodear su cintura y pegarla a su cuerpo.

Una fina sonrisa de ironía se perfiló en su boca. Parecía un mal chiste, si lo pensaba con calma: Iona y Nina. Nina e Iona. Dos incógnitas, dos caminos. Y sólo una solución. Podía seguir con el plan inicial y hacer el trabajo por el cual le habían pagado o devolver el dinero y arriesgarse a amar y entregarse sin reservas a alguien que tenía el poder de destruirlo.

Y ¿si fracasaba? La sonrisa se apoderó de sus labios. Bueno, siempre había sido una sombra, así que ¿qué diferencia habría en ser la sombra de un muerto?

Se puso el sombrero y salió de la cafetería. Cruzó la acera y entró en la vieja farmacia para comprarse una cajetilla de cigarrillos. Encendió uno con el mechero de alcohol que había en el mostrador y salió de nuevo a la calle; donde la irritada bocina de un viejo Ford modelo T de color marrón, con ruedas de madera tipo artillería, mostraba su descontento por ir detrás del carro del afilador de cuchillos. Se levantó el cuello del abrigo para protegerse del frío y pensó que por una vez en la vida haría las cosas bien, como las tendría que haber hecho desde un principio: iría al apartamento de Nina y le preguntaría quién demonios era Salvatore y, si le sonreía la suerte, averiguaría si tenía alguna oportunidad de ser algo más que su amigo.

Echó a andar hacia la casa de huéspedes de la señora Huyler y no pudo evitar fijarse en el joven que iba unos pasos por delante de él, en sus inútiles

esfuerzos por evitar que una fuerte ráfaga de viento le arrancara la gorra de la cabeza y mostrara una profusa mata de pelo pelirrojo.

La reacción fue instintiva, se llevó una mano al pecho y tocó por debajo de la chaqueta del traje la empuñadura de la pistola que llevaba en la sobaquera del hombro. En esas calles no había pelirrojos. Es más, el único que él conocía era irlandés y, hasta donde él sabía, los irlandeses siempre buscaban pelea.

Acompasó su paso con el del muchacho mientras éste, malhumorado, se guardaba la gorra en la cazadora, hundía las manos en los bolsillos del pantalón y parecía encogerse como si quisiera pasar lo más desapercibido posible. Es más, no levantó la vista del pavimento hasta que estuvo a unos pasos de la librería del señor Bel, momento en el que John Preston tiró la colilla al suelo, apoyó el pie en la base de una farola y lo miró de reojo mientras se ataba el cordón del zapato.

El pelirrojo se acercó al muchacho que estaba sentado en los altos escalones delanteros del edificio, fumando un cigarrillo, le preguntó algo y, acto seguido, ambos alzaron la vista hacia el apartamento de Nina. El pelirrojo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y siguió su camino.

John Preston se enderezó y notó cómo una gota de sudor frío se deslizaba por su espalda. Si había aprendido algo en su profesión era a reconocer a un matón de tres al cuarto y esos muchachos lo eran. Pero ¿por qué vigilaban a Nina? Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta, se puso uno en la boca y ahueco la otra mano para proteger la cerilla de una ráfaga de viento.

Si no recordaba mal, y tenía muy buena memoria, mientras investigaba a Iona, había oído el rumor de que la muerte de los padres de Nina había sido orquestada por el Irlandés. Pero eso no explicaba por qué éste podría estar interesado en vigilarla; ya habían pasado dos años de ese ajuste de cuentas y era ridículo pensar que éste pudiera tener algún interés en reavivar el asunto. A menos, claro, que hubiera habido algún tipo de provocación por parte de Banquo Cassidi.

La sangre se le congeló en las venas. Miró una vez más al muchacho

sentado en las escaleras, tiró la consumida cerilla al suelo y cruzó la calle como un transeúnte más. Frío, impertérrito, para no atraer la atención de éste sobre sí, cuando, en realidad, lo que le pedían las piernas era correr. Se internó en el callejón detrás del edificio de la señora Huyler, echó una rápida mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie llamaría a la policía antes de que él tuviera tiempo de asegurarse de que Nina estaba bien, subió por las escaleras de incendio y se coló en el rellano del segundo piso. Solo que esta vez no se paró a escuchar los ruidos del edificio, bien poco le importaba dónde pudiera estar la señora Huyler o si algún inquilino lo sorprendía allí, en su pecho solo resonaba el nombre de Nina una y otra vez.

—Por favor, por favor —murmuró tras llamar a la puerta—. Abre...

Nina bebió un sorbo de café y oyó un suave golpe. Desconcertada, levantó los ojos del libro que estaba leyendo y miró hacia la puerta. Esa mañana no esperaba a su prima, es más, no esperaba tener noticias de ella hasta el sábado, cuando la llamara por teléfono. Y tampoco había oído subir a la señora Huyler. Claro que eso no era de extrañar, cuando se lo proponía, su casera podía ser tan cautelosa como un gato viejo.

Con un suspiro, dejó el libro a un lado en el sofá, se levantó y alisó la falda. Quizá la señora Huyler venía a decirle que Iona estaba al teléfono o, a lo mejor, esta era una de las visitas sorpresa de su prima para hablarle de John Preston. Y algo le decía que la relación entre ellos no iba tan bien como a su prima le habría gustado, o por lo menos no con la suficiente celeridad y pasión que ella esperaba. Para ello solo tenía que recordar la falta de alegría que había visto en sus ojos cuando el martes había aparecido con el libro que le había comprado y los había sorprendido tal cual los había dejado sentados en el sofá.

Abrió la puerta, dispuesta a recibirla con una sonrisa y, sin embargo, un cálido rubor acarició sus mejillas.

— ¿Qué hace aquí?

John Preston apoyó un brazo en el marco de la puerta a la altura de la cabeza y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Necesito hablar con usted.

Ella lo miró a los ojos y le pareció ver una sombra de miedo, así como algo mucho más intenso y sofocante. Una emoción que nunca había visto cuando Iona estaba presente. Abrió un poco más la puerta para permitirle el paso y se reprochó este último pensamiento; después de todo no era muy justo para con su prima.

— ¿Le apetece un café?

—Si aún le queda un poco de *grappa*, se lo agradecería.

Ella afirmó con un leve movimiento de cabeza y él la vio desaparecer en la cocina. Dejó el sombrero en el sofá, se pasó una mano por el cabello y notó que aún le temblaba el pulso. En su vida había estado tan asustado. Ni tan siquiera de niño, cuando su padre llegaba a casa del trabajo y se sacaba el cinturón.

La miró levantar un brazo para sacar una bolsa de café del armario de encima del fregadero y marcarse el contorno de su pecho bajo la blusa gris perla. Turgente, perfecto. ¿Cómo sería besarlo, lamerlo? No lo sabía, pero podía imaginárselo. De hecho, cada noche se atormentaba con la visión de ella desnuda, entregada; húmeda, susurrando su nombre mientras él le lamía un pezón... Despacio, deslizó la mirada por su cuerpo hasta detenerse en su cintura, en sus sugerentes caderas y, mentalmente, le fue quitando cada una de las prendas que llevaba hasta que tuvo que apretar la mano en un puño para no sucumbir a la tentación de hacer realidad su fantasía. Pero ya era demasiado tarde para su mente, para su cuerpo, para no sentir que se le aceleraba el pulso, la dolorosa erección bajo los pantalones. Demasiado tarde para dejar de imaginársela con la blusa abierta, sus pechos libres, mientras él la presionaba contra la pared y las piernas de ella rodeaban su cintura.

Un gruñido, mitad ardor, mitad desesperación, asoló su garganta. Sí, la

deseaba. La deseaba más de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir y no iba a permitir que nadie le hiciera daño. Estaba más que dispuesto a protegerla del Irlandés, de la misma muerte si era preciso, con tal de que ella siguiera en su vida.

Se acercó a la ventana y, a través de la cortina, estudió al muchacho sentado en las escaleras del edificio de enfrente. Podía hacerlo hablar. Conocía ciertos trucos que soltarían la lengua hasta a un mudo, pero no quería prevenir al Irlandés de que había sido descubierto; a veces ese pequeño detalle desencadenaba justo lo que uno trataba de evitar.

Nina dejó la bandeja con la botella de *grappa* y una taza de café en la mesilla y una aterciopelada burbuja de aire explotó en su pecho al mirar la oscura silueta de John Preston, frente a la ventana. Se acercó a él y se percató de la rigidez de sus hombros, de la tensión de su brazo terminado en un férreo puño. ¿Por qué estaba tan tenso? Avanzó un poco más, hasta situarse a su lado, y siguió el curso de su mirada.

— ¿Qué tiene de especial ese muchacho?—preguntó.

Un músculo en su mandíbula se movió. No la había oído acercarse y eso, en su trabajo, equivalía a decir hombre muerto.

— ¿Cómo sabe lo que estoy mirando?

—Bueno —sonrió—, la amante de los libros soy yo y dudo que usted esté observando la librería. Así que era cuestión de reducir probabilidades.

Él la miró de soslayo y no pudo evitar preguntarse cuántas veces se habría relajado en su presencia; cuántas veces habría olvidado lo que había aprendido en la calle. Tuvo la corazonada de que más de una y de dos veces, que, con ella, no necesitaba levantar muros, bien al contrario, que lo que quería era destruirlos y mostrarse tal cual era.

— ¿Por qué cree que a ese muchacho le pueda interesar saber dónde vive usted?

Ella observó otra vez al joven, embutido en una vieja cazadora gris y una gorra calada hasta los ojos, y después a él; confusa.

—No lo sé, no le conozco de nada.

— ¿Está segura?

—Sí, claro que sí, ¿por qué?

— ¿Le dice algo el nombre de Brian Calleigh?

Nina sintió el helado roce del miedo rozar su espalda.

— ¿Cómo sabe que es uno de los matones del Irlandés?

John Preston desvió la mirada hacia las gruesas nubes de un gris plumizo que cubrían la ciudad de Nueva York. No podía contarle toda la verdad, que era un profesional del crimen y, que, como tal, sabía reconocer a la gente de su misma calaña —y, a lo mejor, nunca tendría la necesidad de hacerlo—, pero quería que supiera que en algún momento de su vida había sido mejor persona de lo que ahora era.

—Porque hace años fui policía.

Ella se pasó una temblorosa mano por detrás de la oreja, como si se estuviera recogiendo un mechón de pelo. Era una tontería, lo sabía, pero durante toda su vida había temido a los policías honrados, a los que no se dejaban comprar. A los que hacían su trabajo y disparaban y encarcelaban a los que vivían fuera de la ley, como su familia.

—Y ¿por qué lo dejó?

John Preston permaneció unos segundos en silencio; después abrió y cerró una mano como si necesitara exorcizar los demonios que habitaban en su cabeza. Una parte de él deseaba abrirse y mostrarse tal cual era, que ella supiera, sin necesidad de explicarle, todos sus pecados. Pero por primera vez

en su vida tenía miedo de perder a alguien, que su pasado y su presente, lo alejaran de ella.

—No tuve elección. No después de haber matado a una persona.

— ¿Se refiere a la pelea clandestina a la que le llevó su padre?—Él asintió con la cabeza sin apartar la mirada de la gélida ráfaga de viento que desfiguraba el humo de las chimeneas de los edificios—. Todavía me cuesta creer que su padre pudiera llevarlo a un lugar como el que usted describe. No logro entenderlo. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué arriesgó así su vida?

El fantasma de una sonrisa se insinuó en sus labios; seca, desprovista de humor. En cambio para él, la crueldad o violencia de su padre era lo más normal del mundo. En toda su vida no había conocido otra emoción que esa, salvo el miedo y la rabia y, por último la nada: el quedarse tan seco como una botella sin fondo. O por lo menos, así había sido hasta el momento en que ella había entrado en su vida. Porque ahora había tal amalgama de sentimientos en su pecho que temía explotar.

—Era la única manera de conseguir mi silencio.

— ¿Su silencio? No sé a qué silencio se refiere, pero una de las primeras reglas que me enseñó mi padre fue precisamente que las familias están para protegerse unos a otros, y no para apostar la vida de sus hijos en una pelea clandestina a muerte.

—Mi padre fue un policía corrupto, que no sentía ni tenía ningún respeto por el uniforme que llevaba. Al contrario, se valía de él para pagar sus deudas de juego y su afición a la bebida. Así que la única regla que me enseñó fue a sobrevivir.

Nina sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Se rodeó la cintura con un brazo y miró el mismo horizonte que él.

—Eso no justifica lo que hizo.

—No, puede que no. —Su pecho subió y bajó una vez, con fuerza. Tal vez no podía decirle toda la verdad, pero sí podía explicarle una parte de su vida,

después de todo, ella ya conocía esa parte—. Esa noche, la noche que me llevó a ese tugurio, él y su compañero habían provocado un incendio en un viejo edificio. En aquel basurero vivían seis familias que sobrevivían gracias a algún trabajo temporal en el muelle; seguramente haciendo el trabajo más duro y desagradable. Apenas si podían dar de comer a sus hijos, pero murieron carbonizados porque no podían pagar la protección que ellos les ofrecían. —Miró una vez más al muchacho y retrocedió unos pasos hasta el sofá. Nunca habría pensado que le costaría tanto hablar, recordar—. Supongo que mi padre esperaba que yo también disfrutara del espectáculo, pero no fue así. Por eso me llevó a ese lugar, para asegurar mi silencio; de una u otra manera.

—Y ¿por qué no los delató? Me refiero a su padre y a su compañero. — Era una pregunta tonta, lo sabía, y más proviniendo de ella; pero, de alguna manera, le parecía más monstruoso lo que había hecho el padre de John Preston que lo que hubiera podido hacer el de ella.

— ¿Denunciarlos después de que yo matara a un hombre? Eso me hubiera enviado a la cárcel y allí mi vida no habría valido nada. —Tampoco es que creyera que su vida fuera más valiosa fuera de esos muros que dentro, pero así se había ahorrado el tener que matar a su padre.

Nina se acercó a él, puso una mano en su brazo, sobre el abrigo, y la apretó con suavidad. Quería decirle que lo entendía, que no estaba solo, que, en cierta manera, los dos habían tenido unos padres difíciles y, que una parte muy egoísta de ella, se alegraba de que ya no fuera policía, de que estuviera en su apartamento, a su lado.

—Habría sido un gran policía, de eso estoy segura —dijo en cambio.

Él asintió con la cabeza, más como un acto mecánico, que porque lo creyera. Nunca se había permitido caer en esa trampa, pensar en cómo sería su vida si no hubiera renunciado a la policía. Había otras trampas en las que perderse. Otras mucho más tentadoras y fáciles en las que perder el alma. Si es que alguna vez había poseído una.

—Lo único importante ahora es su seguridad.

Ella esperó sin moverse; sin atreverse a hacerlo; preguntándose por qué él apartaba la mirada. Estaban tan cerca, ella esta tan cerca de él, que si quisiera, le bastaría con levantar un poco más la mano para atraerlo hacia sí y lograr que sus alientos se fundieran en uno de solo. Tan cerca y, a la vez tan lejos, que apartó la mano de su brazo como si de repente se hubiera quemado con fuego.

Con un suspiro resignación, se acercó a la ventana y estudió la figura sentada al otro lado de la calle. Su aspecto no era diferente al de los otros jóvenes del barrio, nada en él hacía pensar que no pertenecía a esas calles, salvo, quizá, el hecho de que miraba demasiadas veces hacía la puerta de su edificio, como si estuviera controlando la entrada y salida de sus inquilinos.

—Creo que de momento sólo está fijando su objetivo —dijo, y al ver que John Preston levantaba una ceja, sonrió—. Recuerde de quien soy hija. De todas maneras, no sé qué interés pueda tener el Irlandés en mí.

— ¿Terminar lo que empezó hace dos años?

Nina cerró un puño sobre su pecho, entre sorprendida y recelosa.

— ¿Cómo sabe lo que les pasó a mis padres?

—Su muerte no es ningún secreto.

—Pero nadie sabe que fue el Irlandés quien lo ordenó. —Es más, cuando la policía la había interrogado, ella se había mantenido en un completo hermetismo, lo único que había dicho es que desconocía quién podría querer matarlos.

John Preston se dirigió hacia la puerta del apartamento.

—Entonces he hecho lo mismo que usted: he reducido las probabilidades hasta encontrar la verdadera.

Una extraña sensación de inquietud se deslizó por la espalda de Nina. En su otra vida, cuando ella era una prisionera más de los negocios y de las *vendettas* de su padre, esas palabras le habrían hecho dudar de él. Pero John

Preston había sido policía, era normal que hiciera conjeturas y atara cabos; que tirase anzuelos y esperase a ver si picaba. Como había sucedido.

—No tiene ningún sentido —dijo alejándose de esas dudas que solo eran sombras residuales de su pasado—. No es ningún secreto que he renunciado a mi familia y que mi muerte no levantará ninguna ampolla en mi tío. Así que no creo que el Irlandés esté interesado en mi muerte. No logrará nada con ella, ni siquiera vengarse de una posible afrenta.

—Entonces, ¿por qué cree que ese muchacho está pasando frío?

—Puede que no me vigile a mí, que controle la entrada y salida de otro inquilino.

—Usted vive aquí, conoce a sus vecinos, ¿cuál de ellos cree capaz de inmiscuirse en los asuntos de la mafia irlandesa?

Nina hizo una mueca de disgusto. La verdad es que en ese momento solo se le ocurría una persona, y ese era su tío. Pero éste nunca se dejaba caer por allí, ni tan siquiera cuando...

—Iona —susurró—. Puede que la vigilen a ella.

John Preston asintió con un leve gesto para no decirle que lo dudaba. Pero que si necesitaba comprobarlo solo tenía que salir y dar una vuelta a la manzana: que a su regreso ya no habría nadie sentado en las escaleras del edificio, porque el muchacho estaría a unos cincuenta metros detrás suyo, quizá un poco más lejos si era bueno en su trabajo.

Así que optó por el silencio. Si quería protegerla, primero debía averiguar qué estaba pasando y, para ello, necesitaba hablar con Banquo Cassidi.

—Llame a su tío y dígame que voy a ir hablar con él. Si queremos que me escuche, es mejor que mi visita no le coja desprevenido.

Nina parpadeó; aturdida.

— ¿Qué, qué quiere decir con que llame a mi tío?

— ¿Qué parte, de todo cuanto le he dicho, es la que no ha entendido?

—El que no lo entiende es usted. No puede ir a hablar con mi tío.

— ¿Por qué: cree que la escuchará si habla usted con él?

“Claro que no”, quiso gritarle, “yo ya no formo parte de la familia, pero si le llegara a pasar algo, yo... yo...”. Un nudo de temor tensó su estómago. *Dio*, sabía que no debía ponerse trágica, que tenía que mantener la cabeza fría y pensar solo en la seguridad de su prima, pero su corazón se resistía a hacerlo. Apartó la mirada de él y la posó en los libros sobre la mesita. Y ¿si su tío iba otra vez tras el negocio del licor de contrabando? Un desagradable escalofrío recorrió su espalda. Si era así, esta vez no se detendría ante nada, ni aunque con ello pusiera en riesgo la vida de su hija.

—Dígame, Nina, ¿la escuchará?

—No, no lo hará —dijo con un nudo de temor en la garganta—. Pero si hablo con Salvatore, él protegerá a Iona.

Un destello de ira hendió el gris de sus ojos. Salvatore, claro, se había olvidado de él.

—Y ¿quién demonios la protegerá a usted?

—Yo ya no formo parte de la familia.

—Entonces llamé de una maldita vez a su tío.

— ¡No puedo hacerlo! ¿Es que no lo entiende?

— ¡Maldita sea! ¿Qué es lo que no entiendo: qué si no hago nada, pueden matarla?—Y ni tan siquiera tenía la posibilidad de llevársela a otro estado, a otro país, la encontrarían, los encontrarían y terminarían lo que habían empezado. La mafia nunca dejaba un cabo suelto y siempre terminaba lo que había empezado—. Haga lo que le digo, y llame a su tío.

— ¡John! Por favor, espere —Acortó la poca distancia que los separaba y puso una mano sobre su brazo—. Usted no lo conoce; no sabe lo que mi tío es

capaz de hacer.

El tiempo pareció detenerse de golpe. El mundo que tan bien conocía se resquebrajó ante él como un jarrón de cristal al caer al suelo. La vida entera, se convirtió ante sus ojos en polvo de cristal.

Desconcertado, bajó la vista hacia la mano que ella mantenía en su brazo, los dedos blancos de lo fuerte que se aferraban a él, y una descarga de calor recorrió su pecho. Cerró un instante los ojos, como si dudara de sus propios sentidos y temiera haber sido víctima de una mala pasada. Respiró profundo, volvió a mirarla y se perdió en las gotas de miedo que salpicaban sus ojos.

—No se preocupe —dijo con la voz ronca; rota—. Estaré bien.

—Prométame que regresará. Prométamelo. —Se acercó un poquito más, hasta que el brazo de él rozó su cuerpo—. Recuerde que somos amigos y que si usted no regresa no tendré a nadie con quien hablar.

Se hizo un leve silencio, tenue, en el que John Preston se perdió en sus ojos. ¿Cómo podía no regresar si ella era su puerto, su casa, su hogar? Era todo lo que habría deseado si alguna vez se hubiera atrevido a soñar con la posibilidad de tener una vida normal; una familia, quizá hasta niños.

—Prométamelo —insistió ella, aferrada a su abrigo mientras una lágrima se desprendía de sus pestañas mejilla abajo.

John Preston levantó la mano izquierda y siguió con el índice la estela de esa lágrima. Todavía le costaba creer que esa lágrima fuera por él. Mierda, pero si él no era nadie. Solo una sombra, el percutor de la muerte. Y aun así... Fue inevitable, así como no se puede evitar que el agua de una presa rebase sus muros cuando hay una crecida importante de los ríos que la nutren. Así de devastador fue la necesidad de besarla que se apoderó de cada partícula de su cuerpo.

Tomó su cara con ambas manos y se apoderó de sus labios con inusitada violencia; con urgencia. Los lamió y mordió como si fuera un alcohólico ante su primera gota de licor después de días de forzosa abstinencia. Y realmente se sentía así; como un adicto saboreando su dosis. Tanto que estaba seguro de

que le estaba haciendo daño, porque a él le dolía todo el tiempo que no había podido besarla.

Cerró la puerta del apartamento con un pie, se apoyó en la hoja de madera y deslizó una mano hacia la nuca de ella mientras con la otra la pegaba a su cuerpo. Necesitaba sentirla, rendida, entregada, hambrienta de él. Notar cómo subía las manos por su pecho hasta rodear su cuello y se estremecía en sus brazos. Como, por primera vez, anteponía sus sentimientos a los de los demás y se concedía el derecho a enamorarse y ser correspondida.

John Preston profundizó el beso, hundió la lengua en su boca y un suave gemido femenino incendió su sangre. Mierda, rugió una voz en su interior, la quería sentir más cerca, hasta que su ropa desapareciera y sólo quedara su piel y sus gemidos. Bajó la mano hasta el nacimiento de la espalda de Nina, la apretó contra sí y uno de ronco vibró en su garganta a la vez que presionaba las caderas de ella contra su erección. Quería que notara cuanto la deseaba, cuanto la necesitaba y, que cada vez que lo mirase, se excitara y temblara de deseo como le pasaba a él.

Quería convertir ese instante en un fantasma que no le permitiera dormir sin desearlo ni leer sin evocar sus besos, y que le hiciera reclamar lo que le pertenecía: su corazón. Su piel. Su alma. Su futuro.

Así que bebió como el alcohólico que era de sus labios. Jugó con su lengua y exploró su boca hasta que el cuerpo de Nina se rindió y se amoldó al suyo. Entonces cogió su cara con ambas manos, miró sus labios inflamados y sus pupilas dilatadas, y susurró:

—Llame a su tío, y haga que me reciba.

## Capítulo XXV

Banquo Cassidi se recostó en su asiento tras el escritorio, apoyó los codos en los reposabrazos del asiento y juntó las yemas de ambas manos. A pesar de ser mediodía, el despacho estaba sumido en una agradable penumbra. Él lo prefería así. Le ayudaba a concentrarse. A pensar. Si bien todavía le costaba creer que Nina lo hubiera llamado para convencerlo de que recibiera a un tal John Preston. Pero ¿quién *diavolo* era ese tal John Preston?

“Sólo le pido que lo escuche, tío, nada más”, había respondido ella, como si él no tuviera otra cosa que hacer. ¿Es que, acaso, Nina había olvidado que ya no pertenecía a la familia? ¿Qué tenía que ver él con ese tal John Preston o con ella?

A menos, claro, que...

Una estéril y fría sonrisa se perfiló en sus labios. Así que se trataba de eso. Pero ¿cómo era posible que no hubiera caído antes en la obviedad de su petición? Sin embargo, seguía sin entender qué quería que hiciera él: ¿Qué le diera una palmadita en la espalda a ese tal Preston? ¿Qué lo felicitara? ¿Qué la condujera a ella al altar y la entregara en sustitución de su hermano? No veía que más podía ser. Sólo que su sobrina parecía haber olvidado que él ya no tenía ninguna obligación para con ella ni para con su difunto hermano.

Es más, sólo había accedido a recibir a ese tal John Preston para saber con que clase de personas se relacionaba Nina, por si podía reportarle algún beneficio; eso era todo.

Se enderezó en la silla, estiró el brazo para coger la botella de anís de sobre el escritorio y su rostro se ensombreció al ver las ediciones matutinas que había mandado comprar esa mañana. Entre tanto periódico, había esperado encontrar alguna noticia sobre la muerte del Irlandés, ¡*Che cazzo!*!, había esperado ver en primera plana la fotografía de su cadáver, pero para su sorpresa y mayor irritación, ningún periódico hacía mención del suceso; como

si no hubiera sucedido.

Con un reniego de malhumor, se sirvió un vasito de anís y volvió a dejar la botella en el escritorio. Aunque, si lo pensaba con calma, ¿no podía ser esa misma falta de noticias la confirmación de que el Irlandés había pasado a mejor vida? De ser así, lo normal sería que sus hombres trataran de ocultar su muerte el máximo tiempo posible mientras se reorganizaban. Porque, una vez se supiera de su muerte, las demás organizaciones no tardarían en lanzarse sobre el negocio del licor de contrabando como famélicos tiburones.

Y, desde luego, él sería el más hambriento y mortífero de ellos.

Se bebió de un trago el anís y tocó con el índice el borde del vaso. En fin, la teoría estaba bien. Más que bien. Se ajustaba a la perfección a sus planes, pero antes de dar un paso en falso que descubriera sus planes o lo identificara como el artífice de su muerte, debía de asegurarse de que éste estaba criando malvas junto a su hermano.

Un suave golpe en la puerta le hizo levantar la mirada hacia Salvatore, sombrío bajo el umbral del despacho, con una mano en el picaporte.

—El amigo de Nina ya está aquí —dijo éste.

—De acuerdo, pero antes, envía a uno de tus hombres a todos los hospitales de la ciudad; que averigüe si esta madrugada han atendido algún herido de bala y, de ser así, quiero una descripción del tipo. Y que alguien vigile el Ginno's y el edificio donde vive el Irlandés; necesito saber quién entra y sale. —Se sirvió otro vasito de anís y se recostó contra el respaldo de la silla—. En cuanto a ese tal Preston, vamos a ver qué puedo hacer por mi sobrina.

Con una mano en el volante del coche, John Preston observaba a los dos matones que había apostados en la entrada principal de la casa de Banquo

Cassidi, en Long Island. Que él recordara, era la primera vez que se adentraba en los terrenos de la mafia y sólo salían a recibirlo dos de sus hombres. Lo normal sería que hubiera más deambulando por la propiedad, y más si pensaba en todo el terreno que debían vigilar. Así que, o bien Banquo Cassidi se tomaba muy a la ligera su protección y la de su familia —cosa que dudaba—, o no lo veía a él como una posible amenaza.

Una posibilidad que tampoco le convencía.

De todas maneras, si iba a meterse en la guarida del lobo, prefería que éste supiera que no le temía. Y ¿qué mejor manera de conseguirlo que haciéndose esperar? Se inclinó hacia el asiento del copiloto, abrió la guantera del coche y sacó un paquete de Luckie's del interior. Encendió un cigarrillo y expelió el humo por la nariz, sin apartar la vista del matón más alto. Tenía la cara picada por la viruela y un rictus de malhumor en la boca; como si su sola presencia le molestara. En cambio, su compañero, de constitución más atlética, parecía el típico joven desenfadado; el rey de la fiesta.

Dio una larga calada al cigarrillo y, al expulsar el humo, miró de reojo su pistola en la guantera del coche, entre papeles y cajetillas de tabaco; la cerró. No le hacía ninguna gracia presentarse ante Banquo Cassidi desarmado. Es más, el estar a solo cuatro pasos de su objetivo, y sin intención de terminar el trabajo por el cual lo habían contratado, lo convertía a sus propios ojos en un extraño. En un desconocido que iba a sacrificar su modo de vida por una mujer. Y no es que se arrepintiera de su decisión, solo que en su mundo, un profesional como él, no podía romper en el último momento un acuerdo sin arriesgarse a terminar con el cuello roto o varios agujeros de bala en el cuerpo. Era uno de los tantos efectos secundarios que tenía su trabajo. Es más, si uno decidía retirarse del negocio, debía desaparecer lo más rápido posible del mapa, antes de que sus enemigos lo vieran como un hombre débil; cansado o viejo.

Y después de tantos años en el oficio él tenía unos cuantos enemigos. Así que si Nina le daba la oportunidad de demostrarle que podía cambiar y hacerla feliz, tendrían que marcharse del país y buscar un pequeño pueblecito en el sur de Europa. Lejos de sus anteriores vidas y de las posibles consecuencias de sus actos.

Levantó la vista hacia la puerta principal y observó a Cara Picada con los pulgares en el cinturón, en una especie de advertencia de que se le estaba acabando la paciencia. O por lo menos así lo creyó él al advertir la empuñadura de la pistola que llevaba ahí. Una situación que le habría parecido de lo más divertida si no fuera porque no estaba allí para terminar el trabajo que le habían encomendado, sino para averiguar por qué los hombres del Irlandés vigilaban el apartamento de Nina.

Así que salió del coche, tiró el cigarrillo al suelo y, al ver caer las primeras gotas de lluvia sobre la gravilla, se ajustó el abrigo al cuerpo. Se encaminó hacia la puerta principal y los dos matones se hicieron a un lado, sin preguntarle quién demonios era y qué quería. No hacía falta que lo hicieran; a su modo, ya le habían dado a entender que sabían muy quién era. Lo que no tenía tan claro es si sabían exactamente qué estaba haciendo allí.

John Preston cruzó el umbral en silencio y observó al hombre apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba una camisa azul arremangada hasta los codos y un chaleco oscuro que se ajustaba a su pecho como si fuera un guante. Una inesperada ráfaga de celos recorrió su cuerpo como si se tratase de una serpiente.

Salvatore lo miró un instante y después le hizo una seña a Cara Picada para que lo registrara. John Preston separó los brazos del cuerpo para facilitarle el trabajo y no pudo estar de enarcar una ceja mientras ese tipo lo manoseaba. Como era de suponer, no era la primera vez que lo registraban, pero sí de una forma tan chapucera.

—Está limpio —dijo éste, después de palparle por encima de la ropa la cintura para ver si llevaba algún arma.

Salvatore le hizo un gesto a John Preston con la cabeza para que entrara en el despacho y él se limitó a seguir sus instrucciones. Después de todo, no era problema suyo si Cara Picada se había olvidado de revisar su sombrero o palpar otras partes de su cuerpo. Si lo hubiera hecho tampoco habría encontrado nada, solo que ahora se arrepentía de haber dejado la pistola en la guantera del coche.

Entró en el despacho y un extraño silencio le sobrevino de golpe; como si

hubiera chocado contra una bolsa de aire caliente. Barrió con la mirada la estancia para hacerse una idea de la distribución de los muebles y ventanas — a su izquierda una librería de madera con puertas de cristal repleta de pesados volúmenes y a su derecha una cortina por la que se colaba un resquicio de luz — y clavó la vista en el hombre que presidía la estancia.

Como era de suponer, mientras investigaba a Iona, había tenido la oportunidad de ver a Banquo Cassidi en una de las contadas ocasiones en las que salía de su propiedad, pero ahora que lo tenía enfrente sentía correr un hormigueo en los dedos, que le hacía añorar el frío de su pistola.

—Supongo que su sobrina le ha advertido de mi llegada, ¿no?

Banquo Cassidi frunció el ceño al sentir deslizarse una gota de sudor por la sien. ¿Quién coño era ese tipo? Apenas si conseguía distinguir sus rasgos bajo el ala del sombrero, pero sí que era capaz de sentir cómo le atravesaba su mirada. ¡*Che cazzo!*, si tenía toda la pinta de ser el enviado de la muerte.

—De no ser así, no habría llegado tan lejos. —Entrelazó los dedos de las manos sobre el escritorio—: Soy un hombre muy ocupado, señor Preston, así que dígame qué puedo hacer por usted.

— ¿Le suena de algo el nombre de Brian Calleigh?

— ¿Tendría que sonarme?

—Sus hombres vigilan el edificio donde vive su sobrina.

—Y ¿qué tengo que ver yo con eso?

—Pensé que le interesaría saberlo.

Banquo Cassidi se recostó en su asiento, sin apartar la mirada de él. No entendía a qué estaba jugando ni por qué Nina le había pedido que lo recibiera; después de todo él no tenía la culpa si sus negocios le traían alguna que otra complicación a su sobrina.

—La verdad, no entiendo por qué creyó que podría interesarme.

John Preston abrió y cerró una mano al sentir cómo una parte de su ser se revelaba ante su falta de iniciativa. Una fuerza arraigada a base de años de apretar el gatillo, que lo impulsaba a terminar su trabajo. Sólo que esta vez no sería por ética profesional sino para borrar la sonrisa de suficiencia de su rostro.

—Tengo entendido que fue él quien mandó matar a su hermano y a su cuñada.

Una sombra cayó a plomo sobre el rostro de Banquo Cassidi. Encendió la lámpara del escritorio para tratar de definir sus rasgos, pero John Preston se mantenía fuera de su alcance. Como un buen profesional. Nervioso, entreabrió el primer cajón del escritorio para cerciorarse de que su pistola seguía ahí.

—No creo que la vaya a necesitar —dijo John Preston, con un peligroso brillo en los ojos—. Esta es una conversación civilizada, entre caballeros.

Banquo notó un sabor ácido en la boca, una mezcla de rabia y vergüenza al ser descubierto. Quizá por esto, dejó la pistola encima del escritorio, con el cañón apuntando hacia su pecho.

—Entonces, entre caballeros, no vuelva a poner a prueba mi paciencia.

—Solo quiero saber por qué su sobrina podría temer por su vida.

Banquo Cassidi entrecerró los ojos, seguía sin saber quién era ese tipo y qué buscaba realmente, pero ahora ya no tenía ninguna duda de que representaba una amenaza para él y sus planes. Cogió el vasito de anís y bebió un trago. Y ¿si los hombres del Irlandés habían obligado a Nina a llamarlo? Y si ¿todo era una trampa para saber si él tenía algo que ver con la muerte de su jefe? Una sonrisa sarcástica se perfiló en sus labios. Algo más relajado, sacó un cigarro del cajón central del escritorio, mordió la punta y la escupió al suelo.

—Creo que se equivoca de persona. Si está tan interesado en saber por qué los hombres del Irlandés vigilan el edificio donde vive mi sobrina, debería de hablar con él y no conmigo.

—Y ¿no se le ocurre ningún motivo para que puedan vigilarla?

—No, la verdad es que no. —Por él como si la mataban. Así se libraba de una buena vez de ella—. Y ¿a usted: se le ocurre alguno?

—Solo puedo hacer conjeturas.

—Las conjeturas son caminos de doble sentido.

—Al igual que los accidentes, no son de dirección única.

—¿Tengo que considerar sus palabras como una amenaza?

—Si es así, considerarse un hombre afortunado, porque yo nunca amenazo.

John Preston salió del despacho con las llaves del coche en el interior del puño. Necesitaba descargar toda la rabia e impotencia que bullía en su interior y tenía la esperanza de que Cara Picada o su compañero hubieran planeado darle una despedida un poco más sonora que su llegada. Pero salió al frío y húmedo aire de la mañana, sin que ningún puño se lo impidiera.

—Tenemos que hablar. —Era la voz de Salvatore, pisándole los talones.

Sin hacer caso a su presencia, John Preston se sentó en el asiento del conductor de su coche, sacó su arma de la guantera y salió de nuevo del Packard. No estaba de humor para mantener ninguna conversación, al contrario, lo único que le pedía el cuerpo era volarle la tapa de los sesos a Banquo Cassidi. Porque si de algo estaba seguro era de que él era el engranaje que había movilizó a los hombres del Irlandés.

Salvatore llegó a su lado y le asestó un fuerte golpe en la mandíbula, que lo envió contra la puerta del coche.

—*Aspetta!*—Era otra vez su voz, pero mucho más baja.

John Preston se tocó el labio partido y medio sonrió.

— ¿Qué es lo que tengo que esperar: a que uno de tus hombres me meta un tiro?—Y sin darle tiempo a reaccionar, cogió con la mano izquierda el brazo de Salvatore, lo hizo girar y le golpeó la cabeza contra el capó del coche.

Acto seguido, le puso el cañón de la pistola en la base de la sien.

—Dime algo que no sepa sobre el Irlandés —masculló entre dientes.

Salvatore dirigió la mirada hacia la puerta principal, donde Cara Picada y su compañero habían sacado sus armas, y murmuró:

— ¿Algo cómo qué?

—Como por qué sus hombres vigilan el apartamento de Nina.

Salvatore tragó saliva y dejó de forcejar. Cerró un momento los ojos mientras la lluvia le pegaba la camisa al cuerpo y el frío le entumecía los músculos. Suspiró.

—Creí que estabas aquí para terminar tu trabajo.

—Sí, de eso también tenemos que hablar. Pero antes dile a tus hombres que se queden donde están. No quiero meterte una bala en la cabeza, pero si dan un paso más, despídete del hoy.

Salvatore miró una vez más a sus hombres.

—*Demone!* ¡Guardad el arma de una puta vez!

Una sombra de incredulidad veló sus rostros. Aún así, retrocedieron un paso.

— ¿Contento?—le preguntó Salvatore.

—Lo estaré cuando tiren sus armas donde yo pueda verlas.

Cara Picada y su compañero tiraron las armas al suelo, a unos quince pasos de ellos, y John Preston soltó el brazo de Salvatore y retrocedió sin bajar el arma.

—Creí que teníamos un acuerdo —susurró Salvatore masajeándose el brazo.

—Y lo teníamos, pero en pasado.

—*Vaffanculo!* Contacte contigo porque me dijeron que eras el mejor.

—Y lo soy. Pero hasta el mejor sabe cuando retirarse.

—Entonces ¿qué haces aquí? *Che coglione!* Lo tenías a tiro. ¿Qué te habría costado cumplir con lo acordado?

Nada. Realmente nada. Es más, una parte de él aún deseaba hacerlo; esa era su vida, la manera con la que lograba subsistir cada día y alejar los fantasmas del pasado. Empero, había otra parte, una más grande que no dejaba de susurrarle el nombre de Nina y de incendiar su pecho con su imagen. Y él deseaba quemarse en ese fuego, por encima de cualquier otra cosa.

—No voy a preguntarte por qué quieres ver muerto a Banquo Cassidi, no es de mi incumbencia, solo necesito saber si él tiene algo que ver con que los irlandeses estén vigilando el edificio donde vive Nina.

Salvatore miró una vez más a sus hombres y susurró:

—Él siempre tiene algo que ver cuando se trata del Irlandés.

El estómago de John Preston se convirtió en un nudo de rabia y temor. Mierda, tendría que haber vaciado el tambor de su pistola en el pecho de Banquo Cassidi, pero Nina nunca se lo perdonaría, ni entendería que era la única manera de protegerla. No, seguramente no lo haría. Sólo podía huir con ella y tratar de mantenerla con vida.

—Protege a Iona. Es cuanto puedo decirte. —Se sentó en el asiento del conductor, encajó la llave en el contacto y Salvatore sujeto la puerta antes de que pudiera cerrarla.

—Y ¿quién protegerá a Nina?

—Preocúpate de Iona, Nina es mi problema.

Salvatore lo miró en silencio un instante y después se alejó unos pasos del coche.

—Entiendo. —Y así era. Ahora comprendía por qué John Preston había incumplido su palabra. Se pasó una mano por el pelo mojado y, algo muy parecido a la mordaza de los celos, le hizo recordar los días pasados en el hospital después de que le extrajeran la bala del hombro. Las interminables horas que había pasado postrado en la cama mientras esperaba ver abrirse la puerta de la habitación y la sonrisa de Nina. Sus ojos... Por Dios, casi lo habían matado por protegerla y él sólo deseaba que fuera a verlo, que se preocupara por él; que fingiera, si era preciso.

Pero la puerta de su habitación había permanecido cerrada, salvo por el personal del hospital.

Deslizó la mirada más allá del muro que delimitaba la propiedad de Banquo Cassidi y la lluvia enturbió el paisaje que tan bien conocía. ¿Qué importancia tenía ahora ese recuerdo? Ninguno. Hacía tiempo que Nina lo había relegado al pasado y la cicatriz que le había quedado de aquel día solo era eso: una cicatriz sin importancia, un mero recuerdo distorsionado de su encaprichamiento. Se pasó una mano por la cara y suspiró. Sí, sólo debía ser paciente, el tiempo se encargaría de apagar cualquier rescoldo que pudiera quedar en su interior. Y no solo eso, sino que él le facilitaría el trabajo al tiempo olvidando su vendetta contra Banquo Cassidi.

Miró al Packard desaparecer tras un recodo del camino y regresó junto a sus hombres. Quizá John Preston no era el hombre que Nina necesitaba, pero sabría protegerla.

Rory entró en el ascensor sin levantar la mirada de sus zapatos. No le gustaba que la gente se lo quedara mirando mucho tiempo, a menos, claro, que fuera una muchacha de abundantes pechos dispuesta a divertirse. Entonces no tenía ningún inconveniente en sonreírle. Pero no soportaba que algunos hombres lo encontraran apetecible. Es verdad que no habían sido muchos, pocos, a lo sumo dos o tres desde los catorce años y estaba a punto de cumplir los veinte. Aun así, no lo soportaba. Por eso mantenía la cabeza gacha cada vez que entraba en ese ascensor, porque le desagradaban y le daban náuseas las miradas furtivas que le lanzaba el ascensorista desde el taburete.

Hundió las manos en los bolsillos y, al oír un ligero carraspeo, lanzó una furiosa mirada hacia donde estaba sentado el hombre, al lado de los controles. Pero éste mantenía la vista clavada en la rueda que nivelaba el ascensor con el suelo de cada piso, y solo la rigidez bajo su uniforme evidenciaba una posible erección.

Al llegar al piso veinticinco, Rory se apresuró a salir sin levantar la mirada del cenicero que había junto a la puerta del ascensor, repleto de colillas. Era eso o machacar al ascensorista hasta que la sensación de náuseas remitiera. Una opción que en ningún momento había descartado, como mucho, postergado. Pero al oír que el hombre cerraba las puertas del ascensor, alzó la mirada y se dirigió hacia el apartamento del fondo del pasillo.

— ¿Alguna novedad?—Le preguntó al hombre sentado en una silla con un periódico abierto sobre las piernas, al lado de la puerta.

—Ninguna.

Rory asintió con la cabeza, entró en el elegante piso y se paró un instante en el umbral del salón para observar el enorme sofá que dominaba el centro de la habitación, con sus paredes blancas y desnudas; sonrió. No podía evitarlo. Envidiaba esa falta de muebles. Esa libertad. Poseer un espacio que mostrara al mundo quien era él. Y algún día lo tendría. Poseería un piso tan lujoso como aquel y miraría a través del gran ventanal la ciudad de Nueva York rendida a sus pies.

Al verlo entrar, los dos gánster sentados en el sofá se apresuraron a bajar los pies de la mesilla de madera, repleta de platos con restos de comida. Él

los saludó con un seco ademán y, sin hacer caso del ruido de sartenes que salía de la cocina, donde su cuarto hombre debía de estar preparándose algo de comer, se dirigió hacia la única habitación del apartamento. Una estancia tan diáfana como el resto del apartamento. Paseó la mirada por la grisácea luz que entraba por la ventana y después la posó en el hombre recostado en la amplia cama de matrimonio, con el brazo izquierdo vendado al pecho y una pierna doblada bajo las sábanas.

—Todo está listo para esta noche, jefe.

Brian Calleigh entreabrió despacio los ojos y los cerró con la misma lasitud. Estaba tan cansado que sólo deseaba dormir, era como si toda la energía de su cuerpo lo hubiera abandonado y solo fuera un recipiente lleno de huesos. Respiró hondo y una sucesión de imágenes pasaron ante sus párpados cerrados como fotografías turbias, borrosas, del interminable trayecto en coche hasta el hospital, cuando el dolor lo había mantenido despierto y a punto de vomitar. Cuando le había dado a Rory las instrucciones precisas para que ese atentado no quedara sin venganza.

Después, sólo retazos confusos mezclados con lagunas de oscuridad hasta que se había despertado en el hospital. Solo había sido un segundo, dos, a lo máximo tres, mientras unas manos desconocidas le desabrochaban la camisa empapada en sangre, antes de que se le nublase la vista y perdiera otra vez el conocimiento. A partir de ahí la oscuridad más absoluta hasta hacía unas horas, cuando se había despertado en su cama, lejos del hospital, para evitar que quien le había disparado, lo intentase otra vez.

Se humedeció los labios reseco y, una vez más, abrió los ojos.

—Si es cosa del siciliano —dijo con voz pastosa, seca—, quiero oír sus gritos pidiendo clemencia por la vida de su hija y la de su sobrina, antes de matarlo.

—No se preocupe, jefe; tendrá a ese asqueroso *comespaghetti* solo para usted.

El Irlandés trató de moverse, pero inmediatamente su brazo y su cabeza le dijeron que se dejara de tonterías. Con una desagradable sensación de

nauseas, cayó sobre las almohadas y esperó a que remitieran el dolor y el mareo.

—Dile a tus hombres que se pongan un brazalete de tela negra en el brazo izquierdo, como si estuvieran de luto. —Hizo una pausa, exhausto—. Sea quien sea el que está detrás de esto, tiene que creer que ha logrado su objetivo.

—No se preocupe, jefe, ese asqueroso siciliano caerá en la trampa.

Brian Calleigh sonrió. Sí, ese era el plan. Hacer creer a su enemigo que había ganado y obligarlo así a salir de las sombras y a actuar antes de que las demás organizaciones lo hicieran. Sólo que arrebatarse el negocio no le iba a resultar tan fácil como creía, pues nadie sabía a quién le compraba el licor que vendía a través del club a todos los antros de la ciudad. Así que sólo había un modo de hacerse con el negocio del licor de contrabando: apoderarse del Ginno's, donde sus hombres lo estarían esperando.

—No quiero ningún error esta noche —dijo en voz baja, débil.

—No se preocupe, jefe. Caerán cómo ratas en nuestra trampa.

## CAPÍTULO XXVI

Nina se acercó a la ventana y apartó unos centímetros la cortina. Hacía más o menos una hora que ya no había nadie sentado en las escaleras de enfrente, pero eso no quería decir que no estuvieran vigilando su edificio, sólo que otro muchacho se encargaba de hacerlo, para que nadie reparara en el primero y llamara a la policía. Dejó deslizarse la cortina y cruzó la sala, puso una mano en el picaporte de la puerta y agudizó el oído. No se oía ningún sonido en el vestíbulo ni en la escalera, pero eso tampoco quería decir nada. Entreabrió despacio la puerta, echó una rápida mirada a la penumbra del rellano para cerciorarse de que no había nadie en las sombras y se acercó a la ventana de las escaleras de incendio. Después de todo, si vigilaban a su prima, era de lógica pensar que también la vigilaban a ella, ¿no? Sacó la cabeza por la ventana y miró el callejón; vacío.

Nerviosa, reculó un paso, apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos. Esa ausencia de movimiento era peor que el sentirse vigilada porque, le gustara o no admitirlo, así actuaba la mafia cuando ya había señalado a su objetivo. Era el intervalo que le concedía a su víctima para que se confiara y descartara haber visto u oído algo fuera de lugar y retornase a su rutina. Después, bueno, en el mejor de los casos, era un tiro en la cabeza y un adiós muy buenas.

Y ¿si se había equivocado y no iban tras su prima? Y ¿si la víctima era ella y esa falta de movimiento era su tiempo? Un gritito estrangulado vibró en su garganta.

No quería morir, no cuando tenía tanto por lo que vivir.

Asustada, abrió los ojos. Se podía decir que siempre había convivido con la muerte, pero solo eran susurros y gritos silenciados tras una puerta. Meras conjeturas que se difuminaban en su habitación cuando su madre se reía de éstas. Aun así, cuando su padre se reunía con su hermano y con Salvatore, su madre siempre encontraba un motivo para distraerla, para arrastrarla a la sala,

a la cocina, a su habitación; donde las conjeturas no podían tocarla ni rozarla ni molestarla. Y si por alguna extraña razón la muerte aparecía en sus sueños, sólo era para abatirse sobre rostros anónimos, que deseaban hacer daño a su familia.

Y así había sido hasta la aciaga noche en que la muerte los había señalado con su esquelético dedo. Aquella noche vio por primera vez su monstruosa sombra alzarse sobre sus víctimas y caer sobre sus padres como un terrible manto de oscuridad. Aquella noche experimentó por primera vez el miedo y el horror de ser señalado; de ver morir a alguien querido. Por eso había huido de la única familia que le quedaba, porque no soportaba vivir bajo el mismo techo del hombre que había causado la muerte de sus padres, y porque quería alejarse de ese espeluznante dedo que cada noche volvía a señalarla con el recuerdo de la luna del restaurante al explotar en una afilada lluvia de cristales y con el olor de la pólvora y de la sangre de Salvatore comprimiendo todo su espacio.

Con todo, la muerte seguía allí, a su alrededor, silenciosa; reptando a sus pies como una serpiente; riéndose de su ingenuidad. ¿De verdad había creído que podría escapar de ella? Sí, murmuró una vocecilla en su cabeza, por un tiempo lo había creído.

Se separó de la pared para regresar a su apartamento y un grito de temor resonó en su pecho al oír crujir las escaleras. Se quedó quieta, escuchando el silencio del edificio y el loco retumbar de su corazón. Y ¿si realmente se había equivocado al afirmar que vigilaban a su prima? Después de todo, el hecho de haberse alejado de su familia y mudado a ese barrio, lejos de todas las comodidades que muy bien podría permitirse, no garantizaba nada. Es más, seguía viendo a su prima, hablaba con ella dos o tres veces a la semana e Iona la visitaba con cierta frecuencia. Entonces, ¿cómo podía alguien saber que no seguía anclada a su familia, y que no conseguiría nada de su tío si lo amenazaban con matarla?

Sacudió la cabeza, negándose a aceptar esa impostéis. Era una locura. Además, en el supuesto de que fueran a por ella, no lo harían por la puerta principal del edificio, sino que usarían las escaleras de incendio para entrar en el edificio.

Claro que el miedo no entendía de razones, y hasta le podía dar algunas de validas para explicarle por qué le temblaban tanto las manos.

Enfadada consigo misma por esa muestra de cobardía, se asomó por encima de la barandilla de madera y vislumbró la malhumorada figura de la señora Huyler.

— ¡Urgente!—farfulló la mujer, con la respiración fatigosa—. Siempre es urgente, como si una no tuviera otra cosa que hacer que subir y bajar estas malditas escaleras.

Nina sonrió, agradecida de oír su carrasposa voz.

— ¿Pasa algo, señora Huyler?—preguntó.

La mujer asomó la cabeza por el hueco de la escalera y miró hacia arriba.

—Su prima está al teléfono y asegura que es urgente. De extrema gravedad, dice.

Nina se aferró a la barandilla, sintiendo cómo las fuerzas la abandonaban. En ese momento sólo se le ocurría un motivo para esa llamada y, precisamente, se había negado pensar en éste; en la posibilidad de que... No, a John Preston no podía pasarle nada, le había prometido que regresaría y ella tenía que creer en su palabra. Punto. Pero conocía muy bien a su tío, sabía hasta dónde era capaz de llegar con tal de salirse con la suya y, si era el causante de que estuvieran vigilando su edificio, desde luego la visita de John Preston no le sentaría muy bien.

Nada bien.

Pero ¿hasta el punto de matarlo?

—No, por favor, no —susurró precipitándose escaleras abajo como un tren a punto de descarrilar. Alcanzó y sobrepasó a la señora Huyler en el primer piso y, una vez en el vestíbulo, corrió hasta el teléfono—: Por favor, Iona, dime que está bien.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, confuso.

— ¿Cómo sabes que ha estado aquí?

Nina tragó saliva y dejó que el frío aire del vestíbulo llenara sus pulmones.

—Por favor, sólo dime que está bien.

—Sí, bueno —titubeó; como si no supiera qué pensar ni decir—. ¿Por qué no me has llamado para advertirme de que venía hacia aquí? ¿No crees que tenía derecho a saberlo?

—Claro que sí, pero estaba tan asustada, que no pensé en nada; sólo que Salvatore podría protegerte.

—Y ¿de qué se supone me tiene que proteger Salvatore?

— ¿No te lo ha explicado?

— ¡Nadie me ha explicado nada! Sólo sé que hace unos minutos he escuchado unos disparos y, que, cuando he ido a ver qué estaba pasando me he encontrado con la puerta del despacho de mi padre destrozada a tiros. Y por si fuera poco, cuando le he preguntado qué había pasado, me ha dicho que la culpa la tenía un tal John Preston; que tú le habías pedido que lo recibiera. ¿Por qué?

Algo en el interior de Nina se paró de golpe al sentir que su mundo se tambaleaba hasta escorar. ¿Su tío había disparado a John Preston? No, no podía ser. Con un sudor frío bañando su cuerpo, apoyó una trémula mano en la libreta de los recados e inclinó ligeramente la cabeza hacia el pecho. Había pensado, se había obligado a creer que su tío no se atrevería a hacerle nada; después de todo, ella lo había llamado para rogarle que lo recibiera. Pero si podía afirmar algo de Banquo Cassidi era el poco valor que le concedía a la vida de quienes lo rodeaban.

— ¿Lo ha matado?

— ¡Claro que no! Sólo ha disparado contra la puerta, para descargar su malhumor. En serio, a veces me preocupa la imagen que tienes de mi padre. —

Se sentó en la silla al lado del teléfono y alisó la falda—. ¿Ahora puedes decirme qué hacía él aquí y de que me tiene que proteger Salvatore?

Nina se secó los ojos con el revés de la mano, aliviada, muy aliviada, enormemente agradecida de saber que su John Preston estaba bien. Miró un instante hacia la oscuridad del sótano, donde la señora Huyler se refugiaba, y susurró:

—Se trata del Irlandés. Sus hombres están vigilando este edificio.

— ¿Por qué? Y ¿qué tiene que ver él con esto?

—No lo sabemos, pero los dos creemos que tú eres su objetivo.

Hubo una pausa, tensa, incómoda.

—Y ¿desde cuándo tú y él creéis que yo soy su objetivo?

—Desde esta mañana.

—Y ¿qué ha pasado esta mañana para que estuvierais juntos?

Nina suspiró, exasperada; no estaba de humor para ataques de celos.

—No estábamos juntos. Sencillamente se ha presentado de improviso y me ha preguntado si conocía al muchacho que estaba sentado en las escaleras del edificio de enfrente; eso es todo.

— ¿Así, sin más? ¿Y no te ha dado ninguna explicación de lo que hacía delante de tu apartamento, ni por qué le ha llamado la atención ese muchacho?

Nina retorció el cable del teléfono al percatarse de lo inverosímil que sonaba la verdad en sus labios. Pero, por más que quisiera, no podía explicarle que John Preston había sido policía, porque si ella desconfiaba de la policía en general —ya fueran corruptos o no—, Iona sentía verdadera aversión hacia ellos.

—Creo que iba a la librería, no estoy segura; apenas si me acuerdo lo que me dijo.

—Ya. Lo que no acabo de entender es por qué le has pedido a mi padre que hablara con él, y por qué crees que yo estoy en peligro cuando vigilan tu edificio.

Nina lanzó una rápida mirada hacia las escaleras del sótano y le pareció ver moverse la sombra de la señora Huyler. Se giró hacia la puerta principal del edificio y susurró:

— ¿Qué interés puede tener el Irlandés en mí? Yo ya no formo parte de la familia. ¿Qué lograría con mi muerte?

—A lo mejor piensa secuestrarte y chantajear a mi padre.

Nina parpadeó; era una posibilidad que no se le había ocurrido. Y de ser así, su sentencia de muerte ya estaba firmada, porque Banquo Cassidi no movería un dedo por ayudarla, y mucho menos si él era el detonante de ese secuestro.

—Por eso le pedí a tu padre que hablara con él. Necesito saber quién está detrás de todo esto y por qué.

— Y ¿desde cuándo sabe John Preston quién es mi padre?

—Iona —dijo, cansada—. Ya sabes que en estas calles es imposible no saberlo.

—Y ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque yo no puedo decirte todo lo que él me dice, no es leal.

—No me vengas con filosofía barata. Se supone que tú eres mi mejor amiga y como tal tienes que decirme todo lo que John Preston te dice de mí. Además, tú mejor que nadie sabes que no puedo ir por ahí explicando quien soy.

— ¿Ni siquiera a él? Porque si es así, no sé qué clase de relación esperas tener.

—Las dos sabemos lo que yo espero, lo que yo no sé es lo que él espera

de mí. Así que me pregunto qué lo ha impulsado a venir hasta aquí. Porque, aunque mi padre estuviera detrás de lo del Irlandés, ¿qué va a conseguir con esta información? Nada. Tú única oportunidad de escapar es refugiándote aquí, con nosotros, o desaparecer antes de que sea tarde. No tienes ninguna otra opción.

Nina ahogó un gemido de frustración y de miedo. Sí, su prima tenía razón, pero no quería dejar su apartamento ni separarse de John Preston. Al contrario, todo su cuerpo le pedía a gritos que luchase por él, y por esa promesa que le había robado el aliento y la cordura. Es más, quería sentir de nuevo sus fuertes manos sujetándola contra su cuerpo, notar su dureza mientras devoraba su boca y oír sus gemidos de deseo.

Quería todo lo que su prima deseaba de él y más, mucho más. Amaba a John Preston, y esto era lo que más la asustaba. Porque esto quería decir que estaba dispuesta a traicionar a su prima y a luchar por él.

—No lo había pensado —susurró—, lo de las opciones.

—Y ¿qué vas hacer?

—Aún no lo sé; irme, tal vez.

—No hace falta que te diga que me gustaría que te quedaras con nosotros, ¿verdad? Aunque sé que no lo vas a hacer. Así que, como voy a tener mucho tiempo para aburrirme, le diré a Salvatore que me traiga mi ejemplar de *A fuego lento*. Quizá hasta estemos de suerte y a la señora Huyler le dé un infarto cuando abra la puerta y le dé el libro.

—Sí, claro, ahora se lo bajaré —musitó sin fuerzas para enfadarse con ella.

—Ah, y no te olvides de llamarme para decirme qué piensas hacer.

—No te preocupes, estaré bien.

Una vez en su apartamento, Nina se sentó en la butaca, apoyó los codos en las rodillas y la frente en las palmas de las manos. ¿De verdad tenía que huir de su tío y del Irlandés? Ya lo había hecho dos años atrás y se había creído a salvo en ese lugar; lejos de las ambiciones de su tío y de sus posibles represalias. Pero estaba claro que se había equivocado. Y lo peor no era despertar de ese falso sueño de seguridad sino percatarse de que las manecillas del reloj seguían restando segundos a su ya de por sí escaso tiempo. ¿Cuánto le quedaba: dos, tres, cuatro horas o solo unos minutos? Un remolino de temor anudó su estómago. *Dio*, ¿por qué tenía que morir?

Alzó la cabeza y abarcó con la mirada el apartamento. Irónicamente el lugar donde se creía a salvo de las locuras de su tío. El lugar donde había intentado forjar una nueva vida sin desprenderse de la vieja. Sin embargo, por mucho que le doliese, ahora empezaba a entender que mientras Banquo Cassidi viviera, ella siempre sería el peón a matar o a secuestrar para doblegar su voluntad, y eso sólo quería decir que, sí, que debía marcharse, ponerse el abrigo, el sombrero y los guantes y salir a pasear como si fuera un día cualquiera para no llamar la atención de quien fuese la vigilase y huir.

Pero, una vez en la calle, ¿adónde iría, y cómo despistaría a su centinela?

Y ¿qué pasaría con John Preston?

Con un gemido de desesperación, se levantó y acercó a la ventana. La lluvia era intensa, fría, y una techumbre de paraguas llenaba la calle mientras los coches levantaban desagradables cortinas de agua al pisar un charco. Se pegó un poco más al cristal tratando de descubrir a su centinela pero, como elemento discordante en esa húmeda marea, sólo fue capaz de distinguir a un hombre con un periódico abierto sobre la cabeza en pos de un refugio más sólido. Quizá debería de aprovechar ese momento y huir, cuando le sería más fácil pasar desapercibida.

O bien, podía darse un último capricho y bajar y comprarse una novela que leer en el tren; una historia lo suficientemente absorbente como para hacerle olvidar todo lo que dejaba a atrás.

Angustiada, se llevó una mano a la garganta y emitió un leve quejido. ¿Por qué perdía el tiempo de esa manera? Se giró hacia la puerta y se ruborizó. Sí,

por él. Esperaba a John Preston. Le había hecho prometer que regresaría y ella tenía que estar allí para recibirlo. Así de sencillo. Lo único que la atormentaba era saber que su prima tenía razón: que había sido una estúpida al permitir que fuera a hablar con su tío, ya no solo por el riesgo que conllevaba sino porque no le ayudaría en nada saber que Banquo Cassidi era el motivo por el cual el Irlandés la tenía en su mira. ¿Qué importancia tenía conocer el motivo cuando no se podía alterar el efecto?

Con una sensación de derrota, dejó caer lánguidamente la mano a un lado del cuerpo. Sí, debía reconocer que, aunque lo más sensato y prudente sería desaparecer en ese mismo instante, no se movería de allí hasta ver de nuevo a John Preston y, con esto, poner por segunda vez en un mismo día su vida en peligro. No obstante, mientras lo esperaba, bien podía recoger algunas cosas que quería llevarse con ella; pues si tenía que irse con lo puesto, no lo haría sin las joyas de su madre y los gemelos de oro de su padre.

Entró en su habitación, abrió el cajón de la mesita de noche donde guardaba los pañuelos con la inicial de su padre bordada en una esquina, las fotografías de sus padres el día de su boda y... el pulso se le aceleró. Le había parecido oír, no estaba segura pero habría jurado... Cerró el cajón, se acercó al dintel de la habitación y un leve golpe en la puerta del apartamento le hizo dar un respingo. ¿No era así cómo llamaba él? Sin pensar en nada más, corrió hacia la sala y creyó desfallecer de alegría al ver su oscura silueta en el descansillo.

John Preston alzó la mirada del sombrero que sostenía en la mano e intentó tragar el nudo de su garganta. Durante todo el camino de regreso no había hecho otra cosa que pensar en ella, pero hasta ese instante no se percataba de lo asustado que estaba. Y ¿si mientras él hablaba con Banquo Cassidi le hubiera sucedido algo? Una punzada de miedo heló su corazón. No quería pensar en esa posibilidad. No cuando estaba a tan solo dos pasos de él y el rubor de sus mejillas crecía a medida que aumentaba su silencio.

— ¿Piensa permanecer mucho rato ahí?—le preguntó ella con una sonrisa, al verlo con el sombrero en la mano y el abrigo calado por la lluvia y el bajo de los pantalones mojados. Se hizo a un lado para que pudiera pasar—. Y ¿si lo ve algún vecino o la señora Huyler?

Él le devolvió la sonrisa, recordando otro día, otra conversación.

— ¿Debería preocuparme?—dijo aumentando su sonrojo. Pero cuando la obedeció y pasó de la penumbra del rellano a la claridad del apartamento, vio cómo el rubor desaparecía de su rostro y, asustada, abría los ojos.

No le importó.

Es más, una parte de él se alegró de que advirtiera la huella del puño de Salvatore en su rostro, necesitaba saberse amado, y el temor de sus ojos hablaba por sí mismo. Cerró la puerta del apartamento a su espalda, la envolvió entre sus brazos y hundió la cabeza en la curva de su cuello. Necesitaba sentirla. Respirarla. Olvidarse de todo y ser solo un hombre enamorado. Claro, sino fuera porque ella parecía más interesada en quitarle el abrigo. Se tensó. Todo en él se tensó. Hasta su respiración se volvió más pesada cuando, sin saber qué más hacer, separó los brazos y éste cayó al suelo.

Nina le abrió la chaqueta del traje y empezó a desabrocharle el chaleco con diez palos rígidos y torpes, por dedos. ¿Por qué Iona le había mentido al asegurarle que su tío no había descargado parte de su malhumor en él? Estaba claro que alguien lo había golpeado y, conociendo a Banquo Cassidi como lo conocía, necesitaba comprobar que esos golpes no habían ido más allá de un moratón en la comisura izquierda de su boca y un labio partido.

En cambio, John Preston respiró hondo para detener el torrente de sangre que se dirigía hacia su miembro y cerró los ojos al sentir el suave roce femenino descender por su pecho; pararse un segundo en el segundo botón de su chaleco antes de atacar el tercero. Sería tan fácil dejar que hiciera lo que quisiera con él, tan condenadamente fácil que a él mismo le asustaba la fuerza con la que su cuerpo se lo pedía. Pero si seguía quitándole ropa no tardaría en descubrir que iba armado y, antes de que eso pasara, tenían que hablar. Así que atrapó sus muñecas y le obligó a subir una mano por su pecho hasta rozar con la punta de los dedos la sobaquera que llevaba al hombro.

Desconcertada, ahogando un grito de sorpresa, Nina alzó la vista. No entendía nada, ¿por qué iba armado: para protegerse de su tío?

—Tenemos que hablar —dijo él. La llevó hasta el sofá, se sentó y esperó que ella hiciera lo mismo, salvo que Nina prefirió sentarse en la mesilla, frente a él.

John Preston se pasó una mano por el pelo mojado, se inclinó hacia adelante, sus rodillas tocando las de ella, y le acarició el interior de la muñeca izquierda con el pulgar. Había llegado el momento de decirle la verdad y eso equivalía a decir que en cuanto abriera la boca la perdería.

Mierda.

Y lo peor es que no había ninguna manera suave ni delicada de decirle que...

—Me contrataron para matar a Banquo Cassidi.

— ¿Qué, qué quiere decir con que lo contrataron para matar a mi tío?

—Que alguien quería verlo muerto y yo tenía que hacerlo.

Nina fijó la mirada en él como si le costara entender el significado de sus palabras, pero después de un interminable segundo enderezó la espalda y encogió los dedos de las manos hacia dentro. La expresión de John Preston no daba pie a engaños ni a subterfugios donde ella pudiera refugiarse, así que la realidad de esas diez palabras acabó por cobrar sentido: él era un asesino y todo era una mentira.

Una gran mentira.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Entonces todo ha sido una burla: su interés por Iona y su amistad conmigo.

Él se sentó en la punta del sofá, lo más cerca posible de ella.

—Su prima nunca significó nada para mí, solo me acerqué a ella para poder llegar hasta su tío, pero mi interés por usted nunca ha sido una mentira. Usted bien lo sabe.

— ¿Lo sé?—preguntó, e intentó liberar la mano de su agarre, pero él la sujetó con más fuerza.

—Sí, lo sabe. Sabe perfectamente que yo no tenía ningún motivo para acercarme a usted; que habría podido hacer mi trabajo sin tratar de ser su amigo.

—Eso es muy fácil de decir ahora, ¿no cree?

—No, no lo es. —Hubo un leve silencio, salpicado por las gotas de lluvia al chocar contra la ventana y la bocina de un coche abajo en la calle. John Preston cogió su mano entre las suyas y la apretó; quería que notara su calor y el miedo que tenía de perderla—. Hoy podría haber hecho mi trabajo y luego desaparecer; como siempre he hecho, a la espera de otro encargo. Pero si he ido a ver a Banquo Cassidi ha sido para protegerla, no para matarlo. Si lo piensa con calma, verá que no tenía ningún motivo para regresar y explicarle todo esto. Ninguno, salvo que le prometí que regresaría y que yo quería regresar.

Nina apartó la mirada hacia la ventana. Desde donde estaba sentada, solo alcanzaba a ver a través de la cortina las pesadas nubes que cubrían el cielo y oír el repiqueteo de la lluvia al caer.

—No tiene sentido. Nada de todo esto lo tiene —susurró.

—Míreme, míreme por favor. —Le tomó la barbilla con una mano y la obligó a girar la cabeza hacia él—. Sí, soy un gánster, un matón o un profesional del crimen. Tanto da el nombre que quiera darme: mato por dinero. Así me gano la vida, o lo hacía hasta hace unas semanas, cuando entré en la librería y la vi. Desde ese día no he hecho otra cosa que pensar en usted. Usted ocupa todo mi tiempo y espacio. Y aunque habría preferido que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, tal y como estaban las cosas solo podía aspirar a ser su amigo; nada más.

—Y ¿ahora si puede aspirar a algo más? ¿Por qué: porque no ha matado a mí tío?

—Porque he renunciado a mi vida, al único modo de vivir que conozco,

por la posibilidad de ser su amigo —dijo sintiendo cómo el miedo a perderla se apoderaba completamente de él hasta anegar sus ojos—. Por favor, Nina, nunca he sentido nada parecido a lo que siento cuando estoy a su lado, yo... Mierda, de pequeño, mi mundo era mi padre y su cinturón y, después, cuando tuve que abandonar la policía todo lo que había en mí era rabia y odio; nada más. Sólo era un recipiente vacío, sin nada que ofrecer; y justo esto es lo que me hacía ser un buen profesional. Esto, y que nunca le he temido a la muerte, porque nunca he tenido nada por lo que vivir. No hasta que la conocí.

Nina bajó la cabeza hacia su regazo y miró la mano de John Preston sujetando la suya. Temblaba. Lo podía ver a través de las lágrimas que le emborronaban la visión.

Era extraño, pero lo que más le dolía de su confesión era el entender. Su padre había sido un mafioso que había ordenado la muerte de un sin número de personas y su tío era otro mafioso sin escrúpulos. Así que, sí, entendía ese mundo de sobornos, pagos y muertes y que existieran gánster y profesionales del crimen, y hasta que John Preston hubiera utilizado a Iona para acercarse a Banquo Cassidi; era lo que cualquier profesional hubiera hecho.

Solo que estaba aterrada. Hasta hacía unas horas se había creído a salvo entre esas cuatro paredes y ahora comprendía que nunca había sido así.

—Puedo entender que utilizara a Iona para acercarse a mi tío —empezó a decir en voz baja—. O por lo menos una parte de mí lo hace, y que sea un profesional del crimen, sería una hipócrita si no lo hiciera, solo que...

—Solo que qué. —Volvió a levantarle la cabeza e intentó tragar el nudo de miedo que tenía en la garganta—. Sé que no hay ningún motivo para que confíe en mí, que nunca he sido un ángel, pero estoy más que dispuesto a cambiar. Seré lo que usted quiera que sea. Usted lo es todo para mí, lo único que quiero.

Las lágrimas anegaron sus ojos.

—No quiero que cambie. Solo que ya he vivido esa clase de vida y no la quiero. No lo soportaría. No otra vez. Ya tuve bastante con ver morir a mis padres.

Él cogió su cara con ambas manos y le acarició las mejillas con el pulgar.

—Nunca le pediría que compartiera mi mundo, nadie en su sano juicio lo haría. Solo que me deje entrar en su vida y me dé una oportunidad. —Apoyó la frente en la de ella y susurró—: Por favor, déjeme demostrarle que puedo convertirme en un hombre de bien; que puedo hacerla feliz. —Deslizó una mano hacia su nuca y rozó su boca con los labios, con suavidad, con miedo a ser rechazado—. No me aparte de su vida, permítame amarla.

Nina cerró las manos en su regazo y aprisionó en su interior una arruga de la falda. No quería que él la viera llorar, no cuando lo único que deseaba era olvidar los miedos que siempre habían regido su vida y darle la oportunidad que le pedía. Pero era más fácil desearlo, que hacerlo, y más cuando esa parte de su vida permanecía anclada en su ser y él le había mentido.

Pero ¿cuándo podría haberle confesado que era un asesino? No era una realidad fácil de aceptar, al contrario, lo normal sería que siendo ella hija de quien era lo alejara de su vida y, hasta, por qué negarlo, pusiera sobre aviso a su tío y a Iona. Y aun así, a riesgo de que lo descubriera frente a su familia, estaba allí, rogándole una oportunidad. ¿Qué más prueba necesitaba para creer en él? ¿En lo fuerte de sus sentimientos?

Con una tímida sonrisa, aflojó las manos en el regazo y acertó los pocos milímetros que los separaban. Quería demostrarle que estaba dispuesta a confiar en él, en ellos; en la posibilidad de un futuro juntos. Después de todo, si ella tenía que empezar una nueva vida lejos de esas calles, ¿por qué John Preston no podía dejar la suya atrás?

Así que mordió dócilmente su labio inferior y una inesperada llamarada de fuego tensó el estómago del hombre. Una monstruosa ola que se erizó sobre sí misma y cayó cómo un ardiente río de lava sobre su miembro.

—Maldita sea, Nina, maldita sea —dijo tensando los dedos en su nuca. No sabía si ese dulce mordisco simbolizaba una entrega total, una rendición parcial o una tregua hasta que él le demostrara que podía cambiar de vida, pero sí que ella le pertenecía, de la misma manera que él le pertenecía a ella. Así que la arrastró consigo hasta tenerla sentada a horcajadas sobre sus piernas y la besó: posesivo, violento, como si quisiera marcarla o fundirse en

su interior. Necesitaba sentirla, poseerla, dejar que siguiera desabrochándole el chaleco, la camisa, la vida...

Profundizó el beso, y mientras le impedía mover la cabeza con una mano, deslizó la otra por su cuello, por su clavícula, y por encima de la ropa, hasta endurecer su pezón con suaves movimientos. Quería, necesitaba seducirla en todos los sentidos, con urgencia; lentamente. Devorar cada centímetro de su piel. Arrancarle la ropa y hacerla suya. Pero Nina apoyó las manos en su pecho y se separó de él. En sus ojos había el mismo deseo que lo consumía a él, así como unas pinceladas de temor.

— ¿Qué va a pasar ahora con mi tío?

John Preston dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá; castigado por el deseo que tensaba todo su cuerpo. Nina lo miró y se le contrajo el bajo vientre al ver el gris de sus ojos convertido en un candente río de plata. Enredó los dedos de sus manos en su cabello y un cálido gemido vibró en su garganta al sentir cómo la mano de él seguía bajando hasta deslizándose por debajo de su falda.

— ¿Le preocupa que otro termine mi trabajo?—dijo él y, con deliberada lentitud, subió la mano hasta donde empezaban sus medias de seda.

Ella tragó saliva y cerró un instante los ojos, concentrándose en ese dulce martirio.

—Si mi tío muere, Iona sufrirá.

Durante un minuto permanecieron en silencio, con la respiración alterada, él subiendo lentamente la mano por el camino marcado por las ligas hacia su ropa interior; mortificándola, obligándola a moverse para permitirle mayor libertad y provocándole punzadas de placer al restregarse contra su erección.

Temblando de deseo, la acarició por encima de la ropa interior y la miró abandonarse a él: era lo más hermoso que había visto en la vida, con la cabeza echada hacia atrás y los pezones insinuándose bajo la apretada tela de la blusa. Arqueada, notando su dureza, rígida, bajo su centro de placer, respondiendo a la caricia de sus dedos, deseándolo... Y, maldita sea, él

deseaba aumentar y prolongar todo lo que pudiera su éxtasis, hacerla suya, amarla y adorarla como la diosa que era. Pero su lado frío y calculador le apremiaba a ponerse en movimiento antes de que los hombres del Irlandés se presentaran. Así que la atrajo hacia sí y le entregó su vida y su futuro en un apasionado beso mientras su mano deshacía el camino de las ligas hasta las medias de seda; hasta su rodilla y la abstinencia.

—No piense en su tío —susurró contra sus labios—. No ahora, cuando su vida está en peligro.

El momento se rompió como un plato de porcelana al caer al suelo y un montón de pequeñas aristas de temor se clavaron el pecho femenino. John Preston levantó un brazo y le acarició la pálida mejilla.

—Tarde o temprano alguien acabará con su vida. De la misma manera que lo harán con la nuestra si no nos marchamos.

Un velo de temor oscureció la mirada de Nina. Sabía que era inútil preguntarle quién lo había contratado para matar a Banquo Cassidi, en su oficio, este tipo de información se llevaba a la tumba si no quería que éste lo enterrase a uno bajo toneladas de cemento. Aun así, no podía dejar de sufrir por su prima ni por la posibilidad de que su tío muriera ni por él. Había sido una estúpida al abandonarse de aquella manera sin pensar en el peligro que corrían al quedarse ahí; quietos. Indefensos.

—Tiene razón —musitó levantándose de sus piernas, con una extraña sensación de vacío en el pecho. Después de todo, ese increíble momento era una pauta en su camino antes de tener que marcharse sola, ¿no?—. Es mejor que me prepare.

John Preston se levantó a su vez del sofá y se abotonó la chaqueta del traje.

—No se preocupe, aún tenemos tiempo. Coja solo lo esencial; algo que pueda llevar con usted en el bolso. Cuando la situación se tranquilice, regresaremos a por el resto.

Nina lo miró con la duda reflejada en el rostro.

— ¿Regresaremos?

John Preston cogió su sombrero, le dio forma y se lo puso.

—Usted no va a ir a ninguna parte sola. —La atrajo hacia sí, la abrazó y depositó un beso sobre su cabeza—. Confié en mí, no dejaré que le pase nada. Sólo necesito media hora para recoger mis cosas del hotel y después nos iremos. De todas maneras, antes de irme, miraré que todo este tranquilo y sino es así volveré para sacarla de aquí, ¿de acuerdo?—Ella afirmó con un movimiento de cabeza—. Mientras, para evitar cualquier sorpresa, no se quede aquí, baje y hable con su casera.

—De acuerdo. Pero ¿a dónde iremos?

John Preston la apretó un poco más contra sí y, a pesar de su autodomínio, por primera vez en su vida deseó no haber escuchado nunca esa pregunta.

—No se preocupe, encontraré la manera de protegerla.

## CAPÍTULO XXVII

Dos horas.

Habían pasado dos interminables horas desde que John Preston se había marchado a hacer su equipaje y aún no había regresado. Y, sin lugar a dudas, era demasiado tiempo sin tener ninguna noticia de él; demasiado para conservar la cordura. Nina tiró la revista que tenía abierta sobre las piernas a un lado en el sofá y se levantó. No tenía cabeza para leer ni para ninguna otra cosa que no fuera para pensar en él y en el tiempo que estaban desperdiciando. *Dio*, ¿no se suponía que tenían que huir juntos? Entonces ¿por qué no estaba con ella?

Se dirigió hacia la cocina, abrió el armario de encima de los fogones y sacó la botella de *grappa*. La destapó, se sirvió dos dedos en un vaso e hizo una mueca al sentir cómo el líquido le quemaba la garganta. Dejó el vaso a un lado de los fogones y soltó un grito. ¿Qué debía de hacer ella ahora? ¿Huir sola? ¿Esperarlo, a riesgo de que los hombres del Irlandés llegaran primero? O ¿bajar y hablar una vez más con la señora Huyler? Pero ¿de qué? Antes había ido con la excusa de dejarle *A fuego lento* para que Iona pudiera leerlo, sólo que la mujer había arrugado el entrecejo y mirado el libro como si temiese fuera a explotarle en las manos.

—Más tarde vendrá a buscarlo uno de los hombres de mi tío —le había dicho ella al ver su renuencia a coger el libro—. Espero no le importe.

— ¿Uno de los hombres de su tío?

—Salvatore; el hombre que acompaña a mi prima cuando viene a verme —le había aclarado al ver cómo la línea de su entrecejo se hacía más profunda—. Estoy segura de que Iona le estará profundamente agradecida.

Al final, la señora Huyler había bufado, cogido el libro y desaparecido escaleras abajo refunfuñando algo muy parecido a: “No se preocupe, yo se lo

daré. Después de todo, tendré el agradecimiento de la señorita Iona Cassidi.”.

Nina emitió un gemido de frustración. Prefería morir antes que volver a bajar.

Sin embargo, esa decisión no la ayudaba en nada. Al contrario, seguía sin saber qué tenía que hacer.

—Por favor, John, ven ya.

## CAPÍTULO XXVII

No había ninguna luz en los edificios de enfrente, en toda la calle, solo la agónica luz de las farolas de gas cayendo lánguidamente sobre la solitaria acera. Eran más de las tres de la madrugada y Nina aún seguía esperando que la mataran o recibir alguna noticia de John Preston. Es más, no entendía por qué el Irlandés aún no había enviado a ninguno de sus hombres a por ella.

Con la visión nublada por las lágrimas se sentó en el sofá con las manos convertidas en un fuerte ovillo en el regazo y medio encorvada; tan asustada y desorientada, que había empezado a dudar de todo. Y ¿si Brian Calleigh no pretendía matarla ni secuestrarla? Y ¿si todo se debía a una confusión y nadie la vigilaba? Entonces, ¿dónde estaba John Preston?

Cogió la botella de *grappa*, que hacía unas horas había arrastrado de la cocina a la sala, bebió un sorbo directamente del gollete, y un sudor frío heló su espalda al oír chirriar los escalones de la escalera. Giró la cabeza hacia la puerta y contuvo la respiración. ¿Podía ser que después de todo no estuviera tan equivocada y sólo hubiera fallado el sitio por dónde entraría su asesino? Sin apartar la mirada de la puerta, se levantó del sofá, retrocedió hasta chocar contra la pared y, al oír crujir de nuevo los peldaños de la escalera, más cerca de su rellano, se llevó una mano a la boca y un estrangulado grito de terror hirió su garganta cuando unos enérgicos pasos se pararon frente a su apartamento.

— ¡Abre! Abre de una vez. —La voz era exigente, enfurecida, e iba acompañada de fuertes e insistentes golpes.

Durante un agónico segundo, Nina se quedó pegada a la pared, con el grito resonando aún en su pecho. Después corrió hacia la puerta y al ver a su prima, lívida bajo la débil aureola de luz de gas, un escalofrío de temor recorrió su espalda.

— ¿Qué, qué ha pasado?

—Mi padre ha muerto.

— ¿CÓ... cómo que ha muerto?

—El Irlandés, él lo ha matado.

Nina retrocedió un paso.

— ¿Qué quieres decir con que lo ha matado? ¿No tenía que matarme a mí?

Iona se mordió el labio inferior y desvió la vista hacia la penumbra de las escaleras.

—Esta tarde mi padre recibió una llamada suya asegurándole que le había dejado un regalo cerca del restaurante donde mataron a tus padres, en el callejón, y cuando se personó allí, creyendo que se trataba de tu cuerpo, sus hombres aparecieron de pronto y lo mataron. —Volvió el rostro hacia ella, con los ojos enrojecidos de llorar—. El Irlandés no tenía ningún interés en ti, solo quería llamar tu atención y, así, llamar la de mi padre. Todo era una trampa para obligarlo a salir de casa.

Nina se llevó una mano a la frente y retrocedió hasta dejarse caer sobre el brazo del sofá. ¿Eso quería decir que nunca había estado en peligro, que no iba a morir, que podía dormir tranquila y qué ya no hacía falta que huyera? Bajó la mirada hacia el suelo; aturdida.

—Lo siento —musitó.

— ¿Lo sientes?—exclamó—. ¿Sólo lo sientes?—Una sonrisa despectiva se insinuó en su boca—. Si, bueno, siempre he sabido que culpabas a mi padre de la muerte de los tuyos, pero pensaba que serías algo más original.

Nina alzó la cabeza; entre enfadada y dolida. Podía ser que no le afectase como debería la muerte de su tío, pero tampoco se alegraba de ella.

—No pretendo ser original, solo que todavía soy incapaz de reaccionar. Tienes que entenderlo. Llevo todo el día encerrada entre estas paredes convencida de que iban a matarme y desesperada porque —porque aún no sabía nada de John Preston—. Y ahora... —Cogió aire y los soltó de golpe—.

Por favor, dame unos minutos.

Iona hizo una mueca y giró la cabeza hacia la escalera.

—Tómate todo el tiempo que necesites. No hay prisa. —Se cerró el cuello del abrigo con una mano y con la otra se sujetó el codo—. Voy a irme. Necesito alejarme de todo esto.

— ¿Cómo que vas a irte? ¿Adónde?

— ¿Importa, acaso?

— ¡Claro que importa!

— ¿Estás segura?

—*Per amor di Dio*, Iona, ¡claro que estoy segura!

Hubo un corto silencio, hosco, espeso, como si el tiempo hubiera adquirido de pronto la facultad de estirarse y retorcerse. Iona la miró a los ojos.

—Entonces por qué te has burlado durante todo este tiempo de mí.

— ¿De qué estas hablando?

— ¿De qué puedo hablar? De tú y de John Preston, claro. —Desvió la mirada hacia cualquier punto del apartamento y una sonrisa de desdén se dibujó en sus labios—. Tendrías que haber visto la cara de idiota que se me quedó esta mañana cuando, después de hablar contigo por teléfono, le pedí a Salvatore que te convenciera de venir a vivir con nosotros y él me dijo que tú ya tenías quien te protegiera. No podía creerlo, no podía creer que —Enmudeció, y el labio inferior volvió a temblar—. ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo pudiste reírte de mí mientras él me rechazaba?

Nina se llevó una mano al pecho al sentir una punzada de culpabilidad. ¿Qué podía decir a su favor? Nada. Absolutamente nada. En lo más profundo de su ser, sabía que la había traicionado. Aun así, se levantó del sofá para tratar de explicarle que, en realidad, ni John Preston y ella habían planeado

enamorarse, que nunca habían estado juntos hasta ese día, pero Iona alzó una mano en una clara señal de que no se le acercara.

—Para mí, hoy has muerto, al igual que mi padre.

—Iona, *per favore*, no puedes echarme de tu vida, no por esto.

—Claro que puedo hacerlo. Es más, voy a decirte qué encontró Salvatore esta tarde en el callejón donde, supuestamente, mi padre esperaba encontrar tu cadáver. —Cruzó los brazos sobre el pecho y un brillo acerado veló su rostro —: el de John Preston. Supongo que fue a hablar con el Irlandés para salvar tu vida y, ¡pam! Muerto. Desde luego, no puede decirse que Brian Calleigh carezca de cierto sentido de la justicia, ¿no crees?—Hizo ademán de marcharse, pero como si hubiera recordado de algo importante, retrocedió—. Una última cosa, si te veo en el entierro de mi padre, te mataré. Y si me entero de que has ido al de John Preston, también te mataré.

Nina miró a su prima desaparecer escaleras abajo y sintió la necesidad de correr tras suyo para tratar de explicarle que ni John Preston ni ella habían tenido la intención de burlarse de ella, solo que no podía respirar. Solo que algo en su interior había dejado de funcionar. Se había apagado. Fundido. Muerto.

John Preston había muerto.

Y con él, ella.

**Fin**

## DOS AÑOS DESPUÉS, 1929

Sí, su editor tenía razón, este no era un buen final para una novela, pero era su final. Y por más que deseara cambiarlo, no podía hacerlo. La vida no solía otorgar segundas oportunidades a nadie, y esta era una lección que le había costado demasiado aprender.

Stella Spavanta miró una vez más la portada de *Nunca fui un ángel* y lo dejó en la mesita, junto a *La edad de la Inocencia*. Se levantó del sofá, se acercó a la ventana y apartó con una mano la cortina. Fuera, el viento soplaba con fuerza y algunos peatones se sujetaban el sombrero para impedir que saliera volando. Deslizó la vista hacia la escalera del edificio de enfrente y se llevó una mano al corazón al notar una leve punzada.

Ya habían pasado dos años desde la muerte de John Preston y el dolor seguía siendo el mismo. El mismo que le había impedido ir tras su prima para tratar de explicarle su cobardía. Es más, apenas si conservaba algún recuerdo de ese primer mes tras su muerte: sólo imágenes borrosas de la señora Huyler al pie de la cama recriminándole su falta de entereza: “¡Por Dios!, es una Spavanta; comportase como tal”, y del médico recetándole curas de sueño.

Nada más, salvo el insoportable dolor que le hacía desear cada día la muerte.

Y el sentimiento de culpa.

Un terrible sentimiento de culpa.

Porque, en realidad, ella había acabado con la vida de John Preston.

Dejó caer la cortina, cruzó la sala y se acercó al perchero. Se puso el abrigo, el sombrero y los guantes, y echó una última mirada a los recuerdos que atesoraba en su cabeza como viejas fotografías envejecidas de tanto tocarlas. Sólo se permitió una ojeada, pero fue suficiente para volver a ver a

John Preston frente a la ventana, pensativo, mientras ella se le acercaba por la espalda. Treinta segundos para recordar la tensión de sus hombros, su brazo terminado en un puño apretado y la expresión de su cara al observar al muchacho sentado en las escaleras del edificio de enfrente...

Y para volver a oír en su cabeza la voz que la había ayudado a planear su particular vendetta contra el Irlandés.

Había sido el día que la señora Huyler la había convencido de que debía ir al cementerio para despedirse de él. Un gélido día de enero, tan ceniciento como las hojas secas que había en la tumba de John Preston. No sabía cuánto tiempo había permanecido de pie, aferrada a sus brazos y aterida de frío, con la mirada clavada en la lápida; lo único, esa voz, que la obligaba a despertar de su dolor.

—Dereck Matson, supongo.

A unos quince pasos de ella, un hombre con sombrero de fieltro negro y bufanda del mismo color la observaba con las manos hundidas en el abrigo. Nada en él hacía pensar en la organización del Irlandés o en su propia familia, más bien parecía un hombre de negocios, anodino.

Pero, en su mundo, los hombres nunca parecían ser lo que eran.

— ¿No me equivoco, verdad?—Había insistido él.

Un regusto a bilis, a miedo mal disfrazado, había recorrido su garganta.

— ¿Quién es usted?

—Fui compañero de su padre en la policía. —El hombre había deslizado la mirada hacia la lápida de John Preston y después otra vez hacia ella—. Él me pidió que investigara quién se escondía bajo el seudónimo de Dereck Matson.

— ¿Él se lo pidió? Pero ¿por qué?

El se había encogido de hombros, como si pretendiera excusarse.

—No lo sé. A veces alguien me pide un favor y, si puedo, se lo hago; eso es todo.

En ese instante, un dulce remolino había tensado su estómago al pensar que, quizá, y solo quizás, John Preston había sentido celos de Dereck Matson por la manera en la que ella se había referido a su obra y acariciado la portada de su novela. Empero, ese dulce remolino se había desintegrado casi al nacer y dejado un regusto amargo de tristeza en su garganta. La verdad es que John Preston seguía siendo un gran desconocido para ella. Apenas si sabía uno o dos retazos de su vida, que él mismo le había contado; nada más. Y, por oscuro que fuera, ella necesitaba conocer cada rincón de su alma, entender cada uno de sus pasos y refugiarse en su recuerdo; aunque fuera a través de los ojos de otra persona.

— ¿Usted lo conocía bien?—le había preguntado abrazándose con más fuerza.

La expresión del hombre se había ensombrecido de golpe.

—Sí, se puede decir que sí. —Había levantado la mirada hacia los árboles y el cielo cubierto de nubes bajas, y añadido—: Aunque nunca hice nada por él. Supongo que por eso me paso cada día por aquí, me ayuda a no olvidar. — Y vuelto a posar la mirada en ella—. No la vi en su entierro.

Ella había apartado la mirada hacia el suelo mientras sus dedos se habían cerrado con fuerza en torno a sus brazos para no llorar. ¿Qué podía decirle: qué su prima la había amenazado con matarla si iba a su entierro, o que no había tenido el valor suficiente para levantarse de la cama y hacer frente al dolor y al sentimiento de culpa que le hacía gritar su nombre cada noche? Así que se había limitado a sentir cómo las lágrimas humedecían sus mejillas y preguntado:

— ¿Asistió mucha gente?

—Poca. Muy poca, y aún así, estoy seguro de que para él fuimos muchos.

—Puede decirme quién fue, por favor.

—Claro, sus padres, mi mujer y yo. Nadie que, en realidad, él quisiera ver. —Una leve sonrisa se había dibujado en su boca—. Hasta en esto creo que le fallé. Que le fallamos todos.

—Y ¿nadie más?—había insistido ella, pensando en su prima.

—No, nadie más. ¿Esperaba a alguien en particular?

—No, a nadie...

Ella había levantado la mirada hacia la tumba de John Preston y durante unos minutos le había envuelto el opresivo silencio del cementerio, la gélida ráfaga de viento al arrastrar las hojas muertas de los árboles hacia otras sombras. Mientras, el hombre se había enrollado la bufanda alrededor del cuello para protegerse del frío y de la humedad, y mirado a ella con cierta curiosidad.

— ¿Le explicó algo sobre su vida?

— ¿Algo cómo qué?

Él sonrió.

—Eso tiene que decírmelo usted, no yo.

Ella le había aguantado la mirada, por más que en su interior algo sumamente doloroso se había resquebrajado. Estaba claro que él sabía más de John Preston que ella, solo que no sabía hasta dónde podía hablar.

—Sólo el motivo por el cual tuvo que dejar la policía y a qué se dedicaba.

La sonrisa se había ensanchado en su rostro.

—Entonces usted fue importante para él. Hasta me atrevería a decir que la única persona importante en su vida. ¿Le gustaría que le contara algo más sobre él? No sé si nuestro muchacho estaría de acuerdo en que lo hiciera, pero siento que le debo algo.

Y por primera vez en un mes, ella había sonreído.

—Me encantaría.

—Entonces, vamos, se lo contaré mientras caminamos.

Y así había sido. Aunque no sólo le había explicado la vida de John Preston sino lo que se comentaba en la calle sobre el robo de licor al Irlandés y sobre la participación de su tío, Giacomo Spavanta, en la supuesta muerte de éste.

Y gracias a esta información, ella había escrito su particular vendetta.

Se acercó a la mesilla, cogió *La edad de la inocencia* y *Nunca fui un ángel*, y acarició con los dedos enguantados la portada de este último. Sí, ella era la culpable de la muerte de John Preston, y en más de un sentido: primero por no haber tenido el coraje de enfrentarse a su tío y, segundo, por no haber hablando antes con su prima de sus sentimientos. Y, justamente por eso había escrito *Nunca fui un ángel*, porque esperaba que Alessa lo leyera y lograra entenderla, y porque necesitaba vengarse del asesino material de John Preston. Así que había cambiado los nombres reales de sus personajes por otros de su invención y conservado el del Irlandés y el de su hombre de confianza, Rory, para que Brian Calleigh supiera por qué iba a morir.

Echó una última mirada al apartamento, asió la maleta que la esperaba junto al perchero y cerró la puerta a su espalda. Sí, iba a destruir al Irlandés. Y para lograrlo, sólo tenía que regresar a la que había sido la casa de su tío, junto a Renzo y a Stefano; su familia.

## EPÍLOGO

### **En algún punto de Nueva York dos años antes, 1927**

John Preston dio una última calada al cigarrillo y tiró la colilla al suelo. Observó el frío callejón que se abría ante él y cerró la mano en torno al revolver que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Una parte de él quería creer que aún estaba a tiempo de dar media vuelta y regresar junto a Stella, pero si lo hacía, nada le garantizaba que pudiera mantenerla con vida. Al contrario, sabía que en algún momento bajaría la guardia y entonces la perdería.

Y en su vida ya había demasiadas muertes como para incluir la de ella.

Se levantó el cuello del abrigo para protegerse de una gélida ráfaga de viento, dejó atrás los cubos de basura del restaurante italiano y se paró al ver abrirse la puerta trasera de éste. Una sombra salió del interior y caminó despacio hacia el centro del callejón.

—No te preocupes, no te robaré mucho tiempo —dijo la figura al pararse a unos diez metros de él.

John Preston frunció el ceño, no estaba de humor para juegos de niña ofendida.

—Entonces, habla.

Alessa Spavanta se mordió el labio inferior para frenar un ligero temblor.

— ¿Te vas a ir con ella, verdad, con Stella?

— ¿Qué te hace pensar eso?

—Esta mañana le has dicho a Renzo que no se preocupara por mi prima, que ya tenía quien la protegiera del Irlandés, y cuando te he llamado al hotel, tú mismo has terminado de descubrirte. Era demasiada casualidad que los dos necesitarais marcharos de la ciudad con tanta urgencia.

—Entonces, si ya lo sabes todo, ¿por qué este teatro?—dijo, enfadado consigo mismo por haber bajado la guardia esa mañana y permitido que los celos ganaran a la prudencia.

La espalda de Alessa se tensó.

— ¿Es esto lo que piensas de mí, qué hago teatro?

—Digamos que no estas acostumbrada a no salirte con la tuya. Así que dime de una maldita vez por qué me has citado aquí.

Ella se secó con un brusco movimiento los ojos, y la cólera remplazó a las lágrimas.

—Quiero saber por qué me has utilizado.

Él apretó la mandíbula. Estaba claro que no podía decirle la verdad, y mucho menos que esa mañana, cuando había recibido su llamada en el hotel, había comprendido que si huía con Stella nunca tendrían paz; que Alessa se encargaría de perseguirlos allí donde fueran y matarlos. Y él podía vivir así, hasta terminar con la vida de ella y la de Banquo Cassidi, pero ¿qué pasaría con Stella? ¿Cómo le afectaría el tener que huir siempre de su prima y de su tío? ¿El no poder bajar nunca la guardia? La respuesta era bien simple, ella misma le había dicho que ya no quería vivir esa vida y, por suerte o por desgracia, él era el único que le podía ofrecer esa nueva vida que deseaba.

—Lo correcto sería decir que los dos nos hemos utilizado mutuamente. O eso me parece recordar de nuestros últimos encuentros.

Un destello de ira y vergüenza oscureció la mirada de Alessa.

—Y ahora entiendo por qué me rechazaste. No podías tener nada conmigo

porque mi prima se interponía entre nosotros. —Hizo una pausa, y añadió—: Pero aún no me has dicho en qué momento dejé de interesarte y te enamoraste de ella.

— ¿Quién te ha dicho que estoy enamorado de Stella?

— ¡Tú mismo! Nadie hasta ahora se había atrevido a enfrentar a mi padre.

John Preston acarició el frío de su revolver mientras decidía dar un rodeo.

—Una vez más, si ya lo sabes todo, ¿qué hago aquí?

Sus ojos se llenaron de lágrimas; se abrazó.

—Así que es verdad, estás enamorado de ella.

John Preston apretó la mandíbula. Sí, lo estaba. Estaba condenadamente enamorado y lo que más le dolía es que ella nunca sabría cuánto la amaba.

—Sí, así es. La amo, más que a mi vida.

Alessa lo miró un segundo, sus ojos bañados en lágrimas, y bajó los brazos a ambos lados de su cuerpo.

—Gracias, era lo único que necesitaba oír.

Al instante, un coche entró a gran velocidad en el callejón embistiendo los cubos de basura del restaurante italiano. John Preston se giró con el revolver apuntando al conductor del Essex, al tiempo que Alessa sacaba una pequeña pistola del abrigo y le disparaba por la espalda.

Todo sucedió tan rápido, que cuando Alessa fue consciente de lo que había hecho, Giacomo Spavanta ya bajaba del asiento trasero del coche. El don caminó hasta el cuerpo de John Preston, tendido en el suelo, y lo movió con un pie para ver si aún respiraba.

—Buen trabajo —le dijo a su hija.

Alessa bajó lentamente los brazos; aún le temblaban.

— ¿Qué va a pasar ahora?

—Nada, esto es lo más gracioso de este oficio, que no va a pasar nada.

Ella se acercó a su padre, miró el cadáver de John Preston y se mordió el labio al sentir que las lágrimas humedecían sus mejillas. Sí, es verdad, había querido acostarse con él, pero también había deseado que la amara.

—Sabes lo que tienes que hacer ahora, ¿no?—le preguntó su padre.

Ella asintió con la cabeza.

—Iré a ver a Stella y le diré que el Irlandés ha matado a John Preston; que había ido a hablar con él para protegerla y que esta es su respuesta. Así nadie se atreverá a cuestionar tu vendetta contra él. —Alessa miró a su padre y un leve temblor se apoderó de su voz—. Y ¿qué pasará con ella?

Giaconno Spavanta suspiró.

—Supongo que ya es hora de que dejé de formar parte de la familia; definitivamente. —La cogió por el brazo y la guió hasta el coche—. ¿Qué te parecería pasar unos meses en Italia; hasta que todo esto haya terminado?

John Preston esbozó una sonrisa. No era la primera vez que le disparaban, en su larga carrera como profesional del crimen, había tenido que hacer frente a alguna que otra herida más o menos sería, pero sí que era la primera vez que, durante un interminable segundo, creyó que todo había terminado; que, en contra de lo que había supuesto, Alessa sí tenía buena puntería.

Aunque debía de reconocer que él frío que sentía en el cuerpo era un buen indicio de que la muerte no caminaba muy lejos de allí. Y él estaba preparado para irse, no le tenía miedo, nunca se lo había tenido. Después de todo, hacía años que viajaban en el mismo barco.

Entreabrió los ojos y miró su mano como una mancha difusa a pocos centímetros de su cabeza. Palpó el suelo en busca de su revolver, apuntó a la sombra que se disponía a entrar en el coche y disparó: Giacconno Spavanta cayó muerto al suelo mientras el grito de Alessa rompía el silencio de la

noche.

Con la sombra de una sonrisa en los labios, John Preston cerró los ojos; después de todo moriría siendo lo que era: un asesino a sueldo. Un profesional del crimen. Un hijo de puta con suerte. Era la única manera de que Stella pudiera tener la vida que él nunca le habría podido dar: una vida sin muertes ni huidas; plena. Se aferró a su recuerdo, al sabor de sus besos y sonrió: Sí, nunca había sido un ángel, pero por ella, por ella lo había intentado.

---

[1] La ley Volstead es como se conoce a la ley seca, que prohibió en 1919 fabricar, vender, cambiar, transportar, importar, exportar o entregar ningún licor embriagador excepto los autorizados por la ley, en los Estados Unidos.

[2] John D. Carroll y Dashiell Hammett fueron dos escritores de novela policiaca negra.

[3] Picciotto era una palabra del sur de Italia para “muchacho” o “chaval”. Los picciotti eran a su vez los miembros menos relevantes de la Camorra Napolitana.

[4] Originariamente la película *London after midnight* se estrenó en Nueva York el sábado 3 de diciembre de 1927.

[5] *Muskrat Ramble* la compuso Kid Ory y Louis Armstrong and his Hot Five, y la grabaron por primera vez en febrero de 1926.

[6] Clara Gordon Bow, actriz estadounidense, conocida por su trabajo en el cine mudo de los años 20. Además, fue el arquetipo de Flapper y la Chica It original.

[7] *Alas*, 1927, película muda bélica estadounidense dirigida por William A. Wellman. En 1928 ganó el primer Oscar a la mejor película.

[8] Shalimar fue la primera fragancia oriental de la historia. Su creador, Jacques Guerlain, se inspiró en la historia del emperador Sha Jahan que se enamoró de la princesa Mumtaz Mahal y creó en su honor los jardines de Shalimar y le dedicó el Tal Mahal.

[9] En el terremoto de 1908, las ciudades de Messina y Reggio Calabria se vieron completamente destruidas y se perdieron entre 75.000 y 200.000 vidas humanas.